Antonio Machado y Baeza

A TRAVÉS DE LA CRÍTICA

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN y BIBLIOGRAFÍA
por ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO

Aula
ANTONIO MACHADO

ANTONIO MACHADO
Y BAEZA
A TRAVES
DE LA CRITICA

ANTONIO MACHADO Y BAEZA A TRAVES DE LA CRITICA

Edición, introducción y bibliografía
por
Antonio Chicharro Chamorro

UNIVERSIDAD DE VERANO DE BAEZA
(CURSOS INTERNACIONALES
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA)
1983

AULA
ANTONIO MACHADO
1

© Antonio Chicharro Chamorro y
Universidad de Verano de Baeza.
Fotocomposición: Natale's. Pasaje Recogidas, s/n. Granada.
Imprenta: Gráficas Chamorro. Barreras, 15. Baeza (Jaén).
Cubierta: Julio Juste.
ISBN: 84-300-9052-5.
Depósito legal: J - 156/1983.

PRESENTACION

La Universidad de Verano de Baeza inicia sus publicaciones con este volumen, *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica,* número uno de su colección «Aula Antonio Machado», de creación, crítica y teoría literarias, volumen que posee un sentido doblemente oportuno: por una parte, reconocimiento de la personalidad literaria de Antonio Machado, poeta y profesor que pasó siete fecundos años de su vida en la ciudad de Baeza; y, por otra, reconocimiento de dicha ciudad, de tan notable tradición universitaria, que tras unas décadas de inactividad en este sentido ha vuelto a ver llenas sus aulas como sede de los Cursos Internacionales de la Universidad de Granada.

Nuevas publicaciones irán constituyendo ésta y otras colecciones, en un intento por parte de esta Universidad de traspasar la inmediata función docente, proyectando su actividad cultural a un público universitario mayoritario y ampliando así los límites cronológicos de su funcionamiento.

"Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer".

(Antonio Machado)

"Machado ha intuido los temas esenciales de la poesía y la filosofía de nuestro tiempo. Nadie como él ha vivido el conflicto del poeta moderno, desterrado de la sociedad y, al fin, desterrado de sí mismo, perdido en el laberinto de su propia conciencia".

(Octavio Paz)

INTRODUCCION

I

Cuando en 1912 llega Antonio Machado a Baeza, en un momento emocional, como se sabe, bastante delicado, no podía intuir que aquella ciudad, sus paisajes y sus gentes, "la realidad española", como bien dice Tuñón de Lara, iban a provocar en él uno de los períodos más fecundos de su actividad literaria, bien como canto de un luminoso paisaje, bien como reacción en contra de una de las dos Españas, la que mira hacia el pasado como todo futuro, afincada todavía en ciertos valores feudalizantes, o bien en otras varias direcciones. Pese a su primera visión negativa de la ciudad y de sus gentes, de las que salva a escasísimas personas, no puede negarse que la misma provocara una producción constante, señalada por más de un crítico como una de las mejores de toda su actividad poética. Así pues, no podemos afirmar tajantemente que su traslado al Instituto de Baeza, que en el plano profesional fue un paso atrás, lo fuera realmente en esa otra faceta suya, sin duda más importante. Hay que reconocer, no obstante, algo que por lo demás es obvio: Machado traía en su maleta un proyecto poético, una memoria histórica y unos materiales ideológicos que inconscientemente lo constituían, bagaje éste que en relación con ese trozo andaluz de la realidad española dio como resultado una producción verdaderamente importante.

No hay más que espigar en la bibliografía machadiana para encontrar aseveraciones en este sentido. Así, por ejemplo, José Luis Cano afirma: "Los años de Baeza han sido fecundos para el pensamiento de Machado, han sido años de soledad y de meditación y (...) en esos años se consolida definitivamente su enorme personalidad. A ellos pertenece el interesantísimo epistolario con Miguel de Unamuno, sus estudios de Filosofía y la serie espléndida de

poemas de preocupación por el destino de España" (1). O, por poner otro caso, las afirmaciones de Manuel Tuñón de Lara vertidas en su conocido trabajo ***Antonio Machado, poeta del pueblo*** *(2): "El período llamado 'de Baeza' en la vida y obra de Machado, que va de 1913 a 1919 es de los más fecundos y completos. Se produce en él el paso de la poesía de tema castellano a la de tema andaluz, el empleo de canciones y metro corto, tanto en poemas de tema popular como en otros —cuyas fuentes no son menos populares— pero que llevan una considerable carga de pensamiento. En esta época maduran sus concepciones estéticas y, sobre todo, adquiere grandes vuelos la temática de lo español". En este mismo sentido se pronuncia Aurora de Albornoz: "A fines de 1912, Machado, recién viudo, pide el traslado al Instituto de Baeza. Lo que pasó en el alma del poeta en esos terribles primeros meses de soledad y cansancio total, quedó definitivamente guardado en un grupo de extraordinarios poemas, que constituyen una cumbre de la poesía española. También la correspondencia que mantuvo en ese tiempo con algunos amigos es profundamente reveladora" (3). Pero no quiero abrumar al lector con citas que, en su sentido último, vienen a coincidir. Hemos de concluir, pues, que la etapa baezana del poeta es enormemente valiosa y productiva.*

Ahora bien, no formulo esta afirmación con un valor estrecho. No presto mi atención a la crítica de este período de su vida y obra para realzar o sobrevalorar un punto geográfico. Si acepto esta denominación, etapa o período baezano de Antonio Machado, es con un sentido de delimitación estricta de un momento nuevo de su vida y de su obra, momento que podría llamarse de otra manera, pero que "cediendo un poco a la facilidad geográfica", tal como dice Tuñón de Lara, denomino así también. Tampoco proyecto mis palabras a un marco tan exageradamente amplio como al que alude Ricardo Gullón: "Fue don Antonio provinciano por necesidad y universal por vocación y destino" (4). No. Pongamos a don Antonio en su lugar: la realidad española, aunque luego su obra ande otros

(1) José Luis Cano, «Prólogo» a *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)*, de Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete, Madrid, Vassallo de Mumbert editor, 1969, col. «Siglo Ilustrado», págs. 1-2.

(2) Barcelona, Nova Terra/Laia, 1976[3] (la primera edición es de 1967), pág. 99

(3) «Miguel de Unamuno y Antonio Machado», *La Torre*, año IX, núms. 35-36, julio-diciembre, 1961.

(4) *Relaciones entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez*, Pisa, Istituto di Letteratura Spagnola e Ispano-Americana, Universitá di Pisa, 1964, pág. 6.

mundos, máxime cuando mantenía en sus manos el ascua del problema de España y, por poner un ejemplo anecdótico, escribiera parte de "La tierra de Alvargonzález" en París, precisamente en el París de principios de siglo.

Por otra parte no es Baeza una simple anécdota en su vida, es, como ya he dicho, un trozo concreto del problema de España que provoca en el poeta un momento creador sobresaliente proyectado a la realidad española toda. Ahí radica precisamente su interés y su importancia. Ahí radica consecuentemente el interés de una crítica que se ha ocupado de este período.

II

*Hay, pues, razones más que sobradas que justifican la necesidad del presente volumen. En primer lugar, la necesidad de ver reunidos una serie de artículos concretos sobre su etapa baezana y de proceder a la descripción y comentario de aquellos libros y folletos que se ocupan también concretamente del tema (he rechazado reproducir estos últimos por razones de extensión y, en algún caso, por su accesibilidad). Así pues, se hacía necesario recuperar una serie de artículos, aparecidos en su mayor parte en diarios y revistas, generalmente de difícil acceso, y ofrecerlos así, conjuntamente, al lector interesado. En segundo lugar, crear las condiciones de infraestructura necesaria —ayudar al menos— para volver sobre este período machadiano del que, si bien parece haberse hablado suficientemente y en algún caso con bastante acierto, se hace necesaria su revisión a la luz de los nuevos medios teóricos de que hoy disponemos en el campo del pensamiento literario, porque es cierto que Machado ha sufrido un proceso de lectura ya tópica que en mayor o menor grado ha alcanzado a muchos de los trabajos que hoy salpican su abultada bibliografía y no es menos cierto tampoco que, pese a todo, esta bibliografía no puede y no debe ser ignorada. Proceder, pues, a la reunión de materiales críticos, que se extienden de 1919 a 1980, es una condición previa que no podemos ignorar si queremos posibilitar ese proceso de relectura. En todo caso, la primera razón es ya suficiente para que este volumen se haga un hueco en la extensísima bibliografía sobre Machado y venga a completar otros trabajos que, como el de la colección "El escritor y la crítica", de la Editorial Taurus, **Antonio Machado** (1973), en*

edición de Ricardo Gullón y Allen W. Phillips, se ofrecen hoy al lector.

El volumen se presenta estructurado en dos partes fundamentales "Textos" y "Bibliografía crítica (selección)", a las que hay que sumar una selecta "Bibliografía machadiana". He dispuesto los textos por orden cronológico de publicación y no por campos específicos de tratamiento o actitudes críticas, para poder ver así con mayor claridad la evolución del tratamiento del tema, tratamiento que se asienta entre dos pilares básicos: evocación lírico-biográfica de Antonio Machado y Baeza y la lectura propiamente crítica. Cualquiera que sea la actitud de los autores, todos los artículos ofrecen interés: interés proveniente de conocer algunos datos biográficos del poeta, a veces de primera mano; de conocer, evocados, Baeza y sus contornos; de reconocer de alguna manera la tipología de lectores-críticos machadianos de este período; de conocer, finalmente, algunas interpretaciones de la poesía de don Antonio.

No he empleado, de otro lado, otro criterio de selección que el del tratamiento específico de esta esfera a través de artículos. Así, pues, todos los artículos, a los que he tenido acceso, que cumplían esta condición han sido recogidos en estas páginas, ya que, fuera de criterios cualitativos, sirven para conocer tanto al autor como al lector(es), cara y cruz de una misma moneda.

En la bibliografía crítica me ocupo de aquellos libros que específicamente se aproximan al tema, tal como razono más detenidamente en dicha parte del volumen.

III

Quiero mostrar mi agradecimiento a los autores de los artículos, así como a Carlos González Echegaray, Director de la Hemeroteca Nacional, por su directa colaboración. Asimismo, deseo hacer patente mi reconocimiento a los profesores Antonio Sánchez Trigueros y Luis María Diosdado, que, como responsables de la Universidad de Verano de Baeza (Cursos Internacionales de la Universidad de Granada), apoyaron vivamente la idea de este trabajo y descargaron en mí la responsabilidad y el honor de iniciar la colección "Aula Antonio Machado", denominación ésta que, como el lector bien supone, es más que casual.

A. Ch. Ch.

I. TEXTOS

RAFAEL LAINEZ ALCALA

Del nido Real de Gavilanes: El maestro de poetas, don Antonio Machado

Ha cerca de un año que abandoné la vieja ciudad baezana, en la que transcurrieron mis días estudiantiles; esos días que luego traen a nuestra mente recuerdos dulces o amargos, como la propia vida.

Yo guardo un tesoro muy rico de aquellos recuerdos, y allá en el arcón de mi magin, los siento removerse en zarabanda indescriptible; negros unos, desgarrantes, hediendo a traiciones y envidias; otros luminosos y bañados de infinitas dulcedumbres. Pero entre todos descuella el que conservo de mi maestro, del poeta filósofo que

supo cuanto es la vida hecha de sed y dolor

Todos los días lo saludaba cuando venía de explicar a sus alumnos la diaria lección. Le saludaba reverente, pues me infundía grandísimo respeto la presencia del superhombre, cantor espiritual de *las galerías sin fondo* que en el alma existen. En su rostro, pulcramente rasurado, adivinaba el gesto melancólico y añorante de los sueños de amor que la embriagaron con mieles de cantares misteriosos, entretejidos por su maga pluma, como deben tejer las hiladeras del ensueño sus telas maravillosas.

Caminaba apoyado en su recio bastón y por su indumento podríamos confundirle con un ser vulgar, si no advirtiéramos en toda su persona un algo superior, que a nuestros ojos le ennoblecía y elevaba. Tal vez la mirada tristona de sus ojos grandes y claros, nos hacía pensar en la infinidad de incorpóreas tragedias que, como *La Tierra de Alvargonzález*, habían *visto* sus pupilas, penetrantes y

enigmáticas, de profundo pensador. Tragedias horrorosas, que no sólo en la consciente inconsciencia del poeta habrá podido admirar, sino también en el amplio retablo de la humana vida. Yo he leído varias veces sus poesías, que son mi único breviario —guardado por mí como el mejor de los tesoros— y su lectura me ha dejado en el alma románticos sedimentos de amarguras amorosas, escepticismos mundanos y pavorosas dudas respecto a la complicada tramoya de la humana representación.

Con las sabias y pacíficas explicaciones que particularmente he recibido del Maestro, mis ojos juveniles se han abierto a una nueva y esplendorosa aurora, desconocida para mí. Sus palabras, contundentes, pletóricas de verismo y de sabias admoniciones, se adentraron por mi alma produciendo en ella una honda cisura, en la cual quedó enterrada la semilla de regeneradoras doctrinas, que yo procuraré hacerlas fructíferas, porque la eclosión de mi alma será lluvia benéfica para mi ansioso corazón.

En Baeza —el nido real de gavilanes— esa muerta ciudad señorial y romántica que vive de sus gloriosos recuerdos, discurre silenciosa, trabajadora y humilde la vida del poeta-filósofo. En mis pocos años no se me alcanza con todo su esplendor la grandeza de este hombre modesto, a quien de veras admiro; sin embargo, comprendo el valor de sus palabras que escuché religiosamente, como si oyera hablar al más autorizado y sublime de los hombres.

Mientras escribo estas líneas de gratitud, voy recordando los versos del Maestro que, poco a poco, van envolviendo a mi alma con sus redes luminosas, cual si estuviera rodeada de un halo de estrellas. Hago punto final porque

El hada más hermosa ha sonreído,
al ver la lumbre de una estrella pálida,
.....
hilando de los sueños los sutiles
copos en ruecas de marfil y plata.

Peal de Becerro.

(Don Lope de Sosa, 78, Jaén, 1919, págs. 163-164.)

JESUS PABON S. DE URBINA

Machado y Baeza

Cuando por primera vez, visité yo a Baeza, fue necesidad imperiosa en mi conocer lo que ella pudiera decirme de la vida espiritual de Machado, que conocía por sus versos. Cuantas veces me despedí de un amigo para emprender aquel viaje, escuché la misma pregunta:

—¿Está aún Machado allí?

Acababan de aparecer las "Nuevas Canciones"; y en ellas y en las "Páginas Escogidas" que editó Calleja, poesías y notas biográficas y críticas llevaban al pie, con una fecha, el nombre de Baeza.

Machado (yo ya lo sabía) no estaba allí. Pero durante ocho años, catedrático y vicedirector del Instituto, lo estuvo.

Muchos sólo conocieron de él algo que sabrán todos los que leyeron sus libros. El había escrito en prosa autobiográfica: "Allí (en Soria) me casé: allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre... Mis aficiones son pasear y leer." Y en verso, autobiográfico también: "Ya conocéis mi torpe aliño indumentario", y más adelante: "Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno."

Durante ocho años vieron en Baeza aquella figura que magistralmente ha descrito Cansinos Assens, descuidada en el vestir, siempre llenas de ceniza las solapas, con el aire borroso, desvanecido y soñoliento de un hombre que nunca duerme o que no ha despertado aun. Don Antonio, todos lo repiten, era bueno, muy bueno, no suspendía nunca; su descuido en el vestir era proverbial; leía mucho; paseaba interminables caminos en una soledad que sólo podía explicar la pena de su vida, que todos conocían, y muchos, casi todos los que hablaban así, ignoraban que aquel hombre, con su presencia en Baeza y sus versos escritos en ella, trazaba la página más hermosa de la historia de la ciudad. "Don Antonio", el buenazo e inelegante solitario, era el primer poeta de España.

.....

Si algún día sois presa de un hondo dolor y buscáis por compañero y consolador un libro de versos, encontraréis tres clases de poesía triste.

No os servirá la poesía de Campoamor. Sabréis (sin necesidad de que os lo diga el que lo conoció) que era alegre en su vida y que tras el dolor que ponía en sus versos, se quedaba siempre riendo; y si sus versos os conmueven, se os reirá también de nuestra emoción. "La tristeza es pálida", dijo Lamartine. Y tanto como la palidez artificial, abundó en el siglo XIX la artificial tristeza. Tristeza de entendimiento: hay de ella, a la verdadera tristeza, la misma distancia que de la cabeza al corazón.

Tampoco os servirá la poesía de Nervo. El, como tanto otros poetas (como Machado), os dirá la pena horrible de la muerte de la mujer que amó. Pero es un dolor suyo, solamente suyo. Conoceréis el nombre, los detalles, las incidencias que hacen su caso singular y único, y no será posible que vuestra pena sea idéntica a la suya, y no podréis sentiros comprendidos en su dolor.

Pero... leed a Machado. Nada sabréis concretamente de su dolor; está triste y no sabríais porqué, si aquellas notas autobiográficas (prólogo a sus versos) no os lo dijesen. Tendréis que adivinarlo, si alguna vez, incidentalmente, quedó escrito en una poesía. ¿Conocéis su "Viaje"? Leed y releed:

Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales,
alcaceles,
terraplenes, pedregales,
olivares, caseríos,
praderas y cardizales,
montes y valles sombríos.
Tras la turbia ventanilla,
pasa la devanadera
del campo de primavera.

La luz en el techo brilla
de mi vagón de tercera.

Entre nubarrones blancos,
oro y grana,
la niebla de la mañana
va huyendo por los barrancos.

¡Este insomne sueño mio!
¡Este frio
de un amanecer en vela!...

Resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.

Enfrente de mi, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador,
el perro a sus pies tendido

Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero,
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana.
¡Pinos del amanecer
entre Almazan y Quintana!...

¡Y alegria
de un viajar en compañia!
¡Y la union
que ha roto la muerte un dia!

¡Mano fria
que aprietas mi corazón!

Tren, camina, silba, humea;
acarrea
tu ejercito de vagones;
ajetrea
maletas y corazones...

Sólo así sabréis de él. Porque su dolor guardaba íntimamente la causa dentro del alma, se ha extendido a todas las cosas: a la ciudad (los edificios, las plazas, las callejas, los jardines); al campo (los caminos, los montes, los valles, los ríos); todo está triste, lo que a él le rodea y lo que os rodea a vosotros cuando sufrís y sentís el dolor suyo fundiendose con el vuestro en la pena de lo que os circunda.

Y esta pena ha variado de manera de ser: es melancolía: ha ganado en extensión lo que ha perdido en intensidad; lo que era en el individuo un grito y un torrente de llanto, distribuido entre

todas las cosas, pondrá tan sólo un débil quejido y una lágrima en cada una. "Sunt lacrimae rerum". Hay lágrimas en las cosas; y ese llorar de las cosas será el compañero de vuestro dolor».

.....

Y luego de conocer los sitios que vivió, las anécdotas que lo retratan, el campo por donde paseó, todo cuanto Baeza pueda deciros de él, sentiréis la pena de que ya no esté allí, de no verlo, de no hablarle. Y después, una misma pregunta (la que yo me hago siempre) os haréis; ¿Se acordará Machado de Baeza?

Y cuando sobre la ciudad hermosa, de callejones empinados, de casas señoriales, de interminables olivares, caiga la niebla de invierno, la célebre niebla baezana, que borra los contornos de las cosas, que apaga los colores y atenúa los ruidos, vaga, borrosa, melancólica; os parecerá que el alma, toda poesía, de Machado, indefinida, vaga, borrosa, melancólica, envuelve a la ciudad, besa los campos que vieron sus tristezas...

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

(Este artículo, reproducido fragmentariamente, se publicó en un semanario baezano, *Ayer y hoy*, núm. 74, febrero, 1926. El hecho de que lo ofrezca incompleto se debe a que, pese a numerosas gestiones, me ha sido imposible conseguirlo. He preferido, no obstante, ofrecerlo así, utilizando los fragmentos reproducidos en el trabajo de Francisco Lapuerta y Antonio Navarrete, *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)*, descrito y comentado en la «Bibliografía crítica». Gracias a estos autores, no hemos perdido la oportunidad de conocerlo, aunque sea parcialmente.)

FRANCISCO ESCOLANO

Antonio Machado, en Baeza

Antonio Machado vivió, corporalmente, en Baeza, desempeñando, en virtud de concurso de traslado, la cátedra de Lengua Francesa del Instituto desde el día 1.º de noviembre de 1912, hasta que una real orden de 30 de octubre de 1919 le llevó al de Segovia.

Pero esto no es más que la letra muerta de un fragmento de su existencia. Los motivos que le decidieran a venir desde su Soria a esta Baeza, entre andaluza y manchega, escaparon a la Administración del Estado, que nunca cala en lo psíquico. Acaso el dolor de su esposa recién muerta; acaso el desasosiego íntimo que aquél le produjera; acaso, también, la necesidad de una fuga para su corazón oprimido entonces —y ya para siempre—, le determinasen a salir de Castilla. Pero en tal supuesto, ¿por qué pensó en Baeza? Si, como otrostantos, creyó venir a Andalucía y encontrar la apacible caricia del sol y del azul; si soñó en un Guadalquivir "corriendo el mar entre vergeles", en frescos naranjales, en abiertos jazmines, en olivares floridos, en huertos colmados de azucenas, ¡qué desilusión la suya, pues que le aguardaba otra ciudad guerrera, cargada de historia y de tradición, que posiblemente le recibiría —¡buena fecha la de primero de noviembre para un alma asaetada por la pena y el recuerdo!— con brumas y con llanto de aguas, con aletazos de invierno, con piedras ya grises, con hojas de oro lavadas de lluvia, con campanas de difuntos, lentas y persistentes!

Baeza, de momento, no pudo sino avivarle nostalgias y sumirle en soledades. Bien lo acredita la primera de sus poesías en que aparece el nombre de la ciudad.

"De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.
El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza.
.....
.....
Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!"

* * *

Transcurrido un año desde su llegada a Baeza, se resigna y contempla el paisaje sin lamentaciones, por más que aún no encuentre en él alegría.

Un año más. El sembrador va echando
la semilla en los surcos de la tierra.
Dos lentas yuntas aran,
mientras pasan las nubes cenicientas
ensombreciendo el campo,
las pardas sementeras,
los grises olivares. Por el fondo
del valle el río el agua turbia lleva.
Tiene Cazorla nieve,
y Magina, tormenta,
su montera Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.

Ya conoce los nombres y las características de las montañas que, allá lejos, al otro lado del río, cierran el horizonte, y hasta le pone "la montera" al Aznaitín, porque repetidamente ha oído un refrán que dice: "Si Aznaitín tiene montera, llueve aunque Dios no quiera", de indiscutible localismo.

Sin embargo, no se aclimató en la ciudad. Pocas noticias de su vida y bien escaso es el anecdotario del poeta. Llegó a Baeza solo, instalándose en el Hotel Comercio. Muchas veces, al amanecer, le encontraban durmiendo, de bruces, sobre la mesa de su cuarto.

revuelta de libros y papeles. Más tarde trajo a su madre; también pasó con él una temporada su hermano don Joaquín. Aún hay quien recuerda la estrechez económica con que se desenvolvía su hogar. Machado entregaba a su madre el sueldo íntegro, pero, al fin de los meses, había unos días de comida escasa y frugalísima. ¡Y eso que en su vestido no gastaba gran cosa —"ya conocéis mi torpe aliño indumentario"!—. Se le evoca aquí con su bastón y su cojera, anda que andarás, por caminos y veredas, con su hongo viejo y su traje raído. Y un comerciante, ya hoy anciano, de quien el poeta era amigo, viéndole tan derrotado y sucio, se atrevió a insinuarle, con todo respeto, la conveniencia de que se hiciese un traje. Machado, tan correcto, tan discreto, enrojeció turbado, pero, como se le ofreciera el corte a plazos, entró pocos días después en el comercio, miró varias piezas en negro y aceptó un modesto corte de a diez pesetas metro ¡para pagarlo a plazos! Mas ¿y el sastre? ¿Quién podría hacerle el traje a plazos? ¡También el amigo hubo de solucionarle este pequeño conflicto!

¿Amistades, vida de relación? ¡Apenas nada! Pasear, mucho, eso sí. Las tardes que hacía bueno, llegaba hasta Úbeda (nueve kilómetros de ida, y otros tantos de regreso) para tomar café; y malo fuera que en el camino terminase las cerillas, porque entonces volvía a Baeza, las adquiría y otra vez recomenzaba su excursión.

Machado paseó su tristeza por todas las carreteras que irradian de la ciudad en que él tenía "una ventana".

Ciertamente, desde su casa, en la calle de Gaspar Becerra, esquina al Prado de la Cárcel, no se veía el campo, pero —él lo dijo repetidas veces— salía a *Las Murallas*, desde cuyo paseo de ronda contemplaba extasiado el espléndido panorama de la vega, del río lejano, de los montes penibéticos, remotos y azules.

(Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea.
Lejos los montes duermen
envueltos en la niebla.)

(¡Montes de Cazorla, Aznaitín y Mágina.)

Las Murallas, eran "su ventana".

Desde mi ventana,
¡Campo de Baeza
a la luna clara!

Pero además, alma viajera y enamorada del paisaje, siempre que podía y encontraba combinación —mulo, coche de caballos, diligencia, tren— iba más lejos:

A Cazorla:

¡Oh Guadalquivir!,
te vi en Cazorla nacer...

A Quesada:

En la sierra de Quesada
hay un águila gigante.

A Torreperogil:

A dos leguas de Ubeda, la Torre
de Pero Gil, bajo este sol de fuego.

Y también:

¡Torreperogil!
¡Quien fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!

A Garciez y a Jimena:

En Garciez,
hay más sed que agua;
en Jimena, más agua que sed.

¡Hasta la Venta de Cárdenas, en los confines de Ciudad Real!:

Tus versos me han llegado
a este rincón manchego.

¡Hasta a Alicún, en los de Granada!:

En Alicún se cantaba

"Si la luna sale, mejor entre los olivos que en los [espartales."

O bien:

Ya había un albor de luna
en el cielo azul.
¡La luna en los espartales,
cerca de Alicún!

* * *

No parece, en cambio, que viviera el encanto de la ciudad monumental e histórica. Baeza fue para el poeta un

..."rincón moruno",

..."Un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego".

..."Una ciudad antigua,
chiquita como un dedal".

De sus gentes algo nos dijo. En "Del pasado efímero" retrató a

Este hombre del casino provinciano
que vio a Carancha recibir un día,

en quien alguien de la tierra ha querido reconocer a un don Agustín de la Calzada, caballero de nombrada familia, con empaque de gran señor, mas menguados recursos, ampuloso y bueno y de gran popularidad.

Por lo demás —luego aparecerán nuevos personajes—, desde esta Baeza pobre y señora

(Entre Ubeda y Baeza
—loma de las dos hermanas:
Baeza, pobre y señora,
Ubeda, reina y gitana—).

"Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa; desde un pueblo impío
que juega al mus, de espaldas a la muerte."

desde un pueblo que él dividía en castas:

Los benditos labradores,
los bandidos caballeros,
los señores
devotos y matuteros.

observaba el mundo, a la sazón en guerra, soñando en libertades y esperanzas, sin recatar demasiado en su compleja psicología.

Verdad es que no tuvo grandes contactos con él; verdad que incluso con sus contados amigos hablaba poco. Con uno de ellos —el profesor de Dibujo don Florentino Soria— paseaba mucho sin que durante horas enteras cambiasen una palabra. Con otro —don Mariano Ferrer, catedrático de Geografía— se sentaba, la mayor parte de las noches, en el salón del Casino de Artesanos, y el mutismo era absoluto.

Acaso la tertulia de la rebotica de don Adolfo Almazán, profesor, además, de Gimnasia, fuese la que más escuchó a Machado. El poeta concurría a ella asiduamente al anochecer, y la dejó magistralmente pintada en "Meditaciones rurales". La formaban, entre otros, el dueño de la farmacia, señor Almazán; los ya citados don Florentino Soria y don Mariano Ferrer; don José León (¿el don José de la poesía?), que en tiempos conservadores era alcalde; don Manuel Olivera, también edil conservador; el médico don Juan Martínez Poyatos; don Leopoldo de Urquía, catedrático de Filosofía; los abogados don Emilio Fernández del Rincón y don Cristóbal Torres; el notario don Pedro Gutiérrez Peña, gran tresillista (posiblemente aquel notario que en la poesía "Hacia tierra baja" va al tresillo del boticario) y, de los que aún viven, el registrador de la Propiedad don Miguel Silvestre y el secretario del Instituto, don Antonio Parra.

Mientras allí se discutía, sobre todo de política, Machado se entretenía en completar las barajas usadas —que de los cafés facilitaban al boticario para recoger con las cartas las pomadas de los almireces—, convirtiendo cuatros en cincos, doses en treses, etcétera, mediante la agregación de figuritas que él pintaba. Así, cuando los contertulios improvisaban alguna partida de tresillo, los naipes siempre se hallaban a la mano.

Quienes ponían paños al púlpito, como suele decirse, erân, sobre todo, don Emilio Fernández del Rincón y don Cristóbal Torres, político liberal antaño, pero ya nada por entonces; se trataba de un personaje atrabiliario y obcecado, inventor de fantásticas estadísticas que exponía en la tertulia, atribuyéndolas a imaginarias revistas, sempiterno discutidor y letrado sin prestigio. Tenía la virtud de sacar de sus casillas al poeta, siempre callado; le obligaba a participar en las discusiones y, cuentan, que más de una vez hubo de decirle al salir de la rebotica: "Don Cristóbal: va a dar lugar usted a que le haga el salto del tigre". ¡Y, sin embargo, mereció el honor de que Machado dedicase a su memoria la bellísima poesía "Olivo del Camino".

* * *

Quiero ahora, para terminar, detenerme en dos notas bien delicadas, en dos brotes de ternura y de amor que aflora en Machado durante su permanencia en esta tierra suya, en que se consideró extranjero.

Hay en la Catedral baezana —como en todas— un lienzo, flojo por cierto, de San Cristobalón, cuyo marco barroco, en escayola, vale más que él, pintado allá en 1736 por don Pedro Gallo, quien lo "ajustó en 450 reales, valiendo más"; y frente al Santo, una bella imagen de la Inmaculada (que la impiedad de los tiempos pasados destrozó), ante la cual arde todos los días, una lámpara que mantiene la fe. Por los altos ventanales entran el cierzo y el sol, pero el poeta quiso que entrase la lechuza y que la Virgen reprochara a San Cristobalón, por espantarla cuando bebía aceite de la luz votiva. Me refiero —¿quién no lo habrá adivinado?— a aquella delicadísima poesía en que la lechuza, reconocida

A Santa María
un ramito verde
volando traía.

Otra vez —¿podrá ser cierto?— parece que una llama de amor floreció en el alma de Machado, consagrada siempre a su esposa muerta, y escribió:

Rejas de hierro; rosas de grana.
¿A quién esperas,

con esos ojos y esas ojeras,
enjauladita como las fieras,
tras de los hierros de tu ventana?

.....

Por esta calle —tú elegirás—
pasa un notario
que va al tresillo del boticario,
y un usurero, a su rosario.
También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo un león.

¡Qué inaudita cosa y, tal vez, qué despropósito insinuar en Machado, ahora, la posibilidad de otro amor!

¡No es posible! Vive aún quien me cuenta que, paseando una tarde por la "ventana" del poeta, éste evocaba el recuerdo de su Leonor y que —¡era tan niño!— emocionado le confesó: "No soy hombre: desde que murió mi mujer no me encuentro nunca."

¡Fueron sus palabras exactas! A Machado sólo le pudo quedar la facultad del ensueño, con amor infinito de campo:

¡Campo de Baeza:
soñaré contigo
cuando no te vea!

(El Español, Año I, núm. 3, Madrid, 14 - noviembre - 1942).

JUAN PASQUAU

Antonio Machado, en Baeza

El vivía aquí, en una casa, frente al edificio de la Cárcel Vieja, que ahora es Ayuntamiento —me ha dicho una respetable, enlutada señora—. Yo le conocía. Le veíamos pasar con su traje siempre negro, manchado. Y no dejaba nunca el paraguas..., aunque hiciese sol. Vivía con su madre. Yo también conocí a su madre. Por las tardes, Antonio iba a la tertulia de la botica de Almazán. Cierto que cuando su ánimo se encapotaba, se le veía aislado a través de las vidrieras del café de «La Perla», entregado a sus soledades. Tenía una sonrisa triste, como ausente, entonces. Pero cuando se reunía con sus contertulios en la rebotica, dicen que su semblante era otro y que derrochaba mucho ingenio.

—¿Qué se decía en Baeza de Machado?

—Nadie se ocupaba demasiado de él. Si hubiéramos sabido que luego iba a ser tan famoso... Cuando se ponía «raro», se iba sin compañía, por la carretera de Ubeda adelante. Ubeda está a diez kilómetros de Baeza. Muchas tardes llegaba hasta Ubeda andando. Tomaba café y se volvía.

—¿Cuándo tiempo estuvo en Baeza?

—En el Instituto era catedrático de francés. Estaría aquí unos cinco años.

—Llegó en mil novecientos doce...

—El día que vino por vez primera cuentan que fue a presentarse al director del Instituto, a su domicilio. La criada que salió a abrirle la puerta le entero: el señor director está en «la agonía». Machado se puso pálido. Pero es que el director estaba en un casino, al que apodaban «La Agonía» porque sus componentes, casi todos labradores, pasaban el tiempo augurando ruinas por el mal estado de las cosechas y la falta de lluvias.

Fue el 1 de noviembre de 1912 cuando Antonio Machado tomó posesión de su cátedra de Lengua Francesa en el Instituto de Baeza. Casi acababa de enviudar. Contaba treinta y siete años. Eligió Baeza en el concurso de traslado. Seguramente quiso volver a Andalucía, buscar el «cariño de la tierra», ausente ya el cariño de la esposa muerta. Y por eso...

¿Por eso? Pobre Antonio. Oigámosle:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.

En el fondo de una habitación penumbrosa, junto a una mesa camilla quizá, están don Andrés, don José, don Juan, don Antonio... ¿Don Antonio? Volvámosle a escuchar:

Es de noche. Se platica
al fondo de una botica:
—Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales
tan perros, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores
buenos administradores
de su casa.
.....

Así es la vida, don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada está crecida.
—Con estas lluvias...
Y van
las habas que es un primor.
—Cierto; para marzo en flor.
Pero la escarcha, los hielos...

Baeza, «pobre y señora», es una ciudad bajo cuya epidermis de floreciente actualidad se perciben claramente los pálpitos de la Historia. Baeza, en su entraña, es pasión derrotada; pasión alerta, no obstante, en las almenas de una gloria desdentada. «Nido Real de Gavilanes» se la llamaba ya en tiempos de la Reconquista. Ahora, su prestancia se perpetúa en coágulos impresionantes. Sus monumentos son eso: custodias en que se ostenta la sangre, preciosa y muerta, del pasado; desde las que irradia el aliento detenido, embalsado, embalsamado, de todos los ayeres. Cerca de la plaza de la Catedral —suspiró lírico, pulmón en el que la ciudad se abre amorosamente a la nostalgia— está el Instituto, antigua Universidad, cuyo primer Patrono fue el beato Juan de Avila y en cuyas aulas explicara San Juan de la Cruz... ¿Qué piensa Antonio Machado, profesor de Lengua Francesa, cada mañana, al abandonar, después de sus lecciones, las clases del Instituto y encararse con la fisonomía de la ciudad?

En sus notas autobriográficas se lee: «Me trasladé a Baeza, donde hoy resido. Mis aficiones son pasear y leer. «Pasear y leer... Buen programa. Deambular lentamente por las calles, callejas y plazas de la ciudad anolada, encallada. Ensanchar luego su mirada en los campos ubérrimos de olivar; dejar que su pupila —abeja— vaya libando, sutilmente, materia poética en las perspectivas luminosas del valle del Guadalquivir; dejar que choque después en la lontananza azul de las montañas:

Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta;
su montera, Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.

Antonio Machado no pasa por Baeza. No pasa, pasea. Hace que su andadura se impregne del resuello de esta tierra adelantada de Jaén, bastante lejos todavía, ¡ay!, su tierra sevillana; más lejos la tierra de Soria en que yace, en sueño intemporal, el cuerpo de Leonor. Pasea, y el alma de la ciudad, poco a poco, íntima con el alma del poeta. ¿No tienen, Baeza y el poeta, una misma, cordial, ansia dolorida, una misma obsesión? A Baeza y a Machado les duele dentro el tiempo que se ha ido. El poeta y la ciudad guardan, hondo, un vacío idéntico. En las simas del alma de Baeza hay un hueco —caracola de resonancias inmortales— hermano del hueco del corazón de Machado. Por eso, para liberarse quizá de la sugestión melancólica, el profesor-poeta se «fuga» cada tarde al paisaje, en busca de los «caminos de la tarde»:

Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan
buscando los dispares caseríos
del valle y de la sierra.
Caminos de los campos...

En vano. En vano porque el plomo del dolor abate enseguida cualquier alacridad de la mirada, cualquier vuelo de su pensamiento:

Caminos de la tarde...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

Pasear y leer. Porque, tras la andadura de cada día, está la reflexión amarga de cada noche. Machado, entre sus libros, entre sus papeles. Machado, entre sus ideas, entre sus recuerdos. En la periferia, sus viviendas y... dentro, su caverna. ¿Tiene su época la culpa de que el poeta no encuentre claramente, para su consuelo supremo, a Dios? Pero Dios —su época debe tener la culpa— se le pierde «entre la niebla». El lo declara... Entonces, Antonio, perdido en su laberinto, busca el hilo de Ariadna de la filosofía. Y el hilo se le enmaraña. En Baeza, Antonio quiere apuntalar el edificio ingrávido de sus versos, con arbotantes más o menos lógicos. Surge «Juan de Mairena», el escritor-poeta de «El Sol». Cercando a Antonio, Kant, Bergson, Platón. Mientras, hondos, su dolor y su ansia inalineables:

Sobre mi mesa. Los datos
de la conciencia inmediatos.
No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos
creativo, original
este yo, que vive y siente
dentro la carne mortal,
¡ay!, por saltar impaciente
las bardas de su corral.

—Yo —repite mi buena señora enlutada— le conocía. Le veíamos pasar con su traje siempre negro, manchado. No dejaba nunca el paraguas... Tenía una sonrisa triste, como ausente...

(ABC, Madrid, 17 de abril de 1959.)

AURORA DE ALBORNOZ

El paisaje andaluz en la poesía de Antonio Machado

Desde *Soledades* (1903), hasta las poesías escritas durante la Guerra Civil, la preocupación por el paisaje —el que le rodea o el que recuerda— es constante en la obra poética de Antonio Machado. Paisajes en cierto modo imaginarios, unas veces; vistos, otras; revividos a través del recuerdo, siempre.

Antonio Machado es poeta de vivencias. Ha visto y ha sentido Andalucía, Soria, Valencia... Y el paisaje de Andalucía, Soria o Valencia, en distintas formas y épocas, se incorpora a su mundo poético.

Después del soriano, me atrevería a decir que es el paisaje andaluz el que más influye en la visión machadiana de las cosas; el que más profunda huella deja en su poesía.

Pero no caigamos en el error de aplicar a la poesía las convencionales divisiones geográficas. No pretendamos abarcar bajo el título general de «andaluz» el mundo del «huerto claro donde madura el limonero» y el del «pueblo húmedo y frío». Es cierto que ambos paisajes se dan en Andalucía. Mas Sevilla y Baeza no tienen el mismo campo, ni las mismas casas, ni las mismas calles. Y, sobre todo, son para Machado experiencias que le dejan dentro diferentes significados. Es del interior de donde brota la poesía; no es de extrañar, por tanto, que esta diversidad de significación dé lugar a paisajes poéticos radicalmente distintos.

De Sevilla tuvo el poeta experiencias infantiles. El recuerdo sevillano siempre ha de mantenerse vivo, aun en los últimos poemas. Baeza aparece tarde; la conoció cuando sus ojos estaban ya llenos de mundo y su corazón de penas.

Antonio Machado vive en Sevilla sus primeros ocho años. Quizá, como todos los niños, acepta el paisaje que ve sin objetivarlo, pero no por ello deja de grabarse a fuego en su memoria, con esa receptividad primaria y profunda que sólo los niños poseen, oculto en los interiores de su conciencia como una placa fotográfica que habrá de revelarse en su edad adulta.

Cuando Manuel y Antonio oyeron de su padre el anuncio de la próxima partida, tal vez sintiera Antonio su estancia dentro de un paisaje determinado, distinto, acaso, de los que luego había de encontrar. Quizá entonces, obedeciendo a un sentimiento puramente intuitivo, agudizase sus sentidos a fin de aprehender mediante ellos, para siempre, las cosas que lo rodeaban.

Al salir de Sevilla lleva consigo una serie de sensaciones que han de ser la base del paisaje sevillano que recreará más tarde; sensaciones procedentes de la niñez que van definiéndose más a medida que crece. Con ellas y su imaginación creará un paisaje propio; un paisaje totalmente poético.

En su juventud, y luego en su madurez, volverá el poeta a Sevilla. Descubrirá entonces —como todos dolorosamente descubrimos— que el recuerdo depurado por la fantasía no corresponde a la realidad: no son los colores tan vivos; no son los olores tan penetrantes. Pero no importa: él ama a su Sevilla, a la que comenzó a recrear en el recuerdo, acaso el mismo día que la abandonaba, y cuyos perfiles fueron dibujándose cada vez más intensamente.

La experiencia de Baeza, decía, es radicalmente distinta. Llega allí en 1912, poco después de haber perdido a Leonor en tierra soriana. Difíciles debieron ser para el poeta esos primeros tiempos. Al recuerdo de la esposa muerta se une la nostalgia de una tierra que sentía suya («—yo tuve patria donde corre el Duero»...). Siguiendo su vieja costumbre, pasea. Pasea solo. Mas por algún tiempos ve chopos donde hay olivos. Un día, —quizá en uno de sus solitarios paseos— descubre el mar de olivos que lo rodea. Ahora los ve. Y ve el campo. Un campo que llevará ya por siempre en el recuerdo. Un campo personificado, como el viejo olmo soriano:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

En la poesía de Machado, como en su vida, hay una estrecha relación entre Sevilla e infancia. Su infancia y la infancia en general.

La ciudad es un recuerdo de niñez. Al ofrecernos una autobiografía en forma poética, Sevilla es inseparable de los primeros años:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero.

En el «Retrato» la evocación de la infancia trae consigo necesariamente el recuerdo de la ciudad donde transcurrió. En el poema que comienza «En estos campos de la tierra mía» —fechado en Lora del Río, 4 abril 1913— la vista de tierras andaluzas revive recuerdos infantiles (1). Con frecuencia la fusión entre estos dos elementos —Sevilla y niñez— es tan completa que nos es difícil separarlos. Esa fusión de recuerdos se va haciendo más profunda con el pasar del tiempo, con la lejanía. Se logra cabalmente en uno de sus últimos sonetos:

Otra vez en ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.

Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!,
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!...

(Sonetos, VI, pág. 265.)

(1) Intencionadamente quizá trata aquí el poeta, con éxito, de revivir recuerdos.

Tengo recuerdos de mi infancia, tengo
imágenes de luz y de palmeras,
y en una gloria de oro,
de lueñes campanarios con cigüeñas,
de ciudades con calles sin mujeres
bajo un cielo de añil, plazas desiertas
donde crecen naranjos encendidos
con sus frutas redondas y bermejas;
y en un huerto sombrío, el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos
que el agua clara de la fuente espeja,
un aroma de nardos y claveles
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena;
imágenes de grises olivares
bajo un torrido sol que aturde y ciega,
y azules y dispersas serranías
con arreboles de una tarde inmensa:...

(*Poesías completas*, págs. 146-147. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires. Cito siempre aquí la misma edición).

Pero se hace definitiva, sin embargo, con esa inevitabilidad de lo que se termina, en el último verso escrito por el poeta: «Estos días azules y este sol de la infancia» (2), verso prodigioso en el que los elementos del paisaje sevillano se incorporan indisolublemente, como el principio y el fin, a una infancia ida, vivida en esa ciudad azul y soleada, desde las playas sombrías del destierro.

Pero para Machado, Sevilla no está sólo unida a su niñez: es casi inseparable de los niños. Don Antonio se proyecta siempre sobre el mundo de infancia como un adulto que sueña de vez en cuando con su propia niñez. Nunca como un observador objetivo de los juegos de niños. Mucho menos como un niño grande.

Detrás de los niños de las plazas y parques machadianos hay siempre árboles, frutas, colores que recuerdan la Sevilla infantil:

La plaza y los naranjos encendidos
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales
que, al salir en desorden de la escuela...

(Pág. 21)

Donde las niñas cantan en corro
en los jardines del limonar,...

(Pág. 72)

Consciente o inconscientemente tienen un cierto acento sevillano estos escenarios donde alborota la gente pequeña.

Mas ¿cómo es la Sevilla de Antonio Machado? Poco se la describe. El poeta se limita a transmitirnos impresiones: luz, color, olor... Impresiones externas de profundo sentido interior, porque Machado, acaso sin saberlo, supo muy bien que esas pequeñas cosas aparentemente superficiales son las puertas de profundas galerías del alma.

La Sevilla de Machado es una amalgama de sensaciones que inesperadamente nos envuelven y nos hacen sentir la invasión de luminosidad propia de la infancia.

(Esta luz de Sevilla).

(2) Véase: Jose Machado, *Ultimas soledades del poeta Machado*, Santiago de Chile, 1958 (multigrafiado).

Con los ojos llenos de colores vivos («...en el jardín cercano/la fruta de oro») y embriagados por penetrante aroma de «nardos y claveles/y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena».

Baeza impresionó al poeta desagradablemente, al principio. Desde aquel campo sueña con el soriano. La primera captación del paisaje que le rodea está guardada en el poema «Caminos» (página 143). Poema en que recoge los detalles más vivos del paisaje de la alta Andalucía. Lo que de ella mucho tiempo después ha de recordar: el río, la luna y los olivos.

Los olivos vienen a convertirse en el elemento que caracteriza este nuevo paisaje; sustituyen, en cierta forma —aunque no lo borren— al chopo castellano. La luna había aparecido ya en algunos paisajes sorianos; ahora se hace indispensable. Los ríos —Guadalquivir y Guadiana Menor— vienen a ocupar el puesto que antes correspondiera al Duero; nunca se sienten como ríos independientes y propios, sino como reflejos del castellano.

Los olivos aparecen ya en el mencionado poema «Caminos»:

El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares,...
(Pág. 143)

El árbol está en calidad de acompañante. Del río se nos dice algo: va corriendo. Del olivo, no mucho. Lo suficiente, sin embargo, para hacernos sospechar que tal vez le pase como al chopo, que aparece paulatinamente como acompañante del Duero, covirtiéndose luego en indispensable.

La presencia del olivo andaluz se cumple en los poemas «Los olivos» y «Olivos del camino» (págs. 158-160 y 199, repectivamente); aquí el olivo adquiere un cierto valor simbólico. Si la encina castellana representa un poco al hombre de Castilla, en el olivo ve Machado algo del campesino de Andalucía.

Quizá los más poéticos olivos machadianos son los de aquel olivar...

Sobre el olivar
se vio la lechuza
volar y volar.

Olivar visto «desde mi ventana». Olivar con su lechuza. Olivares en ese «campo, campo, campo», que irán definitivamente con el poeta, de ahora en adelante, acompañando a los chopos y a las

encinas. Son árboles viejos todos, como el alma del poeta, hincados en la tierra junto a ríos y caminos que pasan en un constante ir hacia la nada. Y en su vejez saben que también ellos mueren, a pesar de su aparente permanencia que los cubre de polvo blanqueando sus copas, como blanquea también la cabeza del poeta. Son sus amigos en ese enraizado quedar, en ese intento vano de afirmarse frente al cambio invencible e inmóvil.

La luna es de gran importancia en los paisajes de Baeza. Como lo es el sol en los de Sevilla.

El sol de Sevilla es alegre y se traduce en luz, en brillo. La luna de Baeza cambia, de acuerdo con los estados de ánimo del poeta, como en los paisajes románticos.

En el mencionado poema «Caminos», por ejemplo, la luna que está subiendo «amoratada, jadeante»... Sube tras un atardecer que se apaga, presagiando una noche de inquietudes. El poeta, triste, ha proyectado en la luna todos los pesares de su alma amoratada y jadeante:

La luna está subiendo
amoratada, jadeante y llena.
Los caminitos blancos
se cruzan y se alejan,
buscando los dispersos caseríos
del valle y de la sierra.
Caminos de los campos...
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!
(Pág. 143)

En cambio en otros momentos («Desde mi ventana / ¡campo de Baeza / a la luna clara!») el alma parece estar un poco más en calma, más clara. Por eso el poeta, en esa ventana, se deja bañar un poco —como el campo— por la claridad lunar.

En el paisaje de Baeza hay ríos. Como en el soriano. Vienen a continuar una tradición que el poeta inició al darle al Duero una importancia fundamental dentro de la paisajística castellana. No tienen éstos, por supuesto, la importancia de aquél. Son secundarios en los campos de Baeza. Sin embargo, queremos subrayar el hecho de que una vez incorporado el elemento *río* a la poesía machadiana, no ha de desaparecer jamás de ella.

Los paisajes de Sevilla podríamos decir que se reducen a un patio. Y —proyección de él— a algunas plazas, o parques que se le parecen increíblemente. Los de Baeza, sin embargo, se salen de estos

pequeños límites para dispersarse unas veces por las calles —sin duda, húmedas y frías— del pueblo húmedo y frío; otras, para salirse, sin muros, sin tapias que los contengan, por esos campos de Dios, monótonos, interminables, que se repiten siempre sin alcanzar un límite. Por esos campos verde oliva, interrumpidos sólo por algún cortijo blanco:

Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos...

Dije antes que el paisaje de Sevilla y el de Baeza son diferentes. Pero añadía que quizá la máxima diferencia es la que Antonio Machado pone en ellos. En los primeros guarda sus recuerdos de infancia, en los otros su angustia de solitario. Sevilla es la compañera inseparable de los días azules, hasta el punto de identificar el azul del paisaje con el azul de los años niños. Baeza es —tiene que ser— el espejo del Antonio Machado en otoño, que ya no ve días azules sino destartalados, sombríos, grises. Los paisajes de Sevilla son la añoranza de la niñez perdida. Los de Baeza son el reflejo de un hombre que arrastra consigo sus años y que camina «solo, triste, cansado, pensativo y viejo».

(Caracola, «Revista malagueña de poesía», 84-85-86-87, octubre-noviembre-diciembre, 1959 - enero, 1960).

MANUEL OROZCO DIAZ

Recuerdo de Antonio Machado en Baeza

Dejan los hombres su huella en las cosas, su estremecimiento. Yo fui a Baeza buscando esa estremecida huella inefable del poeta, como en un reencuentro con el alma ausente del gran solitario.

En Baeza, Castilla —una Castilla de oro y verdor— se asoma a Andalucía; o acaso Andalucía abre su alto muro de esplendores en Baeza, este pueblo dormido, tan de lleno en la eternidad de las cosas, como si la vida misma fuera en él de huida. Tierra ésta de bendición y de tedio: tierra atada al compás de un reloj parado, de una fuente, de un andar lento de un perro que se aleja por la amarilla vereda a morir, quizá, en el borde del camino. Tierra callada, muda, absorta de soledades y de crepúsculos de esplendor final de la luz. Tierra para la siembra y para tenderse, para mirar de frente el cielo y descifrar el alto vuelo del águila. Tierra donde la sombre tiene un pájaro oculto, un negro cuervo delante de nosotros, por el largo camino.

Iba yo por el pueblo buscando la huella del poeta, su larga sombra por el suelo, por lo muros, los negros olivares. Iba reconstruyendo por las calles su negra estampa de enlutado universal, de halcón vencido, de fantasma ungido de poesía, tedio, indolencia; de desdén, de altivez, de cansancio infinito. Lo veía ideal, avanzar a veces por el duro suelo empedrado de las calles, las plazas, los patios; junto al muro, bajo los anchos aleros negros de los palacios sombríos. Lo contemplaba absorto, como un mástil de desgarrada nave, de no sé qué naufragio definitivo del hombre, de todos los hombres.

«Yo en este viejo pueblo paseando solo, como un fantasma.» En esa calle lunar, en ese portalón, en ese muro hay un estremecimiento del poeta, está indolente ese fantasma vago y presentido. Yo le he sentido en ese escalofrío, en ese rumor del portal vacío donde un moscardón

golpea el farolillo del Cristo amarillento; en ese ruido de polilla que tienen las rejas de las calles sombrías; en ese temblor de estrella que tiene el farolón apagado en la alta madrugada, cuando vibran los grillos lejanos y los altos luceros del alba. Yo he visto su fantasma en ese marmolillo de piedra que se dobla de cansancio; en ese perro flaco, galgo ya, y cervantino, que cruza solitario la plaza en la alta hora tremenda del alba; en ese murciélago que cruza el patio en el último fulgor de la noche, sobre el ancho cielo de espadañas que cubre de barandas la plaza. Lo he visto en esa inaudita alondra que se alza sobre el azul del cielo. Aquí está la evidencia del poeta, en su encontronazo con las cosas, la gente, el paisaje y su nostalgia. No tenía remedio Antonio Machado; no tiene remedio el hombre al que cercan sus fantasmas, sus pájaros sombríos.

Antonio Machado se miraba en las cosas: en la encina, en el agua, en la tierra. Se miraba en los espejos, en aquellos espejos verdeamarillos del Casino, donde el profesor bebiera su ración negra de café y de tedio cotidiano. ¡Ay esos espejos de los casinos, los cafés, las salas bajas! Esos espejos, son su verdín de alga mustia, sobre los que como en una moneda dejaría su imagen romana, consular, de desterrado. Aquel mirar los espejos con sus viejos fulgores apagados, cuando el poeta meditara «éste que soy será quién sea» porque ya no se encontraba sino vestido de sombra, de tiniebla, de cansancio; esa tiniebla, ese cansancio que de golpe se le venía encima, ante su propia faz confusa en el espejo. Aquellos huidizos cortinajes de los hueros salones de los Juegos Florales; aquellos mármoles funerarios de las escaleras, aquellos rincones de penumbra del Casino en los que Don Antonio pondría su fantasma clavado, negro, como un mascarón de proa de la sombra, de la nave de sombra que le surcaba y de la que era capitán de navío.

Luego, el Instituto, con sus patios, sus pasillos con ese aire tonto de Balneario o de Sociedad Económica de Amigos del País, y, al fin, su clase, la clase de Antonio Machado, como un recinto de silencio en esta hora del atardecer lento del verano. La puerta, al abrirla, se queja en los goznes, me deja paso. Estoy ahora solo. Un balcón se abre al patio. Entra la luz violeta de la tarde. Cruza el cielo una golondrina. Frente a mí, la mesa de profesor, una vulgar, vieja, anodina mesa de Instituto de pueblo. Detrás de ella el sillón, feo, de cartón pintado imitando cuero, con sus medallones falsos, de relieve. El negro encerado hule como un tarjetón funerario. Sobre el sillón, una litografía tremenda del Sagrado Corazón, con su marco plano, como un escapulario grande.

Sobre el blanco muro, muñecos pintados por los niños: un tío con sombrero; quiza quiera ser este el profesor poeta atolondrado. Unos números romanos detras, en tinta gruesa: «XXIX». Muros blanqueados. Silencio. Olor debil a madera de pino viejo, ese olor colegial de las clases vacias. Un crujir trémulo de la tarima del profesor que llena el total silencio de la clase, del patio, de la hora.

Pasa de nuevo por el instante relojario de mi emoción la vaga sombra fantasmal del poeta. Cae la tarde allá por los *campos de Baeza*. Cruza de nuevo el cuadro azul del cielo una golondrina. Pienso que somos fantasmas ciertamente, sombras de otras sombras, hilos de la gran red envolvedora que es la muerte. Que somos sombra y vago pensamiento. Tiempo que se nos va agotando en esa hora del corazón.

Hora de mi corazón;
la hora de una esperanza
y una desesperación.

Ya no hay tiempo, Maestro. Tú contarás tu esperanza en otros números sin tiempo, sin ese plazo fijo del vencimiento nuestro. No hay salida. Nos vamos.

Maestro, en tu lecho yaces,
en paz con ella o con él...

Tiene esta clase algo de camposanto; algo de capilla vacía de cementerio, algo fatal, triste y desvelado, en esta hora. Los niños, en estas clases, son más tristes; los profesores, también. Desde aquí comprende uno un poco la infinita tristeza del poeta, en este cuarto blanco donde dejó su palabra subirse como la hiedra por los muros arriba, por los blancos muros encalados. Son tristes estos pueblos, inmensamente tristes y desgarrados. Le venía bien este pueblo y esta tristeza a la palurda soledad triste del poeta. Le venía bien esta clase de malancolía, este muro de pena que le cercara un día como una celda de prisión ideal. Le venía bien esta luz que le caía del cielo como un mensaje de esplendores y horizontes lejanos, de lluvias en los campos, los habares y las encinas. Le venía bien a Machado esa soledad que en Baeza tiene señorío y presencia.

Uno piensa en el destierro del poeta, desgarrado, atado al suelo, a la nómina tremenda de su diario vivir, y desde aquí, desde esta clase

vacía, se nos hace más desgarradora su soledad, su estampa de cesante, de eterno caminante de veredas ideales, porque desde este rincón, desde esta clase vieja, con su estrafalaria arquitectura, con su desvencijarse, su inmediata ruina de desván o de sala baja en desuso, el mundo y su falso esplendor están infinitamente lejanos, imposibles. Queda el paisaje, el ancho horizonte. *Montes de Cazorla...*

...Y este olor
que arranca el viento mojado
a los habares en flor.

Sí, queda la poesía, pero no satisface enteramente al corazón, ni enteramente libera al poeta de su hora relojaria y tonta. Desde aquí la soledad machadiana, su nueva moneda en curso, tiene la desolada angustia del destierro, de forzado, de galeote indolente y resignado. Aquí hay entrega al destino, al cansado caminar sin salida, sin retorno.

Antonio Machado se nos iba muriendo todas las tardes en esta clase. Se nos iba muriendo a chorros por este pueblo, por sus horizontes, sus campos, sus calles de los desamparados.

Salgo a la calle...

¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
vemos vagar por estas calles viejas!

pasa.

(Caracola, «Revista malagueña de poesía», 84-85-86-87, octubre-noviembre-diciembre, 1959 - enero, 1960.)

RAFAEL LAINEZ ALCALA

Recuerdo de Antonio Machado en Baeza (1914-1918)

Quiero renovar ahora, en el homenaje al amigo y compañero Manuel García Blanco, mis recuerdos de adolescencia en el Instituto baezano de Segunda enseñanza. Las piedras de su edificio están amasadas de vieja cultura del siglo de oro, pues antaño, universitariamente, rindieron pleitesía de hermanas menores a las de la Universidad de Salamanca, incluso en la paremiología popular, puesto que todavía decimos por aquellas tierras que «lo que no da Naturaleza, ni Salamanca ni Baeza». Todo ello es como si penetrara en una extensa galería de retratos inolvidables de maestros y amigos, entre los que se destacan dos nombres intactos en el espejo vivo de lo que a mí me sigue pareciendo presencia continuada de ayer en el diario navegar de mis afanes: don Antonio Machado y don Alfredo Cazabán.

BONDADES PARALELAS

De este último gran maestro, que nació en Ubeda y murió en Jaén, ya he hablado y escrito en ocasiones diversas, como de un educador sin proponérselo, al que debo toda mi vocación de historiador en agraz, enamorado siempre de mi tierra nativa y al que además debo los generosos primeros estímulos de aquella urgencia literaria que hizo aflorar mis tempranos escritos en la letra impresa de un adorable periódico provinciano, que él dirigía desde su atalaya de Jaén juntamente con la prestigiosa revista denominada *Don Lope de Sosa*, sobre la que vertió tanto cariño como en una hija.

Don Alfredo y don Antonio, dos maestros igualmente bondadosos por naturaleza; de los dos podría decirse como dijo don Antonio de sí mismo:

Y soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

DON ANTONIO EN BAEZA

A don Antonio y en la propia Baeza, le debo la inefable preocupación entusiástica, feliz y dolorosa, y al mismo tiempo inocente, de sentirme poeta, siguiendo la huella mágica de sus versos, puestos al alcance de mi sensibilidad como a cara y cruz de una vocación estudiantil. ¿Poeta? ¿Historiador? Ahora veo lo difícil que es autodefinirse, desde esta balconada de mi despacho salmantino. Sexagenario ya, vestido de idéntico entusiasmo, tocado de nostalgias juveniles... Y Baeza, en el gran recuerdo de mis versos incipientes. Era por los años de 1914 a 1918. Recuerdo la estampa de don Antonio, con su «torpe aliño indumentario» avanzando como a pasos renqueantes, apoyado en fuerte cayada rústica, grandes los zapatos, largo el abrigo con cuello de astracán, vestido de negro, camisa blanca de cuello de pajarita y grueso nudo de corbata negra, negro el sombrero blando, mal colocado casi siempre; a veces llevaba destocada la noble cabeza de revuelta cabellera iba rasurado con pulcritud, pero el traje maculado por las manchas de ceniza del inevitable cigarrillo. Le veo avanzar por la calle de la Compañía, desde las Barreras, a lo largo del edificio que fue de los jesuitas y en este tiempo era cuartel de tropas y depósito de caballos sementales. Desembocaba en la sosegada plazuela de Santa Cruz, frente al soberbio edificio gótico-isabelino del Seminario Conciliar, antiguo palacio de los Benavides, señores de Javalquinto, en la cuesta de la Catedral. A la esquina de la calle de la Compañía y de la plazuela mencionada, frontero a esa cuesta, la Casa de Capellanes de la antigua Universidad, donde están instaladas las oficinas, archivo, biblioteca y sala de Profesores del Instituto; había palmeras y rosales en el patio y era necesario descender hasta las aulas por un ancho pasadizo escalonado y oscuro, en cuyos vanos se recortaba la recia figura de don Antonio, un poco inclinado hacia adelante y apoyado en su cayada.

Los estudiantes sentíamos mucho repecto por este profesor serio y tierno a la vez, que sabía sonreír desde su lejanía como si estuviera atento a la presencia ausente de algo que nosotros ignorábamos aún.

El ancho claustro renacentista del viejo edificio estaba lleno de luz y de algarabías estudiantiles, pero se colmaba de silencio con sólo su presencia. El bedel acudía solícito y daba la voz de ritual: detrás del maestro entrábamos todos en el aula: era una estancia de alto techo, paredes encaladas, feo zócalo pintado de gris oscuro, con huellas de humedad. Los bancos eran viejos y sucios, la tarima no muy elevada y sobre ella, casi en penumbra, la mesa grande, un sillón y la pizarra. La grave voz de don Antonio pasaba lista lentamente, como en un chasquido de la lengua entre los pronunciados labios: «Salido, Lainez (acentuando mucho la *i*), Quijano», etc... Nos habíamos sentado ya por orden de lista; yo estaba el segundo como queda dicho.

Comenzaba la clase de francés. Leíamos algún texto en prosa. Recuerdo uno de Víctor Hugo, que aquel día me tocó leer a mí. Nos corregía la pronunciación. Salía él a la pizarra para aclarar voces y especificar los diptongos. Don Antonio leía correctamente el texto con lentitud; repetíamos alguno de nosotros. Había ternura en la clase, ninguno de nosotros armábamos el runrún o el jaleo que se armaba en otras, ni tampoco nos provocaba el miedo que nos producían otros profesores. Yo leía medianamente, pero traducía bien y me encargó que tradujera «El Lago», de Lamartine. Todavía conservo el papel con las correcciones mínimas que me hizo con su propia pluma, de acero, de las llamadas de la corona, y tinta negra; yo escribía torpemente con tinta azulada. Luego aprendí de memoria trozos poéticos de famosos autores franceses, que me hacía repetir en clase. Recuerdo aún el «Mediodía» de Leconte de Lisle (Charles Marie Leconte).

Paquita de Urquía, mi compañera de curso, fue la primera que puso en mis manos un libro de poemas del maestro. Y así fue naciendo una devoción poética por su obra, algunos de cuyos versos recitaba entre mis compañeros:

Yo voy soñando caminos
de la tarde

Inefables lecturas en los atardeceres en aquel gran patio de mi colegio. Era yo por entonces colegial interno, en el de San Luis y San Ildefonso, que dirigía un inteligente sacerdote. Ese colegio estaba instalado en el caserón de los antiguos Marqueses de Fontecilla, cuyos blasones lucíanse sobre la fachada, al lado del balcón principal, en la vieja calle de Santo Cristo del Cambrón, al filo del Murallón de la antigua ciudad, entre la cuesta de San Gil y el Arco del Barbudo

o de las Escuelas, muy próximo a este último edificio de la vetusta Universidad: todo ello en los aledaños del inigualable barrio catedralicio de Baeza...

... la nombrada, nido real de gavilanes...

por cuyo barrio veíamos pasar algunas veces la sombra silenciosa y solitaria de don Antonio, a vueltas, seguramente de sus ensueños sorianos, en esta ciudad entre andaluza y manchega, como él escribió.

LA BOTICA DE ALMAZAN

Don Adolfo Almazán era farmacéutico en Baeza y profesor de gimnasia en el Instituto. La descripción de su persona y de su clase alcanzaría los matices de la caricatura. Pero su botica, situada en la calle de San Franciso, frente al Mercado y al teatro que se cobijaban entre las ruinas del convento renacentista de ese santo titular de la calle, nos resultaba un lugar atractivo para los muchachos. Allí íbamos a comprar pastillas de goma, «que son pa la tos», y el famoso *polodú*, cuya raíz nos entreteníamos en masticar asiduamente, como ahora se hace con el *clicle* norteamericano.

La más de las veces íbamos a la botica a no comprar nada; sólo era para ver la reunión de los catedráticos situados al fondo de la rebotica, que era una habitación larga y estrecha, como un tranvía, con asientos al pie de las estanterías colmadas de botes antiguos. Allí estaba don Antonio, con el sombrero puesto, sentado en el banco de la derecha y al fondo, apoyado en su cayada, con la característica postura meditativa que habíamos contemplado en varias ocasiones y lugares distintos.

Hablaban casi todos al tiempo, de política o de lo que fuera. La más de las veces don Antonio no hablaba. Ese cuadro lo ha descrito él en uno de sus conocidos poemas. Allí estaban don Antonio Parra, pulcro y atildado, secretario del Instituto; don José Moreda, tan locuaz; el tremendo don José Coscollano, al que todos temíamos por sus exigencias en la clase y su rigor en las preguntas. Allí estaba el inefable auxiliar de matemáticas señor Gómez Arenas, gran amigo y compañero de excursiones y paseos de don Antonio Machado. Nosotros apodábamos a Gómez Arenas, *Cuatro Pelos*, por los pocos que tenía. La rebotica era paralela a la botica y tenía entrada directa por la calle. Los días de lluvia la puerta estaba encristalada y apenas podíamos divisar lo que sucedía en el interior de aquel cenáculo,

presidido por los bigotes engomados de don Adolfo Almazán, que hacía frecuentes salidas a la farmacia para responder a las preguntas de alguna cliente o de alguno de los *mancebos* de la misma.

Otra botica había a la entrada de la misma calle y en la acera contraria, la del también profesor del Instituto don Ramón de los Ríos Romero, con el que me ocurrieron anécdotas estudiantiles en su clase de Química, que ahora no son del caso referir...

Se platica
al fondo de la botica

escribió don Antonio

LOS PASEOS DEL POETA

Las reuniones en la botica de Almazán tenían lugar todos los días al atardecer, principalmente en el invierno, y más aún los días lluviosos. Pero en los buenos días soleados era cuando los colegiales internos en el de San Luis y San Ildefonso o en el Internado del Instituto, paseábamos, los jueves, por el recinto exterior de la ciudad, desde el arco del Pópulo o de las Carnecerías hasta el Arca del Agua, bordeando gran parte del antiguo cinturón de murallones, deshechos, viejas casucas y venerables palacios y conventos casi derruidos; solíamos encontrar a don Antonio solo las más de las veces, sentado bajo el olmo de la Puerta del Conde o en alguno de los bancos que, más lejos, se apoyan en la espalda de la Plaza de Toros, allí, por el Egido. El luminoso y amplísimo paisaje del alto Guadalquivir y de las Sierras de Cazorla y de Mágina, de Este a Oeste, por los campos del Sur, también lo ha descrito él. Pasábamos los colegiales, saludando, tímidos, respetuosos, y él respondía al saludo añadiendo nuestros nombres propios, como si pasara lista en clase. Todavía lo recuerdo, apoyado con sus dos manos en su cayada, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil, en la presencia ausente de una estatua viva... A lo lejos, en el fondo del valle, «Guadalquivir, como un alfanje roto y disperso reluce y espejea», escribió él, y nosotros lo hemos visto muchas veces, y añadió en otro poema «Tiene Cazorla nieve —y Mágina tormenta— su montera Aznaitín»...

En otras ocasiones, los estudiantes llegábamos antes al paseo de las Murallas y le veíamos avanzar, lento y bamboleante, como si cojeara levemente, y era entonces cuando nos saludaba con un adiós

para cada uno de nuestros apellidos. Otras veces le veíamos llegar por el paseo de la estación del tranvía, esponjándose al buen sol del Arca del Agua, un paseillo de acogedores jardines y de fuente cantarina, a cuyo regazo nos acogíamos los estudiantes. Y alguna vez yo había recitado, al atardecer, entre dos luces, aquel poema suyo dedicado a Juan Ramón Jiménez por su libro *Arias Tristes* y en el que figura el verso «Sólo la fuente se oía».

Don Antonio continuaba su paseo, carretera adelante, hacia la curva de los Montalvos. Muchas veces dijeron que iba a comprar cerillas a Ubeda, que está a nueve kilómetros, entre olivares y tierras de pan llevar...

Y la encina negra
a medio camino
de Ubeda a Baeza.

Colmena de poesía para nosotros durante muchos años, ahora la encina ya no existe, talada por unas manos vulgares, como las que talaron otra encima entre los olivares del cerro de la Carrasca, en mi pueblo, testigos ambas de otros tiempos y otros gustos.

MIS PRIMEROS VERSOS

Entre las asignaturas que estudiábamos por entonces, era importantísima para mí la de Retórica y Poética o Preceptiva literaria y composición, cuyo texto pertenecía al catedrático del Instituto de Gerona don Francisco de P. Massa Vallosera, del que aprendí de memoria casi todos los ejemplos de figuras retóricas, algunas de las cuales recuerdo perfectamente al cabo de los años, tales como las de ***epanadiplosis*** y algunas de sus congéneres.

El catedrático de Baeza lo era don Francisco Javier Gaztambide, buen profesor al viejo estilo, amable con nosotro, pero al que dada su pequeña estatura, su atildado porte, barba negra derramada en abundante abanico, le recordábamos siempre colgado del brazo de su simpática esposa, mucho más alta que él y que se preocupaba ella misma por el buen resultado de nuestra notas de final de curso. Creo que se apellidaba De las Barras de Aragón. Don Javier Gaztambide se interesó pronto por la afición que yo demostré en clase y fuera de clase por el estudio de su asignatura, y me encargó que escribiera

modelos originales de todas las figuras retóricas y de sus formas, desde el pareado hasta la octava real, que yo le presenté a final de curso de un cuaderno prolijamente manuscrito. Incluso hice un soneto, que tuve la debilidad de mostrar a don Antonio Machado. Aquellos mis primeros versos hicieron las delicias de don Javier Gaztambide, que al firmar la papeleta me premió con la nota máxima. También les gustaron mis versos a su esposa y a los amigos de la casa...

Pero ¿y a don Antonio? Para ése, mis versos fueron otro cantar.

—¿Usted también hace versos? —me preguntó un día, al finalizar la clase. Sentí que me ponía colorado.

—Vamos, estoy dispuesto a escuchar alguno —me dijo sonriente.

Acaso el profesor Gaztambide, en las tertulias de la sala de profesores o en las de la botica de Almazán, le había hablado de ellos. Y entonces se me ocurrió leerle el último soneto perpetrado por mi musa estudiantil, el que hacía referencia a Eloísa y Abelardo, y que declaraba en pésimos cuartetos el fuego que devoraba el pecho de su joven autor.

Riendo esta vez francamente, la única vez que le he visto reír; apoyado en su bastón, chascando la lengua en gesto característico, burlones los ojos sagaces, preguntó:

—¿Y era muy grande el incendio, amigo Laínez?... Pero no escriba sonetos —añadió más cariñosamente— si no le es muy necesario el hacerlo. Sonetos, ni de Cervantes —afirmó rotundo—; se han inventado para castigo de los malos poetas..., y si el pensamiento y la técnica no se ponen de acuerdo espontáneamente, mejor es abstenerse de escribir sonetos. Acaso como ejercicio...

No he olvidado nunca esta lección, de clase fuera de clase, tan humana y tan cordial.

—¿Cuál es su poeta favorito? —inquirió después para apaciguar mi ostensible azoramiento. Yo repuse rápido:

—Rubén Darío.

—Siendo Rubén Darío un altísimo poeta, aún hay más, amigo Laínez —prosiguió—; mañana le traeré a usted el último libro de un gran poeta, de un verdadero poeta.

Y al día siguiente cayó en mis manos, casi como una bomba literaria para este aprendiz de poeta provinciano, cuyas desordenadas lecturas le habían llevado a trasegar una fuerte mezcolanza lírica de poetas dispares, un libro novísimo, *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez, que acababa de salir por aquellos días. El nombre del poeta era entonces completamente desconocido para mí,

que no había pasado de Salvador Rueda, de Rubén Darío y pocos más.

Luego que le hube leído con asombro, fui a su casa a devolvérselo. Don Antonio vivía en un entresuelo del Prado de la Cárcel, oficialmente Pasaje del Cardenal Benavides, esquina a la calle de Gaspar Becerra y frente por frente de la cárcel antigua, bellísimo edificio del mejor plateresco andaluz, que ahora es el Ayuntamiento de la ciudad. Me recibió su madre, una viejecita menuda y avispada, vestida de negro, manteleta o pelerina de lana negra y peinada a la moda del alto y redondo tupé de aquellos años. Recuerdo que la habitación, luminosa y modesta, con balcones a la calle, estaba amueblada con sillas y mecedoras de rejilla, muy típica por entonces en muchas casas andaluzas.

Lo que acabo de contar sucedió por 1917, que es el año en que aparece una edición de las obras completas de don Antonio, y el mencionado libro de Juan Ramón Jiménez, que ahora se llama *Diario de poeta y amor*. Por cierto que a cargo de este raro poeta me sucedieron posteriormente, ya en Madrid, otras anécdotas ligadas a mi devoción por su obra, y sobre todo una muy graciosa entre Zenobia y yo, que ya las he referido muchas veces y hasta se han publicado en algún artículo de Emilio Salcedo.

LA DILIGENCIA DE ACRIBITE

Dos años antes, en 1915 y en el mes de junio, acabado el curso académico, mi primo Manuel Alcalá, también estudiante en Baeza, y yo fuimos una mañana a tomar la diligencia de Baeza a Cazorla, que nos dejaría en Peal. Grata fue nuestra sorpresa cuando encontramos ya instalados en el coche a don Antonio Machado y al señor Gómez Arenas, su compañero de viaje. A mí me tocó ir sentado al lado de don Antonio. Subieron, además, un viajante de comercio y algunas mujerucas con sus envoltorios y varias aves atadas por las patas, que colocaron debajo de los asientos. El coche era destartalado, viejo y de un color amarillo descolorido; los caballos, dos pobres jamelgos. Pero lo que más recuerdo, porque hice varios viajes con él, es la figura grotesca e iracunda del cochero. Acribite de apodo, rubio, coloradote y completamente calvo, incluso de las cejas, bebedor hasta el exceso, que latigo en ristre, desde el pescante, lanzaba sus blasfemias estruendosas y sus pintorescos dicterios contra los caballejos, en los que

salía a relucir, en nada elegantes metáforas, la más próxima genealogía de tan famélicas bestias.

Carretera adelante, pasamos junto a la «encina negra», entre nubes de polvo y chascar de latigazos. Hacía mucho sol. Los vaivenes del carricoche nos traqueteaban a los viajeros unos contra otros. Ninguno hablábamos. Las mujerucas suspiraban de vez en cuando. Don Antonio fumaba sus cigarrillos una y otra vez. Gómez Arenas, levantada la cabeza, miraba a lo alto como si buscara el infinito que tantas veces nos dibujó en la pizarra. Apenas nos detuvimos en Ubeda, frente a la posada de Inés y junto a una tabernilla frontera a la gran Explanada, donde Acribite cambió algunas palabras con el tabernero y se atizó dos copazos de aguardiente carrasqueño. Seguimos por Torreperogil hacia el Puente de la Cerrada, siguiendo la polvorienta carretera de los llanos de Grajea. Don Antonio escribía después:

... el carricoche lento
al paso de dos pencos matalones
camina hacia Peal...

De este modo ha quedado mi pueblo incorporado a la geografía sentimental de Machado. Las demás incidencias del viaje quédense para otra ocasión.

LOS ESTUDIANTES DE GRANADA

También recuerdo ahora que por aquellos años, acaso en la primavera de 1916, un día, al filo de las doce, vi un grupo de forasteros acompañados por el arcipreste de la catedral baezana, don Tomás Muñiz de Pablos, que contemplaban la fachada del Seminario, antiguo Palacio de Javalquinto o de Benavides, ya mencionado, cercano al Instituto; me incorporé al grupo de turistas lleno de curiosidad y escuché a un grave señor una interesante lección de historia del arte beazano. Supe después que el grupo lo formaban los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. Y el catedrático era don Martín Domínguez Berrueta, ilustre salmantino y magnífico profesor, al que tanto deben los estudios artísticos de la juventud granadina de aquel tiempo.

Entre los muchachos que le acompañaban en aquella ocasión iba Federico García Lorca, al que pocos años más tarde conocería yo en

Madrid. Aquel día ellos marcharon hacia la catedral, y yo, venciendo mi curiosidad, me volví al Instituto, porque no quería perderme la clase de don Antonio.

Al día siguiente mi compañera, Paquita de Urquía, me dio noticia de los viajeros, que los acompañó toda la tarde, y que en el Casino Antiguo, o de los señores, don Antonio había recitado fragmentos de «La tierra de Alvargonzález» y Federico había tocado el piano con mucha gracia; interesante episodio éste, que yo me perdí entonces por ser alumno interno del Colegio de San Luis y no serlo del Internado del Instituto, cuyos alumnos mayores también acompañaron a los excursionistas. Lo que sí recuerdo claramente es que pocos meses después las hermanas Urquía (Paquita y María del Reposo) me regalaron el primer libro en prosa de Federico, que hacía referencia a sus impresiones del viaje, uno de cuyos capítulos se publicó en el semanario *Ayer y Hoy*, dirigido entonces por el inteligente escritor y luego malogrado amigo Fernando Martínez Segura y Checa. No he de referir ahora mi constante colaboración en los periodiquillos baezanos de aquel tiempo, en los que a veces firmaba con seudónimo y otras con mi propio nombre o con el de alguno de mis compañeros de colegio.

Puedo pensar ahora que de tantos estudiantes de Baeza, mis contemporáneos, fuimos pocos los que nos dimos cuenta entonces de la alta personalidad de don Antonio. De mis compañeros creo que fui el único, salvo Paquita de Urquía, hija del director del Instituto, cuya familia tuvo gran amistad con don Antonio Machado. De los alumnos más antiguos que yo sé destaca el buen escritor Adolfo Chércoles Vico, mi coprovinciano y hoy abogado de lustre en Córdoba, que supo también admirar a don Antonio.

Chércoles estimuló mis primeros versos en la revista *Don Lope de Sosa*, y don Antonio dio su visto bueno para un poema mío que Cazabán publicó en *La Regeneración*, de Jaén, con erratas y todo, dedicado a Baeza:

Baeza la noble,
Baeza la hidalga,
tus piedras son himnos
que tu gloria cantan...

Y aunque pudiera contar muchas más cosas de aquellos días estudiantiles, creo que con lo apuntado basta y sobra para que mi compañero García Blanco sepa de la vieja devoción que mantengo aún desde esta Salamanca inadjetivable por aquella otra noble ciudad de Baeza, la que perfiló mis derroteros literarios entre la poesía de Antonio Machado y la historia de Alfredo Cazabán.

No he de acabar estos renglones sin recoger aquí los nombres de Miguel Pérez Ferrero *(Vida de Antonio Machado y Manuel,* Madrid, 1947) y de José Chamorro («Antonio Machado en la provincia de Jaén». Instituto de Estudios Giennenses, *Boletín,* núm. 16), de cuyas obras, así como de las conferencias y escritos de Adolfo Chércoles, no son estas líneas más que un sencillo complemento. También en la revista *Lucidarium,* 1917, de los estudiantes de Granada, que dirigía el mencionado catedrático don Martín Domínguez Berrueta, de noble memoria siempre para el que esto escribe, quedan huellas que confirman mis recuerdos de aquella época.

Pero permitidme que evoque ahora las primeras cuartillas mías escritas por aquellas calendas, breve glosa a la poesía de don Antonio Machado, y que posteriormente vieron la luz en la revista *Don Lope de Sosa* (1919) llevando al frente un buen retrato del excelso poeta. Gracias sean dadas a la memoria de nuestro don Alfredo Cazabán, que se preocupó de solicitar mis cuartillas y de allegar la interesante fotografía del poeta. Y así guardo en mi agradecimiento el rutilante brillo de estos dos nombres...

(*Acta Salmanticensia,* Serie de Filosofía y Letras, tomo XVI.)

ANTONIO DE OBREGON

Machado, en Baeza

El profesor iba al encerado para explicar un diptongo, o pasaba la vista con curiosidad sobre lo más explosivo que existe cuando está en manos de un artista adolescente el soneto. Los catorce versos habían sido compuestos en honor de Abelardo y Eloísa y se hablaba, claro es, de «fuego devorador».

—¿Y es muy grande el incendio, amigo Lainez?... (Marcaba mucho el acento en la i). Mire, un consejo: no escriba sonetos si no le es muy necesario...

Lainez era Rafael Lainez Alcalá, hoy catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Salamanca, que escribe: «Le veo con su "torpe aliño indumentario", apoyado en fuerte cayada, grandes zapatos, amplio abrigo, cuello de pajarita, grueso nudo de la corbata. Los estudiantes sentíamos mucho respecto por este profesor serio y tierno.»

Octubre de 1917. Hacía diez años que había publicado «Soledades, galerías y otros poemas», mostrando su preferencia por una poesía emocional, íntima, lírica:

Yo voy soñando caminos de la tarde...

Después de clase, paseaba un rato en la tertulia de Almazán, farmacéutico y profesor de gimnasia del Instituto.

Se platica
al fondo de la botica.

Y, al día siguiente, otra vez:

—Señor Gutiérrez.

—Presente.

—Sobre la muerte, señores, hemos de hablar poco. Sois demasiado jóvenes...

A pesar de su tristeza, sabía sonreír; y si algún agorero

amenazaba su tarde, escribia en su cuaderno: «Dadme cretinos optimistas».

—¿Ha comprendido usted, señor Martínez?

—Creo que sí.

—Pues escriba en la pizarra: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa». Ponga esto en lenguaje poético.

Solía vérsele en el Paseo de las Murallas, o al fondo de una plazuela, o junto a un edificio gótico, cuando no paseando por la carretera donde contestaba al saludo de los discípulos llamándoles a todos por sus nombres como si pasara lista.

Aquel catedrático y poeta vivía con su madre en un entresuelo del Prado de la Cárcel, frente por frente de la prisión, hoy Ayuntamiento. Llevaba a clase un librito que dejaba sobre la mesa. Algún alumno espió el título. Era el *Diario de un poeta recién casado,* de un autor nuevo e ignorado: Juan Ramón Jiménez.

Don Antonio Machado, en Baeza, daba su clase, leía, caminaba.

Tiene Cazorla nieve
y Mágina tormenta.
Su montera, Aznaitín...

A veces llegaba hasta Ubeda que está a nueve kilómetros.

—¿Por qué va tan lejos?

—Dice que va a comprar cerillas.

(*ABC,* Madrid. 10 de octubre de 1963.)

MIGUEL PEREZ FERRERO

En Baeza, con Antonio Machado

Homenaje a Antonio Machado en Baeza: descubrir un monumento en su memoria; repetir los paseos, en los que se recreaba casi siempre solitario. De fijo que entre quienes le rinden ese homenaje, suscitado «por una idea privada», le habrán conocido algunos en persona y otros evocarán su figura por lo que de él saben. La comisión organizadora tampoco es corta. Realizar el propósito de rendir honor al poeta con dos manifestaciones: una solemne —los monumentos, incluso los más sencillos, implican solemnidad, sobre todo, en el momento de inaugurarlos—, y otra, diremos más poética, pasear imaginariamente con él, sólo puede despertar el aplauso. Aducir razones que lo abonen nos parece innecesario.

Tres ciudades adquieren importancia fundamental en la vida y en la obra de Antonio Machado. Son: Soria, Baeza y Segovia. Su natal Sevilla y Madrid quedan mas esfumadas. A la etapa de Antonio Machado, en Baeza, le dedicamos un capítulo entero en la biografía que le consagramos con su hermano Manuel. Y de Baeza nos habló, muy largamente, el primero cuando preparábamos esa biografía.

Llego a Baeza Antonio Machado con la herida abierta por la muerte de su esposa, Leonor, acaecida en Soria. Cuando sonó la hora de su cambio de destino y partió, Baeza había obrado de bálsamo en el poeta.

En Baeza, Antonio Machado, aparte de explicar su clase en el Instituto de Segunda Enseñanza —era catedrático de Francés—; paseo mucho, estudió aún más, y acudió a la tertulia de una farmacia, la de Almazán, en la que se reunían los amigos del farmacéutico.

El paseo predilecto de Antonio Machado era ir hasta un banco, el mismo siempre, mirador u observatorio privilegiado, desde donde podía abarcar con la mirada la Sierra de Baeza, la de Magina, los Montes de Jaén y la Sierra de Cazorla. Cuando Antonio Machado no

paseaba solitario, que eran, lo repetimos, las más de las veces, le acompañaba su mejor amigo en la ciudad, don Cristóbal Torres, de quien el poeta decía que era una persona muy inteligente, abogado sin pleitos, que vivía de unos cuantos olivos heredados de sus mayores. Sus conocimientos y amistades no le estimaban en su verdadero valer. Pero a él le tenía sin cuidado. Lo que más le gustaba era andar y conversar, y sus juicios eran muy perspicaces y atinados. Antonio Machado le refería las largas excursiones que hiciera por tierras de Soria y don Cristóbal le animaba para que las hiciese desde Baeza. Por fin llegó la ocasión, con la visita de Joaquín Machado a su hermano. Cuatro fueron los excursionistas: Antonio, Joaquín, don Cristóbal Torres y el farmacéutico Almazán. De Baeza van a Ubeda y de allí, en una tartana, a Cazorla. En Peal de Becerro se les agregó otro excursionista: un juvenil discípulo del curso de Antonio, admirador precoz del poeta, y aprendiz de poeta él mismo. Era Rafael Laínez Alcalá.

En Cazorla, abandonaron la tartana los viajeros y emprendieron la subida a las fuentes del Guadalquivir. Una tormenta se desencadenó sobre ellos, pero hallaron abrigo en un refugio cercano.

Marca la etapa de Antonio Machado en Baeza su licenciatura en Filosofía. Gran aficionado a las lecturas filosóficas, habla que éstas son las únicas lecturas que mitigan el dolor de la pérdida de su esposa y la obsesión que le produce su desgracia. La literatura no le calma y, en cambio, sí leer a Platón. Entonces se decide pasar las pruebas oficiales en la Universidad de Madrid, donde va al comienzo de cada verano a examinarse. Cuentan entre sus jueces don Manuel Bartolomé Cossío, amigo entrañable de la familia Machado, y un joven profesor cuya fama ha empezado a traspasar las fronteras, José Ortega y Gasset. Más que juzgarle ambos catedráticos, así como otros, lo que hacen es seguir una deleitante charla sobre los temas filosóficos con Antonio. Y el poeta se licencia en Filosofía.

Queda otro rasgo de la existencia de Antonio Machado en Baeza: el de contertulio de la rebotica de Almazán. La farmacia se hallaba en la calle de San Francisco. Toda la vida de la población discurría en esa calle. Se encontraban los personajes más importantes, que se detenían a saludarse y cambiar impresiones; paseaban por ella las chicas casaderas, y en ella discutían asimismo sus negocios los labradores y tratantes.

Era raro el día que Antonio Machado no acudía a la tertulia, especialmente en invierno, pero más que hablar, se limitaba a escuchar y a calentarse en la estufa, que, al parecer, era magnífica.

A veces, aunque raras, se rompía un tanto la monotonía, como ocurrió cuando el profesor Domínguez Berrueta llegó desde Granada con sus discípulos en una excursión cultural. Entre esos alumnos había uno que se llamaba Federico García Lorca. Domínguez Berrueta se lo presentó a Antonio Machado, diciéndole: «Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música. Falla le ha enseñado lo que sabe».

Y Federico García Lorca le dijo a Antonio Machado: «A mí me gustan la música y la poesía».

Hubo velada para agasajar a los forasteros. Antonio Machado leyó «La tierra de Alvar González», publicada en su libro «Campos de Castilla», y Federico García Lorca tocó el piano: «Danza de la Vida Breve», de su maestro Falla, y después, aires del folklore español. La velada dejó un gran recuerdo...

Tienen mucho que evocar quienes para rendir el alto y merecido honor a Antonio Machado paseen con él imaginariamente en Baeza, ciudad de delicadezas arquitectónicas, que tan profunda huella dejó en el poeta, y que, a la postre, le hizo incorporar a sus versos el hermoso paisaje andaluz, al que hubo de hacer un sitio el paisaje de Castilla, que antes ocupaba toda su sensibilidad y su inspiración. El olivo y el olivar fueron también cantados:

Sobre el olivar
se vio a la lechuza
volar y volar.

Campo, campo, campo.
Entre los olivos
los cortijos blancos.

Y la encina negra
a medio camino
de Ubeda a Baeza.

(ACB, Sevilla, 19 de febrero de 1966.)

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

Antonio Machado, en Baeza

I

Las incidencias producidas en la ciudad de Baeza, con motivo de la inauguración de un monumento a Antonio Machado, atraen la curiosidad hacia esta etapa del vivir del poeta. Fue esta ciudad sede de su modestísimo quehacer profesional de catedrático de francés en un Instituto de Segunda Enseñanza entre 1912 y 1919, seguramente porque la sórdida escasez de estos centros no pudo ofrecer, legalmente, el refugio de una cátedra en Sevilla, a donde recoger su desalentado corazón, una vez que su querida esposa Leonor, se quedó pequeñita y helada bajo una losa del cementerio de Soria. No hubo para el poeta, en su deseo de recuperarse en la tierra nativa —para decirlo en la jerga administrativa— otra «vacante» que la de Baeza; como hubo de esperar, por el mismo motivo, la obtención de una en Madrid hasta cumplir casi los sesenta años. El poeta se acercaba, al llegar a Baeza, a la cuarentena. Había publicado ya *Soledades* (1903), *Soledades, galerías y otros poemas* (1907), y en el año de su llegada a Baeza, *Campos de Castilla*. Quiere decirse que la plenitud de su inspiración se ha producido ya, y que el proceso de encuentro consigo mismo le ha permitido dejar atrás la musiquilla fácil del modernismo, de la que, como es lógico, se contagió en su mocedad. De estos años es el *Retrato*, que el poeta traza de sí mismo, que, a mi juicio, es una auténtica despedida de lo que pudiera permanecer en él de la influencia de Rubén Darío: ¿qué son, si no «los afeites de la actual cosmética», y qué es eso de «un ave de esas del nuevo gay-trinar», mas que ridiculización de los clichés modernistas? ¿Qué son las «romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a

la luna?» (XCVII, 102) (1), lo que da valor a una espada no es la cincelada empuñadura, sino el brío de quien la blandió. Esta es la clara y bien conocida lección de este poema.

El momento poético, es, pues, para Antonio Machado, de reconsideración y síntesis. Nacen Juan de Mairena y Abel Martín, los desdoblamientos reflexivos del poeta. Los denuestos e ironías contra el modernismo ¿no son los mismos que constituyen la doctrina antibarroca de Juan de Mairena? Oponer el concepto de tiempo a la estética barroca, nos lleva de la mano a la oposición «tiempo-instante» con que yo he caracterizado el noventa y ocho frente al modernismo. En el culteranismo y el conceptismo ve Juan de Mairena «dos expresiones de la misma oquedad», «cuya concomitancia se explica por un creciente empobrecimiento del alma española» (p. c. 373). En la misma idea —poco valorada a mi juicio— de Ortega y Gasset: «Léase —dice— con un poco de buen sentido nuestro parnaso del siglo XVII, e inténtese, partiendo de él, reconstruir el tipo de alma que lo ha fraguado. El que haga esta experiencia acabará echándose las manos a la cabeza sobrecogido de espanto» (2).

Sería interesante calar en este menosprecio de lo barroco, en función de un nihilismo que lo calificó en el siglo XVII y que Antonio Machado encuentra en la España del siglo XX. Pero un alma meridional ¿podrá ser totalmente insensible a su encanto? Recuérdese:

El pensamiento barroco
pone virutas de fuego
hincha y complica el decoro.
Sin embargo...
—¡Oh, sin embargo,
hay siempre un ascua de veras
en su incendio de teatro!

(CLIV, 296)

La autenticidad puede latir, pues, bajo la escenográfica apariencia. Atención:

(1) Citaremos por la edición que encierra sus *Poesías Completas*, hasta este momento, es decir, Espalsa-Calpe, 1928. La primera sigla indica el poema; la segunda, la página.

(2) La frase figura como epígrafe y, por tanto, como punto de partida del tercero de mis ensayos acerca de *El Espíritu del Barroco*. Barcelona, 1940, rep. en *Ensayos elegidos*. Madrid, *Revista de Occidente*, 1965.

—¿Más el arte?
—Es puro juego.
que es igual a pura vida,
que es igual a puro fuego.
Veréis el alma encendida.

(CLIV, 298)

Por lo demás, volviendo al tema, los defectos que Mairena achaca al barroco («pobreza de intuición», «culto a lo artificioso y desdeño de lo natural», «culto a la expresión indirecta, perifrástica», «carencia de gracia», «culto supersticioso a lo aristocrático») podrían aplicarse, uno por uno, a la estética del modernismo. Pues, ¿no es el modernismo la manera de ser barroca la literatura del siglo XX?

II

La etapa de Baeza dura siete años. Ve, ahora, a Castilla, desde afuera, con nostalgia y melancolía (recuérdense sus poemas a Azorín, a Giner, a Xavier Valcarce). Y por un proceso de interiorización implanta, desnuda, el alma en la entraña ibérica, entre deprimido y desalentado. Fuera, los campos de Europa, ruge la guerra. El París de los cursos de Bergson, ¿se ha terminado? («Yo pienso en la lejana Europa que pelea / el fiero Norte envuelto en luchas otoñales», CXLV. 237). Replegado en su «rincón moruno, mientras repiquetea / el agua de la siembra bendita en los cristales» *(íd., íd.)*. Contempla cómo se hunden imperios y coronas, «en la Hesperia triste / promontorio occidental, / en este cansino rabo / de Europa por desollar»...

...y el hombrecillo que fuma,
y piensa y ríe al pensar,
cayeron las altas torres,
en el basurero están,
la corona de Guillermo,
la testa de Nicolás.

(CLIV, 294)

III

La geografía andaluza de esta etapa vital de Antonio Machado no se ajusta al cuadro riente de su mocedad sevillana («el huerto claro donde madura el limonero»). Cuando viniendo de Madrid, dejamos La Carolina, para tomar hacia el Sudoeste, la tierra se hace quebrada y abrupta. Las sierras de Cazorla y de Mágina («Monte de Cazorla - Aznaitín y Mágina», CLIV, 254), respaldan por el Sur, respectivamente, a Ubeda y Baeza.

Las notaciones de paisaje, separan perfectamente estos horizontes de los de la llanada cordobesa:

Tus sendas de cabras
y tus madroñeras.
¡Córdoba serrana!
La del Romancero,
Córdoba la llana,
Guadalquivir hace vega,
el campo relincha y brama.

(CLIV, 256)

Este campo sobresaltado, adorna su tierra roja —de un rojo intenso— con dos notas de parco cromatismo el gris de los olivos («viejos olivos sedientos / bajo el claro sol del día / olivares polvorientos / del campo de Andalucía», CXXXII, 193) y el negro de las encinas («y la encina negra / a medio camino / de Ubeda a Baeza», CLIV, 254). Paisaje agrio, el mismo que en el otro cabo de la serranía, en Quesada, nos ha caligrafiado, con cruda policromía, Rafael Zabaleta. Paisaje de encrucijada orográfica, calcinado bajo el sol y cuartelado por el frío. Los pueblecitos atisbados al paso, como Torreperogil («a dos leguas de Ubeda, la Torre / de Perogil, bajo este sol de fuego / triste burgo de España», XXXII, 195) insultando su miseria con el contraste de una espléndida arquitectura eclesiástica («¡Dios está lejos! / Esta piedad erguida / sobre este burgo sórdido, sobre este basurero / esta casa de Dios... ¿qué guarda dentro?», CXXXII, 196), y como centro urbano, sede del vivir, pequeño ombligo del mundo «en una ciudad antigua / chiquita como un dedal» (CLIV, 295), «de la ciudad moruna / tras las murallas viejas» (CXIII 173), «en un pueblo húmedo y frío / destartalado y sombrío / entre andaluz y manchego» (CXXVIII, 182), Baeza, en suma, donde Antonio Machado va a vivir su soledad. Allí llega, en un vagón de tercera (CX, 127; CXXVII, 180), mal vestido y triste, patéticamente

solo, añorando el viaje en común («Y alegría / de viajar en compañía / ¡Y la unión / que ha roto la muerte un día», CXXVII, 181; «camino de los campos / ¡ay, ya no puedo caminar con ella!» CXVIII, 173).

Esta desolación de una Andalucía que no es la de su niñez, ni tampoco la Castilla de su primera plenitud, esa zona fronteriza en la que se entrega - ¡con qué melancolía! - a su quehacer profesional («humilde profesor / de un instituto rural», CXXVIII, 185).

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber
aprendiz de ruiseñor).

(CXXVIII, 182)

Ya no existe el «gay-saber» —el modernismo— ni tampoco la palabra refleja y secundaria («a distinguir me paro las voces de los ecos», XCVII, 102; «decir para quien oiga: es voz, no es eco», CXLV, 238). El poeta reconcentra su soledad en el ambiente sórdido y lugareño.

IV

Nos imaginamos al poeta, saliendo, a mediodía, lentamente, de sus clases, bajo el cielo claro. Contempla un momento la fachada del Seminario, antología del gótico plateresco y barroco, coronada de una loggia italianizante. No le gusta esta mezcla. Mira frente a la puerta la amplia calzada de cantos rodados que se empina hacia las Casas Consistoriales Altas, con el escudo quinientista, bicéfalo y fanfarrón. A la derecha, la Catedral, todavía más sobria, enhiesta y arcaizante. Por allí anda, revolando, la lechuza («Por un ventanal entró la lechuza / en la Catedral». CLIV, 266).

Don Antonio, desde la explanada, mira en derredor y luego, lentamente, con su andar fatigado, inicia el regreso hacia los arcos de las ruinas de San Francisco, junto a la fachada plateresca de las Escribanías públicas.

Baeza, «nido real de gavilanes» (3), es menos palaciana que

(3) Con este título proverbial de la ciudad, apareció una novela de Salvador González Anaya, que centra en ella su acción narrativa. Por modo incidental, aparece en una de sus páginas la figura de Antonio Machado, vecino eventual de Baeza.

Ubeda, a donde se llega en pocos momentos en traqueteantes vehículos. La vieja universidad ya no existe, transformada en el modesto edificio provincial, donde don Antonio da sus clases «de fransé». ¿Anda por ahí ya Juan de Mairena y sus discípulos?

¿Saben las gentes que le saludan la clase de espíritu que pasea por ahí su melancolía?

A Ubeda va algunas veces, en terribles y polvorientos carricoches traqueteantes («el carricoche lento / al paso de dos pencos matalones», CXXXII, 1951); «por el camino, a tumbos hacia las estaciones / el ómnibus completo de viajeros banales / y en medio un hombre mudo, hipocondriaco, austero...» CXXXVI, 215), más amplia, palaciana y rica. ¡Pero Baeza!

¿Cual es el medio social —¡no hablemos del intelectual!— que la ciudad ofrece a este hombre desalentado y triste? El cafetín, el casinillo, la rebotica. Esta Andalucía menor y rural, vista «de vuelta» de los años de París, de los años de Madrid, se le antoja el patético alcaloides de una España sin remedio. Asiste a las tertulias («Es de noche. Se platica / al fondo de una botica. / Yo no sé / don José / como son los liberales / tan perros, tan inmorales», CXXVIII, 187); pero también «bosteza la política banales / dicterios al gobierno reaccionario / y augura que vendrán los liberales / cual toma la cigüeña el campanario», CXXXI, 191). Escéptico total, el poeta, recoge la fraseología de la rebotica y del casino provinciano. Una terrible sensación de tedio le invade (CLIV, 294). El alma está paralizada, como las casas:

En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
Pero, ¿tu hora es la mía?
Tu tiempo, reloj, ¿el mío?

(XXVIII, 183)

Pienso que sea esta etapa de Baeza, donde asciende a su plenitud la idea del tiempo.

El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;
socava el alto muro, la piedra agujerea;
apaga la mejilla y abrasa la hoja verde;
sobre las frentes cava los surcos de la idea. (CXLIX, 243)

«Pero el poeta afronta el tiempo inexorable / su fortaleza opone al tiempo» - así continúa el poema, estableciendo el tema clave de la estética machadiana: lo temporal - el poema «contado» («canto y cuenta es la poesía», CLXI, 320) - para asegurar su medida humana, su más honda autenticidad, su esencial condición verdadera.

(*Atlántida*, 23, 1966, págs. 541-545)

JOSE MARIA MOREIRO

Baeza de don Antonio

Los tibios rayos de un sol invernizo inciden oblicuos en las ventanillas del viejo armatoste que baja bufando por la meseta camino del Sur. Pocos viajeros. Castañetea el diente contra el diente. Los finos y gastados travesaños del duro asiento de madera acanalan las carnes. Pasear por el amplio vagón, todo a una andada, para desentumecer los huesos o asomarse al viento helado de las plataformas no resulta mucho más confortante. Junto a la ventanilla, de cristal opacado por la suciedad, silencioso y solo, fuma que fuma, el viajero va a medias recostado en su rincón, a medias apoyado en el inseparable bastón; en sentido opuesto al de la marcha. Su traje es un negro riguroso; también el sombrero, gris perla, un tanto deformado por el uso, tiene una ancha cinta oscura. Viste camisa blanca, gemelos en los puños, y su mirada es absorta, como perdida. En medio de su ancho rostro —la piel juvenil, bueno el color— el tiempo ha bordado algunas tristes arrugas prematuras.

Transcurren las horas; algunos pasajeros han mudado desde que el tren partiera de Madrid y apenas si ha cruzado unas palabras con sus convecinos: «Buenos días»... «Sí, no hace mal tiempo»... «Adiós»... Y así, pitillo tras pitillo, volviendo a caer la ceniza sobre su solapa cada vez que el tren para o arranca al llegar a una estación, para el desconocida. Y la mano izquierda siempre apoyada en el bastón; la derecha, recostada sobre la izquierda, y el rostro, impenetrable. Un par de veces ha tosido, ha vuelto a sacudirse, con gesto lento y repetido, los desperdicios de tabaco. Luego, apoyado en el libro que antes releyera, ha extraído de un bolsillo del chaleco un oscuro lapicero, un arrugado papel del amplio bolso de su chaqueta, y ha garabateado, entre tanto movimiento, sobre él algunas notas.

Después, otra vez igual: tieso el bastón, la corbata descompuesta, previsora la petaca y la mirada acariciando el campo huidizo. ¿Huye también con su soledumbre el melancólico y adusto viajero, cuya

madurez ya apunta en sus sienes plateadas? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Quién es?

Yo, para todo viaje
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—,
voy ligero de equipaje.
Si es de noche, porque no
acostumbro a dormir yo,
y de día, por mirar
los arbolitos pasar,
yo nunca duermo en el tren,
y, sin embargo, voy bien
¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse.
Lo molesto es la llegada...

Sí, el viajero está a punto de llegar... adonde no piensa, con su parco equipaje, perezoso el paso y los bolsillos repletos de papeles. Finales de octubre. Estación de Baeza. Año 12. El tren reanuda su marcha. Unos cuantos viajeros en el andén. Cae la tarde y cae la primera venda de los ojos del hombre-viajero-catedrático-poeta.

—¿Y dice usted que Baeza no es aquí?

—No, señor, no. Aún queda. Para Baeza tome usted el tranvía de la Yedra.

—¿Muy lejos?

—Algo menos de tres horas.

Ni un gesto, ni una queja. Don Antonio Machado Ruiz, catedrático numerario de Lengua Francesa del Instituto de Soria desde el 1 de mayo del año 7 hasta el 15 del presente mes, camina lentamente hacia el tranvía, sin despegar el labio, pero íntimamente defraudado. Otra cuenta que añadir al rosario de los más íntimos dolores recientes. Sube al lentísimo tranvía eléctrico, acomoda como mejor puede su silencio contrariado y otra vez la melancolía tiznando el corazón de ausencias irremediables:

Allá en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando en sueños...

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

Esa tristeza en los ojos, ese silencio, ese dolor irremediable que desde hace meses le taladra el pecho, pensó el poeta ir a esconderlo lo más lejos posible de lo cerca; lo más pronto a ese Madrid, al que tan unido se siente y que desde hace años necesita más de vez en vez. Y lo lejos es menos si hay ferrocarril. Ya está: ni Castilla ni Andalucía: Baeza (que eso viene a ser, de alguna forma, esta población sólo geográficamente perteneciente a la alta Andalucía). Y resulta que el viudo-catedrático-poeta se ha equivocado —como la paloma aquélla— al elegir en el concurso. Quién sabe si no tendría la culpa de todo aquel político rencoroso que hizo instalar años antes la estación de Baeza donde Baeza población nunca estuvo. De haber sabido que caía aún más lejos de lo que aparentaba (más lejos de Madrid), posiblemente nunca hubiera venido aquí desde Soria. Que al Machado poeta le interesa la cercanía con Madrid se probará años más tarde: cuando vuelva a trasladarse irá a Segovia, cátedra que representará dos días por semana en la capital de España. Ya está el porqué de su venida a Baeza. Y llega el tranvía a la ciudad desconocida y lejana. Habrá que buscar un aposento donde pasar la noche. Mejor, lo primero, visitar al director del instituto. Y va. Ya habrá tiempo sobrado de conocer la ciudad.

Toma de posesión

Anochece. Tiene el director la vivienda en el mismo edificio de la antigua universidad, hoy, y ya entonces, instituto. Llama a la puerta de la casa con mano tímida, castigada ya por el desencanto de la estación. Al poco aparece Gregoria, una de las chicas que sirven en la casa.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Diga usted.

—¿Está el señor director?—pregunta el poeta bajo el dintel.

—El director está en la agonía —dice la chica con una voz sin matices.

Y el catedrático, convertido en un hombre de nuevo desguazado, titubea, palpa la puerta, mira a la rapaza y concluye pesaroso.

—¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento!...

Hay unos segundos de silencio tenso. Al fin, la chica aclara:

—No. Es que aquí llaman al Casino de Artesanos «La Agonía», porque van muchos labradores y siempre se están quejando a causa de la lluvia. Vaya a la «La Agonía», que allí es donde está don Leopoldo...

Al día siguiente, 1 de noviembre, ya pasado el susto que le proporcionara Gregoria, don Antonio Machado y Ruiz tomó posesión de la «cátedra de Lengua Francesa de este Instituto, para la que ha sido nombrado, en virtud de traslado, por Real Orden de quince de octubre último, con el sueldo anual de tres mil pesetas de entrada y quinientas po razón del primer quinquenio», ante el director, don Leopoldo de Urquía y Martín, y don Antonio Parra, secretario.

En esta Baeza de hoy —de piedras labradas con aquella arrogancia que los siglos exigían a los poderosos—, venida a mucho menos de lo que fuera, de calles engorronadas y estrechas, a cuyas ventanas asoma la tradicional reja andaluza con humos carcelarios; ciudad grapada por el hierro...

Rejas de hierro; rosas de grana. / ¿A quién esperas, / con esos ojos y esas ojeras, / enjauladita como las fieras, / tras de los hierros de tu ventana...?

En esta Baeza, arañada por el viento que llega de las sierras, donde cae la tarde lenta, con un atisbo de sol que viene a refugiarse en los soportes de la plaza, de los ochocientos mil olivos, las trece mil almas, la antigua catedral...

Por un ventanal
entró la lechuza
en la catedral...

...los diecisiete municipales, los dos cines, los trescientos pares de mulas, las cuatro parroquias, los cuarenta bebedores y las tres imprentas; en esta Baeza de ahora, digo, cada niño, cada moza y cada viejo conoce que un día, cuando el siglo apenas contaba doce años y hasta mucho después de que el europeo dejara de batirse el cobre a cañonazos, habitó estas calles, oteó las nieblas, enseñó francés y cantó la pena universalmente, y la lluvia bienhechora («Llueve, Señor, llueve, llueve!»), y la encina negra, y el olivo pan (el único

productor del mundo que después de recibir por todo sueldo una periódica palotea, llega a viejo sin descansar), que haría de Baeza mucha mayor fama que toda las viejas historias y fueros, amontonados con legítimo orgullo.

Un error

Hay a la entrada del aula donde enseñara («Heme aquí ya, profesor, de lenguas vivas...») una placa de bronce que reza: «Antonio Machado en Baeza: 1912-1919». Y un monolito en el patio del instituto con su nombre y un ramo de laurel (y la fecha de su nacimiento equivocada en tres años). Si atraviesas hoy las puertas del instituto a las once de la mañana, oirás una sirena... ¡Quién se lo hubiera dicho a don Antonio! Pero esto es mejor oírlo por diferido que en directo; hay momentos en que uno tiene la impresión de estar en una fábrica en lugar de en una cátedra.

Y hay un inconcluso proyecto de monumento, bien reciente y de amarga historia aquí, allá, sobre la muralla; donde al poeta le gustaba sentarse, como a esos hombres maduros que quedan al frente, asomados a ese ventanal de amplio horizonte donde el olivo, obediente, monótono y sempiterno, caracolea sobre los montículos. Aquí, don Antonio, calado el sombrero para que no se lo llevase el viento, volvió a tomar su gastado lapicero para escribir aquellos versos continuamente nuevos, eternamente ciertos, que comienzan:

De la ciudad moruna,
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con mi pena.
El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.
Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea...

Y es que allá, a lo lejos, se ve la rota espada del río, tajando el valle más allá de los olivos, más acá de las crestas agrias; se le puede ver luchar a brazo partido con los cerros para poder seguir su viaje hacia Sevilla.

Eso, hoy; que el ayer humano fue distinto. Esto es lo que oireis:

—Era un hombre raro; siempre solo...

—Apenas si hablaba con nadie...

—Vino como azotado de melancolía...

Y don José Fernández Checa, ochenta y cinco años, «laz cuatro reglaz, miruzté»..., y poeta a la altura de sus luces, quien calla el 80 por 100 de lo que sabe, se aprendió de memoria la mitad de los poemas de Machado, y que al fin se arranca en un retrato por lo fino:

—Le gustaba mucho el campo. A veces lo encontraba por las tardes, al regresar a casa, sentado en una peña con su «blo». Era callado y antiestético.

Y otro, de espíritu vulgar, que apenas se señala:

—Iba siempre muy desaliñado, muy sucio. Tenía unas botas...

«...Hay dos clases de personas —dijo una vez el poeta—: las que miran a la cara y las que miran a las botas.»

—Solía sentarse en los bancos peores para que nadie fuera a molestarle.

—Pasó desapercibido, ésa es la verdad. Un profesor de tantos ¡Quién iba a imaginar!...

¡Ojos que a la luz se abrieron
un día para, después, .
ciegos tornar a la tierra,
hartos de mirar sin ver!...

¡Qué triste resulta siempre esa reiterada exculpación tardía! Tan humana, tan frecuente, tan simple como el ojo del egoísmo. ¡Cómo iba a imaginárselo nadie!... El hallazgo era prácticamente imposible. Aquella Baeza de principios de siglo no iba a ser más ni menos que el resto del país. Era...

...Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahur, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora embiste,
cuando se digna usar de la cabeza...

Don Antonio, en Baeza, es la humildad en carne viva; sube, baja, otea la tertulia de Almazán, medita y escribe hasta la madrugada en la soledad de su cuarto. Con poco dormir para quien tanto sueña despierto, basta; con modesto vestido para quien nada siente necesidad de ocultar, es suficiente; con pocas palabras para quienes no van a comprender, sobran. Y él, que no siente necesidad de «manejar la

pluma como la espada», como Quevedo: que podria demostrar que es mas historiador (del alma humana) que polemista, al contrario de lo que el mismo piensa del padre Las Casas; que podria dar casi tantos consejos como Don Quijote a Sancho, quizá sin que nadie encontrara la raiz como el halló la de Cervantes en el «Dialogo de Mercurio y Caron»; el, que era buen laico y buena persona, al contrario que Vicente Espinel; él, que era sabio sin ostentaciones, aunque nunca fuera soldado ni pretendiese el trasfondo politico que le han calcado a sus versos humanos. El, maestro de lo trascendente, cantor de lo sublime con las palabras mas sencillas y universales que pudo encontrar; el, que nunca sirvió para alcahuete de nadie ni puso jamás precio a sus palabras o a sus silencios; ese gigante que nunca ejercerá de «agradable forzoso», como él mismo comentara otra vez de Cervantes. Y don Antonio, el filósofo, el profesor solitario que acarrea en la solapa restos de ceniza (del fuego que lleva en el alma), toma su cafe, medita, escucha la tertulia y canta a los seres más comunes:

...Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor;
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.
Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas...

Claro que en Baeza le comprendieron quienes debian comprenderle: sus compañeros.

Se hospeda el poeta durante casi los dos primeros años en la habitacion numero 15 del primer piso del hotel Comercio. Hoy está practicamente igual, salvo ligeras reformas en la planta baja, con un cierto sabor dieciochesco en las rinconeras. Estaba (y está) en el numero 21 de la calle San Pablo, entonces bajo la regencia de su propietario y fundador, don Jose Fernandez, padre politico de ese

amable don Manuel Dominguez, que es el actual dueño. El balcón del cuarto del poeta da a la fachada, frente con frente del palacio de los Salcedo; alzando la persiana por encima de los barrotes se divisan hacia poniente las sierras de Mágina. Don Antonio siempre tenía una luz encendida en la habitación; apenas dormía. Y como la bujía eléctrica no fuera suficiente, periódicamente se le veía entrar con un paquete de velas en la mano. Algunas mañanas, a través de una rendija, se le pudo ver dormido sobre los codos, rendido de trabajar toda la noche, hasta que al fin el sueño le podía.

Se hospedaban en el hotel, en aquel tiempo, los jueces que llegaban, el notario, algunos profesores y el raro viajero que se perdía. Era la única hospedería que había en toda Baeza. Y allí vivían sus compañeros don Mariano Ferrer Izquierdo, don Javier Gaztambide y su mujer y don José Corcollano.

Discusión

Una tarde se enzarzaron los profesores en una ardua discusión. Doña Elisa Fernández no acierta a recordar el tema ya, pero tampoco importa demasiado. Entonces regresó el poeta de su larga caminata...

—¡Oye, tú, Machado, explícanos esto!...

Y don Antonio, sin soltar el impenitente bastón, comenzó a pasear de un lado a otro del comedor y a hablar, a hablar tan bien que, cuando hubo terminado, todos, puestos en pie, comenzaron a aplaudirle entusiasmados.

—Era un sabio. ¡Un sabio! —concluye doña Elisa, y vuelven sus ojos a sumirse en el sopor de la tarde.

Don Antonio sigue abismado en sus cosas. Aparentemente ajeno, pero presente en cuanto ocurre. El poeta sigue trazando la línea recta que ha ideado en su vida: escribir y sentir genial, universalmente. Bien sabe don Antonio que nadie lo hará por él. O dicho de otra forma:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino
se hace camino al andar...

Año 1914. Ya ha venido su madre, doña Anita. Ya se han mudado del hotel Comercio a la casa que hace esquina a Prado de la Cárcel y calle de la Cárcel; frente con frente del actual Ayuntamiento. Cuatro mil quinientas pesetas al año no dan para dos hospedajes.

La vivienda tiene tres pisos y un cumplido, austero patio interior con una fuente compartida. Demasiado amplia y demasiado fría para dos personas solas, así que habitarán únicamente el primer piso. Precisamente acaban de vender esta vivienda hace un año en pesetas 650.000; aun no han venido a ocuparla los nuevos dueños. Allí don Antonio y doña Ana habitaron casi la pobreza. En su habitación tenía el poeta por mesilla un cajón de tabla «de aquellos en que embalaban el tabaco».

Algunos días, cuando el profesor volvía del instituto a la hora del almuerzo, doña Ana le anunciaba con aquella santa conformidad suya:

—Antonio, hoy sólo hay patatas para comer.

Y cuando su madre las servía, exclamaba de pronto el poeta:

—¡Patatas! ¡Qué ricas!... ¡Si saben a langostino!

...Y al cabo, nada os debo; debéisme cuando he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Siete años de vida en Baeza; pero de una Baeza más de don Antonio, ya que de nadie. Aquí será donde el poeta encuentre el mágico ungüento con que adobar su alma atormentada de dolores. Y mientras la pena serena, el hombre ha madurado definitivamente a la par que el filósofo profundo, al amor del campo, los olivos, bajo las ramas de la encina negra que las hachas insensibles derribaran hace poco y el pensamiento unamuniano:

...Siempre te ha sido, ¡oh rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural...

Claro que también don Antonio participa en la vida ciudadana. Lo que ocurre es que lo hace a su manera, sin ruidos, haciendo sabiamente ese mutis perfecto que nunca deberá ser aplaudido sin dejar de ser tal. Hay una prueba irrefutable de que el mundo de Machado no es un espacio sellado por muros espesos.

Una imprenta

Corre el año 1915. En la ciudad hay un sinfín de publicaciones que nacen y mueren con una extraordinaria rapidez; según el

movimiento pendular de los partidos que los originaban. El único nexo entre publicaciones tan dispares era la imprenta Alhambra —establecimiento de rancia tradición empresario-cultural, que sobrevive—, donde todos se hacían. Salían a la luz desde «El Liberal de Baeza», órgano de este partido, cuyo costo era de 20 céntimos el número, hasta «Diógenes», semanario independiente, o «El Clamor de Baeza», diario satírico, dirigido por un «consejo de redacción» que hacía gala de una ironía mordaz, como la de aquel suelto, que tan bien viene al caso, que decía: «No es cierto, como se venía asegurando, que el segundo premio de la lotería de Navidad se haya repartido entre los catedráticos de este instituto, los cuales no necesitan de este auxilio, puesto que la Divina Providencia vela por ellos...».

Y se publicaban «El Hombre Libre» y «El Pópulo», ambos semanarios titulados independientes; «La Vara Verde», que apareció en 1907 con el subtítulo de «Sinapismo político-satírico», y el semanario reformista «Idea Nueva», que apareció en 1914. Ejemplares de todos estos periódicos tiene en su hemeroteca particular don Andrés Rodríguez Jurado, hombre cuidadoso y amable, que ha tenido la gentileza de brindárnoslos para un detenido repaso.

Así fue, cómo en el número de «Idea Nueva» correspondiente al 11 de febrero de 1915 descubrimos con grata sorpresa un trabajo bajo la rúbrica del poeta. Apenas dos cuartillas de un precioso artículo semiinédito, digno de figurar en toda sala de redacción periodística que se precie de tal. Sin duda, este semiinédito constituye el elogio más arrobador que acerca de la prensa se haya escrito.

La rebotica

Por lo demás, la tertulia en la rebotica de Almazán seguía el rumbo de todas las tardes. Aún sobrevive un contertulio de aquellos días, con más de ochenta lúcidos abriles a la espalda, mal que pese a aquellos «sabios» doctores que desahuciaron sin remedio a don Antonio Marín Cabrero cuando tenía veinte años.

La tertulia era diaria. De tres a siete de la tarde. Llegaba el poeta, colocaba ambas manos sobre el bastón vertical, descansaba la barbilla sobre las manos y así permanecía largo rato sin pronunciar más allá de una docena de palabras.

—¿...?

—¡Tiene usted que casarse, don Antonio!

—¿...?

—Así no está usted bien, terciaba otro.

—¿...?

—¿Por qué no se casa usted con...? —señalaba un tercero.

Don Antonio Machado callaba, oía a unos y a otros, y, todo lo más, regalaba al fin a sus contertulios con su bonachona sonrisa de cuarentón. Esto solía ocurrir cuando Almazán no estaba presente; porque con quien indicaban al poeta que debía de casarse era, precisamente, la hermana del boticario-anfitrión.

Al cabo tornaba el diálogo entre puyas y chascarrillos políticos a la monotonía de siempre:

Es de noche. Se platica
al fondo de una botica.
—Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales,
tan perros, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores...
Así es la vida, don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada está crecida.
—Con estas lluvias...

Y allí, en torno, están los olivos grises con su sed acuciante, delgado el fruto y las hojas plati-verdes emborronadas de polvo. Y allí viene, por los caminos de la besana, cansado en la atardecida, el humilde labriego con su yunta de mulas, que sorprende al poeta pensativo sentado en una piedra, como aislado del mundo:

—¡Buenas tardes tenga usté!

—¡Buenas tardes!

Y el regreso. Los cafetitos tras el ventanal de «La Perla»; y la caminata del día siguiente hasta Ibros, o, a mitad del camino a Ubeda, el poeta que regresa los cuatro kilómetros andados ¡para buscar cerillas!

La borrosa humildad del sabio que:

Nunca perseguí la gloria.
Ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón...

El hombre que se declara bueno, en el buen sentido de la palabra, porque conoce bien la virtud:

...El bueno es el que guarda, cual venta del camino,
para el sediento; el agua; para el borracho, el vino.

El filósofo que ausculta la vida de la mano de Bergson y Unamuno, con su mínimo lapicero, hasta encontrar la verdad:

Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.

Y el español medular de crítico instinto, honesto, insobornable:

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Y el médico del espíritu racial que, con mano firme, diagnosticará:

—Nuestro español bosteza.
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?
—El vacío es más bien en la cabeza.

Y Leonor, lejos de desvanecerse en la distancia, sigue cada día más presente en su corazón laborioso y reverdecido, porque:

Los muertes mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!...

Y el día de la marcha hasta Segovia, y el adiós conmovido —¡en sólo nueve palabras!— de quien ha recibido mucho más de lo que pensara aquel día en que, viudo, triste y contrariado, puso por vez primera sus pies en la lejana estación:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

No se puede decir más con menos; es un adiós cósmico a la naturaleza, que no a la ciudad ni a los hombres. Bueno, sí, se puede decir en manso tono y verso largo, hasta que la piel, tensada, pulse el vello encabritado de todo nuestro cuerpo. Es el adiós postrero, intuido con una secillez emocionante:

...Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

(*Ya*, Madrid, 19 de enero de 1975)

JUAN CARLOS ORTIZ LOZANO

El período poético machadiano de Baeza (1912-1919) *

I. INTRODUCCION

Aunque la bibliografía existente sobre la poesía de Antonio Machado es extremadamente copiosa, sin embargo, ésta se ha centrado en nuestras fronteras casi exclusivamente sobre el primer periodo que se extiende desde *Soledades* hasta la primera edición de *Campos de Castilla* (1912), correspondiente a la época de Soria. Asimismo, pensamos que el periodo de Baeza no ha sido valorado suficientemente por la crítica, teniéndose sólo en cuenta la etapa plenamente estetizante de nuestro poeta; si bien ello obedece a razones de substrato ideológico y a unas condiciones sociopolíticas de todos conocidas.

A pesar de todo, son numerosos los trabajos aparecidos en los últimos años, que han puesto las cosas en su sitio y han realizado un análisis integral de la obra machadiana, valorando justamente cada periodo. Nuestro breve estudio, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio en que nos movemos, pretende ser una modesta aportación a dicha tarea.

Por otro lado, no debe olvidarse que la obra de Machado es una

* Los textos machadianos manejados han sido los siguientes:
Poesías Completas. Madrid, Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1975.
Los complementarios y otras prosas póstumas. Buenos Aires, Losada, 1968, 2.ª edición.
Abel Martín. Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias: Buenos Aires, Losada, 1968, 3.ª edición.

continua evolución —por cierto, cada vez más comprometida—, y que en cada etapa está el germen de la siguiente. Por tanto, el querer aplicar los mismos patrones estéticos a todos sus poemas no tiene razón de ser, pues éstos obedecen a unas determinadas circunstancias y cumplen unos fines perfectamente coherentes con el pensamiento del autor en ese momento.

Se puede observar en la poesía de Antonio Machado una trayectoria que va del «yoísmo» al «tú esencial». Este cambio no es repentino, sino que proviene de un profundo proceso de maduración. Así, de la subjetividad inicial de *Soledades,* pura exaltación del «yo» del poeta, de su tristeza y soledad —todo ello expresado con técnicas modernistas—, pasamos a un progresivo acercamiento al paisaje, al mundo que le rodea —abandonando un poco su «yo» íntimo—, a un mayor interés hacia los otros; todo lo cual se manifiesta ya en *Campos de Castilla.*

Esta evolución pudo estar motivada por varias causas, entre las que se podrían citar las siguientes:

—Su amor por Leonor, que le hace salir de su anterior tristeza y soledad.

—Un profundo y antiguo deseo de cambio, en el que pudo haber influido su relación con Unamuno, y que se manifiesta ya en una carta dirigida a éste en 1903, en la que dice lo siguiente: «...empiezo a creer, aun a riesgo de caer en paradojas que no son de mi agrado, que el artista debe amar *la vida* y odiar *el arte*». (El subrayado es nuestro). Ante esta dicotomía "vida / arte", patente en el período inicial de *Soledades,* constituido por una poesía idealista, artificiosa, mera expresión del arte por el arte —y que, como bien señala Antonio Chicharro (1), sirve a los intereses de la ideología dominante—, nuestro poeta se inclina ya, en 1903, por la realidad concreta, por la vida. En otra carta dirigida a Unamuno en 1904, dice Machado lo siguiente: «Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y hoy digo: Es verdad, hay que soñar despierto». Es éste el momento en que Machado comienza a abandonar su solipsismo inicial, aunque hay que reconocer que es precisamente esa profunda y vibrante intimidad personal la que da emoción y universalidad a sus primeros versos. Lo cierto es que Machado nunca dejará ser intimista. Así, en un artículo

(1) Antonio Chicharro Chamorro: *Villaespesa y Antonio Machado frente a frente. Rapsodias y Soledades.* Comunicación presentada en el Simposio sobre «Villaespesa y el Modernismo» Almería, 13 y 14 de octubre de 1977, págs. 75-87.

de 1904 sobre *Arias tristes* de Juan Ramon Jimenez, dice: «Lo mas intimo es lo mas universal...», aunque tambien añade que no puede tolerar «...que el poeta sea un hombre esteril que huya de la vida para forjarse quimericamente una vida mejor en que gozar de la contemplacion de si mismo», y a continuacion se pregunta: «¿no seriamos capaces de sonar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?».

Otra causa que pudo estar presente en el ánimo del poeta a la hora de cambiar sus planteamientos esteticos y vitales, es la influencia que debio de ejercer en el la vision «noventayochista» de Castilla y de España. En un articulo publicado en Soria en 1908, titulado «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz», dice Machado lo siguiente: «Tras un largo periodo de profunda inconsciencia |...| perdimos los preciosos restos de nuestro imperio colonial |...| Acaso el golpe recibido nos pondra en contacto con nuestra conciencia. Por lo pronto, nuestro patriotismo ha cambiado de rumbo y de cauce. Sabemos que ya no se puede vivir del esfuerzo |...| ni de la fortuna de nuestros abuelos |...| Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo esta por hacer. He aqui lo que sabemos |...|».

Vemos como ya por estos años aparece Machado preocupado por el tema de España, preocupación que será constante a lo largo de su vida.

Finalmente, tambien pudo influir bastante su estancia en Soria, su encuentro con el paisaje castellano, que le hace salir de su subjetivismo individualista; sin olvidarnos, por supuesto, de que en estas tierras pronto conoce a la que será su esposa.

De la influencia que pudieron ejercer Soria y su paisaje en nuestro poeta, hay varios testimonios. Asi, en una carta dirigida por Unamuno a Jose Maria Palacio en 1912, dice lo siguiente: «Es todo un poeta Machado, y Soria le ha suscitado un fondo del alma que acaso de no haber ido ahi dormiria en el».

Por otro lado, en el prologo de 1917 a *Campos de Castilla*, dice Machado lo que sigue: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mi sagrada —allí me case, allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazon hacia lo esencial castellano. Ya era, ademas, muy otra mi ideologia». Posteriormente, en una entrevista publicada en *La Voz de España* de Paris, en 1938, se confiesa Machado hombre muy sensible al lugar en que vive, y añade: «La geografia, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espiritu |...| Soria es lugar rico en tradiciones poeticas. Allí nace el Duero, que tanto papel juega en nuestra historia. Por si ello fuera

poco, guardo de allí el recuerdo de mi breve matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión [...]. Y «viví» y «sentí» aquel ambiente con toda intensidad. Subí al Urbión, al nacimiento del Duero. Hice excursiones a Salas, escenario de la trágica leyenda de los Infantes. Y de allí nació el poema de Alvargonzález».

Es en *Campos de Castilla* donde el subjetivismo romántico y el intimismo solipsista de la primera época se transforman en una mayor apertura hacia el mundo externo, hacia «el otro».

El nuevo rumbo de la poesía de Antonio Machado fue recompensado con un éxito inmediato. Es en este momento cuando su poesía va a adquirir una mayor difusión. *Campos de Castilla* es el libro de Machado que Unamuno valorará más. Ortega y Gasset lo elogia inmediatamente, no así Juan Ramón Jiménez.

Al morir Leonor, el poeta se encuentra de nuevo solo y hay un pequeño lapso de tiempo en que su lírica se vuelve más íntima, más subjetiva, expresando el inmenso dolor del poeta; para volver, poco después, a tratar el tema nacional con gran acritud y violencia, quizá influido, en parte, por la ausencia de Leonor.

Desde el punto de vista de su compromiso personal, Machado camina de un republicanismo burgués a una posición socialista en sus últimos años, si bien este socialismo no es militante, pues Machado no perteneció a ningún partido político; lo que no le impidió estar siempre «a la altura de las circunstancias».

Enmarcando a Machado dentro de su época, se está desmitificando en los últimos tiempos un tópico muy arraigado: el de su pertenencia a la llamada «Generación del 98», denominación que acuñó por vez primera Azorín en una serie de artículos publicados en ABC, en febrero de 1913 (es de señalar que no incluye a Machado en dicha generación).

Al triunfo de dicho concepto contribuyó en gran medida, por los años treinta, Pedro Salinas, el cual, siguiendo el método de Petersen para la determinación de «las generaciones literarias», llegó a la conclusión de la existencia de dicha generación (2). También tuvieron gran influencia en la difusión y aceptación del término los libros de Laín Entralgo y Jeschke sobre «la generación de 1898», los cuales incluyen a Machado como poeta de esta generación.

(2) Pedro Salinas: «El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus» y «El concepto de generación literaria aplicado a la del 98», incluidos en *Literatura española, siglo XX*, Madrid, 1972, pp. 13-25 y 26-33.

Sin embargo, como dice Aurora de Albornoz (3), hay entre los miembros del grupo radicales diferencias, de las que ellos mismos son conscientes. Así, por ejemplo, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu negaron, en numerosas ocasiones, su adscripción a tal generación e incluso la existencia de la misma.

Por otro lado, Unamuno, en un artículo de 1918 titulado «*La hermandad futura*», dice: «Sólo nos unían el tiempo y el lugar, y acaso un común dolor: la angustia de no respirar en aquella España, que es la misma de hoy. El que partiéramos casi al mismo tiempo, a raíz del desastre colonial, no quiere decir que lo hiciéramos de acuerdo». El propio Machado, en una entrevista publicada en *La Voz de Madrid* de 8 de octubre de 1938, rechazaba su encuadramiento en la Generación del 98: «Soy posterior a ella —dice—. Mi relación con aquellos hombres —Unamuno, Baroja, Ortega, Valle-Inclán— es la de un discípulo con sus maestros. Cuando yo nacía a la vida literaria y filosófica, todos aquellos hombres eran ya valores cuajados y en sazón».

Aquí hay un error de situación cronológica por parte de Machado, al colocar en este grupo a Ortega, que era más joven que él y todavía no muy conocido.

El caso es que, debido a los factores arriba señalados, Machado ha pasado a los Manuales de Literatura como un poeta de esta generación. Sin embargo, creemos que esto es un equívoco que hay que deshacer, por varios motivos: 1.º) Porque la existencia de tal generación está puesta en duda. 2.º) Porque por estas fechas la obra de Machado no ha cuajado plenamente. Mientras que los hombres del 98 publican sus libros más noventayochistas entre 1897 y 1912, Machado, con considerable retraso cronológico respecto al resto del grupo, no publica su único libro noventayochista —«*Campos de Castilla*— hasta 1912. 3.º) Porque los rasgos atribuidos a los del 98 sólo coinciden parcialmente con los de Machado.

Respecto al momento histórico que representa el año 1898, podemos decir que hay una crisis de Estado y de una manera de concebir la vida. Los viejos valores se hunden. Según Tuñón de Lara (4), hay toda una serie de crisis:

(3) Aurora de Albornoz: *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. Madrid, 1968, págs. 17 y 18.

(4) Manuel Tuñon de Lara: «Antonio Machado, hombre de su tiempo», en *El Europeo*, n.º 581, 1 de marzo de 1975, págs. 32-33. Vid su libro *Antonio Machado, poeta del pueblo*. Barcelona, 1975. 2.ª edición.

a) Crisis del sistema.
b) Crisis económica.
c) Crisis política.
d) Crisis social.

A los del 98 les unía la puesta en tela de juicio de los valores tradicionales, el tema de España. También hay una rebelión contra las normas estéticas imperantes. José Luis Abellán (5) califica acertadamente al «noventayochismo» como un espíritu regeneracionista, por los fines, y modernista, por los medios.

Se redescubre el paisaje, sobre todo el castellano, con una exaltación estetizante de éste. Se da una búsqueda de lo esencial español, de lo castizo (Unamuno). Baroja dice, en 1902: «Yo parezco poco patriota y sin embargo lo soy [...]. Tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir...».

Otro factor que une a los del 98 es su ruptura con el pasado inmediatamente anterior. Los del 98 son, sin embargo, un movimiento elitista, pequeñoburgués, que pretende romper la hegemonía ideológica del bloque oligárquico, pero que niega el protagonismo popular. La unidad durará poco tiempo y los miembros de la generación tomarán caminos divergentes. A ello alude Unamuno en su artículo publicado en *Nuevo Mundo* sobre «La hermandad futura», ya citado anteriormente.

El propio Machado se refiere explícitamente a lo mismo en su poema: «Una España joven», publicado en 1915: «...Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda, / la malherida España, de carnaval vestida / nos la pusieron [...] / Fue ayer; éramos casi adolescentes [...] cuando montar quisimos en pelo una quimera / Mas cada cual el rumbo siguió de su locura; / agilitó su brazo, acreditó su brío / ...» (6).

Hay un rasgo específico de Machado que le separa del grupo noventayochista: su formación institucionista. Con todo esto no queremos negar que la obra de Machado tenga algunos rasgos noventayochistas, sobre todo *Campos de Castilla* en su edición de

(5) José Luis Abellán: «Machado y el 98», en *Cuadernos para el Diálogo*, número extraordinario XLIX, noviembre de 1975, págs. 92-97.

(6) Según Tuñon de Lara, fue publicado este poema en el n.º 1 de la revista *España*, el 29 de enero de 1915. Véase en *Antonio Machado, poeta del pueblo*, pág. 322.

1912, sino tan solo recalcar que Machado, a lo largo de su trayectoria poética, va a abandonar esta influencia, cosa que se realizará plenamente en el período de Baeza.

II. LOS AÑOS DE BAEZA

La estancia de Machado en Baeza comprende el período cronológico que va de octubre de 1912 a la primavera de 1919. Como vemos, este período es muy extenso. Tan sólo será superado por su estancia en Segovia, que durará hasta 1931.

El año de 1912 es especialmente significativo para Machado. El primero de agosto muere su esposa Leonor e inmediatamente va a Madrid el día 8 de agosto a pedir el traslado, y es trasladado a la primera vacante que se encuentra: Baeza. Hay que señalar este detalle, porque desmiente la opinión de los que piensan que Machado se trasladó a Baeza por elección propia, buscando esa inercia de la que después se lamentará. Su traslado a Baeza fue casual, como pudiera haberlo sido a cualquier otra ciudad de España.

El 1 de noviembre toma posesión de la cátedra de Lengua Francesa del Instituto General y Técnico de Baeza. Era entonces director del Instituto don Leopoldo de Urquía, viejo amigo de la familia Machado y profesor de Filosofía, de ideas krausistas. Es posible que don Leopoldo, a través de su amistad con Machado, influyera en su interés por la filosofía, que se acrecentará durante su estancia en Baeza.

Cuando Machado llega a Baeza, reciente la muerte de su Leonor, tiene 37 años. Cuando abandona esta ciudad, tiene 44 años y se siente cansado.

La muerte de Leonor deja en Machado un vacío terrible del que apenas se repondrá. Para él, su mujer lo significaba todo, y los días más felices de su vida los pasará junto a ella. En una carta a Unamuno, Machado nos muestra su íntima tragedia: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya [...] Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto». (Baeza, ¿1913?).

Su desesperación llega a ser tan grande que piensa en el suicidio. En otra carta a Juan Ramón Jiménez, de 1912, el poeta se expresa en estos términos: «Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El

éxito de mi libro *(Campos de Castilla)* me salvó, y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad. Hay que defender a la España que surge del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo». Estas palabras son harto expresivas de cómo Machado antepone a su íntima tragedia el ser útil para los demás.

La muerte de Leonor inspira a Machado toda una serie de poemas elegíacos, en los que se expresa con una honda emoción difícilmente igualada. En su recuerdo, Soria y Leonor se confunden. Por eso, Machado nunca se olvidará de aquellas tierras en las que alcanzó la felicidad. En su poema «Recuerdos», perteneciente a *Campos de Castilla*, da el adiós definitivo a la tierra donde conoció a su esposa:

«Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano / [...] En la desesperanza y en la melancolía / de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva / Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía / por los floridos valles, mi corazón te lleva». (En el tren. Abril de 1912).

Machado siempre recordará Soria, que, como ya hemos visto, influirá grandemente en su trayectoria poética. Así, en una carta dirigida al periódico soriano *El porvenir castellano* el 19 de agosto de 1922, dice lo que sigue: «Nada me debe Soria, creo yo, y si algo me debiera, sería muy poco en proporción a lo que yo le debo: el haber aprendido en ella a sentir Castilla, que es la manera más directa y mejor de sentir a España».

Durante un tiempo, reside Machado en Baeza en el Hotel Comercio. Una placa rememora esta estancia: «Aquí vivió Antonio Machado. Año 1912».Después se trasladó con su madre, doña Ana Ruiz, a una casa que hace esquina, en la calle Prado de la Cárcel. Por eso, cuando Machado en sus «Apuntes», pertenecientes a *Nuevas Canciones*, dice: «Desde mi ventana, / ¡campo de Baeza, / a la luna clara!« (Apuntes I), es evidente que ese paisaje lo está evocando, pero no viendo, pues desde su casa es imposible esa visión.

Por la mañana Antonio Machado daba clases de francés en el Instituto, y por la tarde leía o iba de tertulia a la rebotica del farmacéutico don Adolfo Almazán. A partir de 1917, da también clases de literatura, después de obtener su licenciatura. Para esas clases hizo un resumen del manual de Fitzmaurice-Kelly.

Una vez en Baeza, Machado se enfrenta con su soledad y con el tedio de una ciudad provinciana, cosa que se refleja en su poema «Caminos», uno de los primeros que escribió en esta ciudad. El poema comienza con un violento hipérbaton que nos sitúa al poeta:

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena...

El intimismo y la subjetividad de los poemas inciales afloran de nuevo en este poema y, en general, en todos los pertenecientes al «ciclo de Leonor».

Existe un paralelismo gramatical en los dos primeros versos:

Preposición	articulo	sustantivo	adjetivo
De	*la*	*ciudad*	*moruna*
tras	*las*	*murallas*	*viejas*

Ante este sentimiento de soledad pesimista, se refugia a continuación el poeta en el paisaje, que da una nota de color y de alegria. El paisaje, en estos primeros años de Baeza sirve a Machado de evasion, de refugio.

El rio va corriendo,
entre sombrias huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza...

El poema esta lleno de luz y colorido, que inundan los sentidos. Utiliza para ello sabiamente la adjetivación; hay series binarias de adjetivos: alfanje *roto* y *disperso*; y también ternarias: tarde *piadosa, cardena y violeta,* luna *amoratada, jadeante y llena,* etc. Por otra parte, el paisaje se ve teñido, en ocasiones, por los propios sentimientos de poeta: asi, la tarde podrá ser *silenciosa o piadosa,* la niebla *maternal,* etc.

Machado no se refiere a una tarde cualquiera, sino a «esta tibia tarde de noviembre». Con esto consigue algo caracteristico de toda su obra poetica: «la eternización de la momentaneidad» que diria Unamuno.

Al final, el poema se interrumpe bruscamente con una lamentacion, que parece brotar de lo mas hondo del poeta:

...¡Ay, ya no puedo caminar con ella! (7)

(«Caminos». ¿Noviembre de 1912?)

A continuacion de esta composición, viene todo un grupo de

(7) Para la fechacion de los poemas seguiremos a Sanchez Barbudo: *Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresion.* Barcelona, 1976, 3.ª edicion.

poemas que podemos titular «*Post mortem de Leonor*», y entre los que se encuentran, por ejemplo: «Allá en las tierras altas»; «Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería»; «Soñé que tú me llevabas»; «Una noche de verano»; etc. Casi todos estos poemas, si no todos, fueron escritos, según Sánchez Barbudo, entre 1912 y 1913 (8). Son poemas dotados de un contenido hondo, amargo, estremecido; y entre ellos una breve esperanza: «...No todo se lo ha tragado la tierra». («Dice la esperanza: un día»). Estando Machado en un momento de profundo dolor, es lógico que busque algún consuelo. Hay momentos en que tiene esperanza de recobrar a Leonor algún día, esperanza que, por otra parte, constituye el origen de un intento de acercamiento a Dios. Es ésta, según Aurora de Albornoz, la segunda etapa en el pensamiento religioso de Machado (9).

En la primera carta dirigida a Unamuno desde Baeza, y ya citada, dice: «En fin hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad». Después de la muerte de Leonor, Machado lo que busca intensamente es un Dios cristiano que garantice la inmortalidad, aunque no lo encontrará. Es este el momento de máxima religiosidad de Machado, lo que no quiere decir que fuese católico, como ya veremos.

En su poema «Una noche de verano» (CXXIII en *PC*), Machado refleja la muerte de su querida Leonor en una calurosa noche de agosto. Adopta un tono mesurado a lo largo del poema, que se interrumpe, al final, con una exclamación que recorta el verso:

Una noche de verano
—estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró
... ...
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

(Apareció el poema en 1917).

Sin embargo, esa expresión recatada, ese pudor expresivo que hemos visto en el poema anterior, se transforma en una reacción desgarradora, imprecadora, en el siguiente poema, uno de los más religiosos de Machado:

(8) *Op. cit.*, pag. 247.
(9) *Op. cit.*, pag. 233.

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

(CXIX, apareció en 1917).

Para esta composición, Machado elige la cuaderna vía en su versión modernista no monorrima. Adopta el tono de una oración. Invoca cuatro veces a Dios, una en cada verso. A pesar de la longitud del verso, su ritmo se hace rápido a causa del desbordamiento emocional del poeta.

En este poema aparece la palabra *mar* con un significado simbólico y sobre el que se ha discutido mucho. Es evidente que *mar* no se refiere siempre a la muerte, sino a otras muchas cosas. Así, para José Luis Abellán el mar no sólo significa la muerte, sino también la vida, de la que es origen. Para Aurora de Albornoz, el mar se refiere, en estos poemas, a lo desconocido. José Antonio Balbontín identifica el mar con el caos. Laín Entralgo identifica mar con muerte, pero unida esta a un posible despertar. Kessel Schwartz lo ve como un poder potencial, tal como la vida, la muerte, Dios, etc.

En otro poema de esta misma serie Machado evoca con añoranza el paisaje soriano, enmarcado, dentro de él, el recuerdo de Leonor. Realidad y sueño evocador se confunden. El poeta, al mismo tiempo que camina, piensa y sueña. Veamos cómo se contraponen sueño ideal, al comienzo del poema, y realidad vivida, pero no deseada, en los versos finales. El poeta refleja lo que está pensando, lo que está soñando:

Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

(CXXI, mayo de 1913).

Machado se encuentra triste, solo, y sueña con pasear otra vez junto a Leonor por las tierras sorianas. Usa una estrofa muy de su gusto: la silva arromanzada. Acertados efectos expresivos son utilizados por Machado en este poema. En el sexto verso, al final, dice: «en sueños...». Vemos cómo los puntos suspensivos prolongan esa sensación del sueño, esa suave flotación en que está sumergido el corazón del poeta. El tema del sueño es muy importante en la poesía machadiana, sobre todo en su primer período intimista. Aquí todavía no lo ha olvidado, aunque su poesía se orientará después hacia «el otro», cosa que se realizará plenamente en Baeza.

Pero sigamos con nuestro poema. El tránsito del sueño a la realidad es violento. Sin ninguna pausa, pasamos de lo evocado-soñado (deseado) a lo vivido. En los cuatro últimos versos se nos muestra el poeta melancólico, caminando solo, sin la presencia de Leonor, como una sombra errante sin rumbo fijo. Hay, al final, una acumulación de adjetivos —enumeración asindética—, que muestran la situación en que se encuentra nuestro poeta: *solo, triste, cansado, pensativo, viejo.*

Observemos que en éste, como en otros poemas, Machado superpone afectivamente el paisaje soriano a la contemplación inmediata del campo andaluz. Para Machado, el primer paisaje plenamente vivido y sentido acaso sea el castellano, el soriano. Por eso, cuando vuelve a su tierra, a Andalucía, se siente como extranjero e incapaz de cantar el paisaje que tiene ante sus ojos. Entonces se refugia en el paisaje de su infancia sevillana, de sus recuerdos:

«En estos campos de la tierra mía / y extranjero en los campos de mi tierra / —yo tuve patria donde corre el Duero / — en estos campos de mi Andalucía, / ¡oh tierra en que nací!, cantar quisiera. / Tengo recuerdos de mi infancia, tengo / imágenes de luz y de palmeras / ... (CXXV, 4 de abril de 1913).

A partir de 1912, Leonor se incorpora a la mitologización del paisaje soriano. Machado en estos momentos se siente desarraigado y el paisaje andaluz sólo le sirve para evocar mejor el de Soria. Con el tiempo, Machado superará la mitificación Soria-Leonor y podrá cantar ya libremente a los campos de su Andalucía.

En otro poema, también de 1913, volvemos a encontrar el tema del sueño:

«Soñé que tú me llevabas / por una blanca vereda, / en medio del campo verde, / «...» Sentí tu mano en la mía, tu mano de compañera, / «...» ¡Eran tu voz y tu mano, / en sueños, tan verda-

deras!... / Vive, esperanza, ¡quién sabe / lo que se traga la tierra!». (CXXII).

En este poema aparece, una vez más, la fusión entre el paisaje y la figura soñada de Leonor. Su voz y su mano se le hacen al poeta como verdaderas.

Toda esta serie de poemas muestra que la añoranza de su esposa se vincula al tema del camino: «¡Ay, ya no puedo caminar con ella!», «dame tu mano y paseemos», «Soñé que tú me llevabas», etc. Es decir, Machado echa de menos esta ausencia porque ya no puede caminar con ella, como antes lo hacía. De nuevo, el tema del camino (10) aparece ligado a la poesía de Machado y esta vez en una etapa fundamental de su vida. Al final del poema que comentamos, hay una exclamación en tono esperanzado, expresión que recorta rotundamente el tono mesurado de los versos anteriores. Otra vez aparece esa esperanza de inmortalidad, de evidentes huellas unamunianas, que se repetirá en poemas posteriores.

Casi todos estos poemas vemos cómo empiezan con un tono remansado, y, después, hacia el final, el ritmo se aviva, entrecortándose la expresión con una profunda queja. Se podría establecer un ligero paralelismo entre el poema comentado y «Yo voy soñando caminos...», perteneciente a *Soledades*. Aquí encontramos otra vez ligados el tema del sueño y del camino:

«Yo voy soñando caminos / de la tarde «...» / ¿Adónde el camino irá? / Yo voy cantando, viajero / a lo largo del sendero... / (XI, *Soledades. Galerías. Otros poemas*).

El poema CXXIV vuelve a evocar a Leonor, después de una colorista visión paisajística: «Al borrarse la nieve, se alejaron / los montes de la sierra. / La vega ha verdecido / al sol de abril «...» / con las primeras zarzas que blanquean, / con este dulce soplo / que triunfa de la muerte y de la piedra, / esta amargura que me ahoga, fluye / en esperazan de Ella...». (Apareció en 1917).

En el poema «A José María Palacio», esa emoción patente, pura y sencilla de los poemas anteriores («Soñé que tú me llevabas», «Una noche de verano», etc.), permanece entrevelada, como en clave. Tras una serie de alusiones al paisaje y a la naturaleza: «Palacio , buen amigo, / ¿ésta la primavera / vistiendo ya las ramas de los chopos?», aparecen unos versos finales que no entenderíamos si no cono-

(10) Vid. Emilio Orozco Díaz: «Antonio Machado en el camino. Notas a un tema central de su poesía». Apud *Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*. Madrid, 1974, pags. 175-242.

ciéramos los datos biográficos del poeta: «Con los primeros lirios / y las primeras rosas de las huertas, / en una tarde azul, sube al Espino, / al alto Espino donde está *su* tierra...». (CXXVI, Baeza, 1913. El subrayado es nuestro).

El Espino es el cementerio de Soria donde fue enterrada Leonor. Por medio de ese «su tierra», se le escapa al poeta el profundo dolor que durante todo el poema, aparentemente sólo evocación de la primavera, ha ido conteniendo.

Hay continuas rememoraciones de las tierras de Soria, porque en este paisaje sigue vigente la presencia de Leonor. Luego, cuando supere esta gran crisis, se centrará plenamente en el hombre y el paisaje andaluces.

El último poema de este grupo que hemos denominado *Post mortem* de Leonor», es el titulado: «Otro viaje», que sigue en la misma línea de poemas anteriores:

«Otro viaje de ayer / por la tierra castellana / —¡pinos del amanecer / entre Almazán y Quintana!— / ¡Y alegría / de un viajar en compañía! / ¡Y la unión / que ha roto la muerte un día! / ¡Mano fría / que aprietas mi corazón!». Quizá lo más bello del poema esté en esta redondilla final, donde juega el poeta acertadamente con la repetición anafórica:

Tan pobre me ***estoy*** *quedando*
que ya ni siquiera ***estoy***
conmigo, *ni sé si voy*
conmigo *a solas viajando.*

(CXXVII, apareció con fecha de 1915)

Todos estos poemas, ya estudiados, obedecen a la terrible impresión que causó a Machado la muerte de su esposa. Este abatimiento se manifiesta también en la primera carta escrita a Unamuno desde Baeza, ya citada, y en la que nos presenta un duro retrato de la ciudad: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica (que Soria) y no hay un átomo de religiosidad. Se habla de política —todo el mundo es

conservador— y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio. A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es íntimamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también...».

En esta carta vemos a Machado lamentarse de la pobreza espiritual de esta ciudad, del analfabetismo, de los señoritos que se arruinan en el juego. Para él, la tierra de Soria es más espiritual que Baeza, su nuevo destino. La adaptación al medio se le hace dura, y esto, unido a su terrible pena por la muerte de Leonor, hacen que Machado ponga su atención en aspectos más negativos que en Soria, tierra donde alcanzó la felicidad.

Presenta Machado como una enorme paradoja el que haya tantos centros de enseñanza en esta ciudad y en contrapartida tantos analfabetos; el que sea tan rica y haya tantos mendigos. Todos estos males eran muy corrientes en la Andalucía de la época. Los campesinos trabajaban casi en condiciones infrahumanas para los cuatro terratenientes que poseen la tierra y ganan poco. Existen enormes latifundios. Por otro lado, hay una hipocresía espiritual mantenida por una especie de superstición religiosa. No hay plena vivencia del Evangelio. En otro lugar de la carta, dice: «...¿cómo vamos a sacudir el lazo de hierro de la Iglesia católica que nos asfixia? Esta Iglesia espiritualmente huera, pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso. El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano [...]. Hablar de una España católica es decir algo bastante vago [...] la religión del pueblo es un estado de superstición milagrera [...] Es evidente que el Evangelio no vive en el alma española, al menos no se le ve en ninguna parte...».

Dentro de esta misma carta hay un párrafo muy interesante donde se ataca a esa poesía hueca, vana, que huye de la vida y de la realidad: «...comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos. A esos jóvenes los llevaría yo a la Alpujarra y los dejaría un par de años allí. Creo que esto sería más útil que pensionarlos para estudiar en la Sorbona. Muchas segu-

ramente desaparecerían del mundo de las letras, pero acaso alguno encontraría acentos más hondos y verdaderos...».

La vida de Antonio Machado en Baeza se manifiesta en una serie de poemas, entre los que resalta «Poema de un día (Meditaciones rurales)», justamente valorado por la crítica. Aquí se refleja la vida de un profesor de Instituto en una ciudad de provincias, durante la tarde. Machado se contempla a sí mismo («Heme aquí ya, profesor») dentro del pueblo al que califica certeramente en los siguientes versos: «Heme aquí ya, profesor / [...] en un pueblo húmedo y frío, / destartalado y sombrío, / entre andaluz y manchego». Machado penetra con visión transparente en la realidad del pueblo. Es un día de invierno, frío, en un pueblo que es medio andaluz y medio castellano. Le llaman «la Salamanca andaluza». Sus habitantes tienen un carácter austero, recio, más propio de Castilla que de Andalucía. La soledad de sus plazas, en invierno, recuerda a las de cualquier ciudad castellana. Hay muestras de andalucismo en la blancura de sus casas, en las flores en el balcón, en su acento; pero nada es estentóreo, llamativo. La sobriedad es su principal característica.

Y sigue el poema: «Fantástico labrador / pienso en los campos. ¡Señor, / qué bien haces! Llueve, llueve / tu agua constante y menuda / sobre alcaceles y habares, / [...]. Te bendecirán conmigo / los sembradores de trigo; / los que viven de coger / la aceituna; / los que esperan la fortuna / de comer; / [...]». Machado se hace eco en estos versos de los deseos de los labradores, que se pasan la mayor parte del año pendientes de la lluvia benéfica que regará los campos y de la que dependerá su vida y la de los suyos. Son estos labradores y su angustia, los que darán nombre a la tertulia del casino de «La Agonía». Toda su riqueza estará en manos de la traidora rueda de la Fortuna. Sánchez Barbudo ve en estos versos, en los que se dirige Machado al labrador y a la lluvia, un suave tono irónico. Quizá no haya llegado todavía el poeta a esa plena identificación con el hombre que trabaja la tierra. Tengamos en cuenta que este poema es de 1913. Hacía muy poco tiempo que Machado había llegado a Baeza.

En los versos siguientes, Machado expresa magistralmente la monotonía y el tedio que hay en estos pueblos durante la tarde. Lo va a recoger, precisamente, con el sonido del reloj. Juega con la repetición, que adopta el sonido metálico del reloj: «En mi estancia, iluminada / por esta luz invernal / —la tarde gris tamizada / por la lluvia y el cristal—, / sueño y medito. / Clarea / el reloj arrinconado, / y su tic-tic, olvidado / por repetido, golpea. / Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído. / Tic-tic, tic-tic... Siempre igual, / monótono y abu-

rrido. / Tic-tic, tic-tic, el latido / de un corazón de metal. / En estos pueblos, ¿se escucha / el latir del tiempo? No. / En estos pueblos se lucha / sin tregua con el reló, / con esa monotonía / que mide un tiempo vacío / ...» ¿No hay en estos versos algo de monólogo interno? El poeta sueña y medita. En este silencio, interrumpido tan sólo por el tic-tic del reloj, recuerda otra vez a su esposa muerta: «Pero ¿tu hora es la mía? / ¿Tu tiempo, reloj, el mío? / (Tic-tic, tic-tic...). Era un día / (Tic-tic, tic-tic) que pasó, / y lo que yo más quería / la muerte se lo llevó. / ...» Después, vuelve otra vez a los campos y a la lluvia: «Fantástico labrador, / vuelvo a mis campos. ¡Señor, / cuando te bendecirán / los sembradores del pan! / ...» La lluvia es benéfica para todos: «Señor, ¿no es tu lluvia ley, / en los campos que ara el buey, / y en los palacios del rey? / ...».

Se hace de noche y es necesario encender la luz. Busca sus gafas, las encuentra, y alcanza libros nuevos. Abre un libro de Unamuno y se entusiasma con su filosofía. En un arrebato de sinceridad, profesa su lealtad al rector de Salamanca: «Anochece; / el hilo de la bombilla / se enrojece, / luego brilla, / resplandece / poco más que una cerilla. / Dios sabe dónde andarán / mis gafas... entre librotes, / revistas y papelotes, / ¿quién las encuentra?... Aquí están. / Libros nuevos. Abro uno / de Unamuno. / ¡Oh, el dilecto, / predilecto / de esta España que se agita, / porque nace o resucita! / Siempre te ha sido, ¡oh rector / de Salamanca!, leal / este humilde profesor / de un instituto rural. / ». Adopta Machado en esta composición un tono conversacional, irónico. A pesar de ser un poema descriptivo, no por ello pierde su lirismo.

Después, se dirige a Unamuno y se identifica con su filosofía, concibiéndola como algo vivo, en movimiento:

«Esa tu filosofía / que llamas diletantesca, / voltaria y funambulesca, / gran don Miguel, es la mía. / Agua del buen manantial, / siempre viva, / fugitiva: / poesía, cosa cordial / ¿Constructora? / —No hay cimiento / ni en el alma ni en el viento— / Bogadora, / marinera, / hacia la mar sin ribera. / ...».

Ese pensamiento fluyente, temporalista, del que habla Machado, y que se identifica con el irracionalismo unamuniano, consistente en un predominio del sentimiento sobre la razón, aparece expresado claramente en su *Poética:* «El pensamiento lógico, que se adueña de las ideas y capta lo esencial, es una actividad destemporalizadora. Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe, crear un movimiento ajeno al cambio, discurrir entre razones inmutables. El principio de identidad —nada hay que no sea igual a sí mismo— nos

permite anclar en el río de Heráclito, de ningún modo aprisionar su onda fugitiva. Pero al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque piensa su propia vida que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada...». (*Poética,* 1931).

En los versos siguientes, Machado resume su ruptura con Bergson, de cuya filosofía tanto tiempo había estado impregnado. Se dirige a Unamuno con el tono conversacional e irónico del que hablábamos antes: «Enrique Bergson: *Los datos / inmediatos / de la conciencia.* ¿Esto es / otro embeleco francés? / Este Bergson es un tuno; / ¿verdad, maestro Unamuno? / Bergson no da como aquel / Immanuel / el volatín inmortal; / este endiablado judío / ha hallado el libre albedrío / dentro de su mechinal. / ...».

El poema sigue una línea temporal, marcada por el empleo de verbos: «Heme, llueve, clarea, anochece, amaina, es de noche», etc. La acción transcurre desde la tarde hasta la noche, cumpliendo así un ciclo temporal completo. Machado no se refiere a una tarde cualquiera, sino a una tarde gris y lluviosa de invierno, en un cuarto iluminado «por *esta* luz invernal». De esta menera, y con el uso de las formas actuales del verbo, logra el poeta la fijación y la eternización de un determinado momento de su vida (el subrayado es nuestro).

Después de amainar la lluvia, se hace de noche, y don Antonio, cogiendo su abrigo, su sombrero y su paraguas, acude a la tertulia de la rebotica de Almazán. Se habla de política, del campo y del tiempo. En estas charlas, Machado solía permanecer callado, oyendo a los demás: «Mi paraguas, mi sombrero, / mi gabán... El aguacero / amaina... Vámonos, pues. / Es de noche. Se platica / al fondo de una botica. / —Yo no sé, / don José, / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales. / ...». (CXXVIII, Baeza, 1913).

Machado se despide de sus contertulios, y volvemos a la sensación de monotonía, marcada por el tic-tic del reloj. Después de hallar sobre su mesa *Los datos* de Bergson, el poeta vuelve a sus meditaciones.

Poco a poco, Machado va adaptándose al ambiente rural de la ciudad, y su paisaje le servirá de evasión. En el poema «Noviembre 1913» se nos da toda una visión paisajística, un verdadero cuadro de colores que impresiona la retina: ceniciento, pardo, gris, blanco, dorado. Machado está en un excelente mirador, un lugar de privilegio desde donde se tiene una visión total, de amplios horizontes: las murallas de Baeza. Desde aquí traza un rápido cuadro, pero donde no se le escapa nada. Todo lo que podemos ver desde ese lugar, aparece aquí reflejado, condensado: «Un año más. El sembrador va echan-

do / la semilla en los surcos de la tierra. / Dos lentas yuntas aran, / mientras pasan las nubes cinicientas / ensombreciendo el campo, / las pardas sementeras, / los grises olivares. Por el fondo / del valle el río el agua turbia lleva. / Tiene Cazorla nieve, / y Mágina, tormenta, / su montera, Aznaitín. Hacia Granada, / montes con sol, montes de sol y piedra». (CXXIX).

La búsqueda de Dios de Machado, su religiosidad, tienen una manifestación en su poema «La saeta»: »¡Cantar del pueblo andaluz, / que todas las primaveras / anda pidiendo escaleras / para subir a la cruz! / ...». Pero Machado no quiere cantar a ese Jesús agonizante, sino «al que camina, al que guía» (11): «¡Oh, no eres tú mi cantar! / ¡No puedo cantar, ni quiero / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar!» (CXXX, se publicó por primera vez en 1914).

Uno de los poemas que José M.ª Valverde denomina «anticasticista» (12) es el titulado: «Del pasado efímero». En éste nos presenta Machado un completo retrato del señorito rural, un poco labrador, que juega al monte y que: «Sólo se arruina ante el azar prohibido, / sobre el verde tapete reclinado / o al evocar la tarde de un torero, / la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta / la hazaña de un gallardo bandolero, / o la proeza de un matón, sangrienta...». Este señorito, que es creación de los años de Baeza, encarna todos los defectos de la sociedad. A través del señorito rural y andaluz, que Machado econtró en Baeza, critica «el señoritismo» español, entendido como forma de conducta. Esta crítica se repetirá en sus

(11) E. Orozco Díaz, *op. cit.*, pág. 230. Su opinión coincide con la de Sánchez Barbudo. Para éste, *el mar* significa aquí el mundo, donde no hay caminos, donde *se hace camino al andar*. Ese Cristo no sería inmortal, sino sólo el Hombre. (*Op. cit.*, págs. 291 y 292).

Para Orozco, «no es el valor de lo milagroso lo que quiere cantar el poeta [...] tampoco al Cristo vencedor de la muerte [...] lo que quiere cantar el poeta es al Cristo que anda y camina —y traza camino— por este inmenso mar del mundo, por donde el hombre ha de caminar sin camino». (*Op. cit.*, pág. 231).

Ambos coinciden, en parte, con Aurora de Albornoz, para quien el Cristo de «La saeta» es un Cristo triunfante, pero no inmortal. Dice: «no es el resucitado; es el que obra el milagro para despertar la fe adormecida, y que cree —y hace creer— que la fe obra milagros. Su triunfo, me parece, es el triufo del hombre». (*Op. cit.*, págs. 261 y 262).

Todos estos autores difieren, sin embargo, de Laín Entralgo, para quien el mar es la muerte, pero tras esa muerte está la resurrección.

(12) Vid. Jose María Valverde: *Antonio Machado*. Madrid, 1975, 1.ª edición.

últimos años: «Cuando una gran cuidad —como Madrid en estos días— vive una experiencia trágica, cambia totalmente de fisonomía, y en ella advertimos un extraño fenómeno compensador de muchas amarguras: la súbita desaparición del señorito. Y no es que el señorito, como algunos piensan, huya o se esconda, sino que desaparece —literalmente—, se borra, lo borra la tragedia humana, lo borra el hombre. La verdad es que, como decía Juan de Mairena, no hay señoritos, sino más bien «señoritismo», una forma entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustre de las botas [...]. El señoritismo ignora, se complace en ignorar —jesuíticamente— la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular...». («Madrid, Baluarte de nuestra Guerra de Independencia», agosto de 1936). Como bien dice Paulo de Carvalho-Neto (13), Machado considera que en la disyuntiva de elegir el pueblo y los «señoritos», debe optarse por aquél.

Sus últimas palabras sobre este hombre, que está vacío por dentro, son rotundas:

«Este hombre no es de ayer ni es de mañana, / sino de nunca; de la cepa hispana / no es el fruto maduro ni podrido, / es una fruta vana / de aquella España que pasó y no ha sido, / esa que hoy tiene la cabeza cana». (CXXXI, se publicó el 6 de marzo de 1913.) El poema «Los olivos» es una réplica de su otro poema «Las encinas». En éste, canta Machado a los encinares y demás árboles castellanos. En «Los olivos», el paisaje castellano es ya sustituido enteramente por el andaluz. Otra vez, el tema va a indicar ese amor por la naturaleza que siente Machado. Sus descripciones son coloristas y sensoriales:

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!...
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!

¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada;
olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!...

(13) *La influencia del Folklore en Antonio Machado.* Madrid, 1975, pág. 43.

Y enmarcados en el paisaje, están los hombres que trabajan la tierra: «¡Olivar y olivareros, / bosque y raza, / campo y plaza / de los fieles al terruño / y al arado y al molino, / de los que muestran el puño / al destino, / ...».

Durante su estancia en Baeza, se produce en Machado la identificación monista: hombre = pueblo = trabajo. Distingue claramente entre el pueblo, que vive de su trabajo, y aquéllos que no trabajan. Este es el momento de manifestación de sus «ideas cordiales», sus «universales del pensamiento».

En la segunda parte de este poema, ya aparece claramente esa concepción del hombre protagonista, al que identifica con la tierra: «La tierra da lo suyo; el sol trabaja; / el hombre es para el suelo: / genera, siembra y labra / y su fatiga unce la tierra al cielo. / ...» (CXXXII. ¿1914?).

La observación de la realidad andaluza se convierte en Machado en una preocupación por el tema de España en general; pero en Baeza, el tono noventayochista de esa preocupación va a ceder en favor de un mayor compromiso político.

Por otro lado, es lógico suponer que influyan en Machado los acontecimientos históricos de estos años, a los que él, como hombre de su tiempo, no podía permanecer ajeno:

—Estallido de la Primera Guerra Mundial (1914).

—Mayor protagonismo de los intelectuales en la vida política del país. Formación en 1914 de la Liga de Educación Política.

—Crisis creciente del sistema político de la Monarquía.

—Papel cada vez mayor de las organizaciones obreras.

—El año 1917 es especialmente importante: se hunde el sistema político canovista del turno de partidos; se crean las Juntas Militares de Defensa; se produce un enfrentamiento de clases, que desemboca en la huelga general de agosto y, finalmente, la revolución rusa, que sorprenderá al mundo.

En el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido», va a mostrar Machado la efigie del aristócrata andaluz. En esta elegía vemos una clarante huella de las Coplas de Jorge Manrique:

Alguien dirá: ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Que llevaste
al mundo donde hoy estas?
¿Tu amor a los alamares
y a las sedas y a los oros,
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?...

(CXXXIII, aparecida en 1917).

Hay en este poema cierta gracia andaluza, que anuncia la línea folklórica que luego seguirá en *Nuevas Canciones*. La veta folklórica le viene a Machado de familia. No olvidemos que su padre, don Antonio Machado y Alvarez, era un insigne folklorista, autor de una *Colección de Cantes Flamencos* y de varias obras más. Por otro lado, su tío, don Agustín Durán, fue autor de un *Romancero General*. De Carvalho-Neto demuestra ampliamente la influencia que tendrá A. Machado y Alvarez en la concepción del folklore de su hijo; influencia que alcanza incluso a Unamuno (14). Según este autor, es de la idea machadiana sobre el folklore de donde arrancará su concepto de «Pueblo». Para Machado, todos debemos aprender del pueblo. Considera que el pueblo es superior a las clases privilegiadas. En su discurso *Sobre la defensa y la difusión de la cultura,* dirá lo siguiente: «Escribir para el pueblo —decía mi maestro—, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe [...]. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay-saber no creo haber pasado del folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber pupular»... (Valencia, 1937).

Más adelante dice: «Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular [...] la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores...».

A continuación, declara que el pueblo no está constituido por «la masa», sino por «hombres»: «Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres...». («El poeta y el pueblo», Valencia, 1937).

En «El mañana efímero» traza Machado una visión desoladora de la historia contemporánea de España: la España arcaica y rural. Este es otro de los poemas «anticasticistas» de Machado: «La

(14) *Op. cit.*, págs. 83-97. De su tío, don Agustín Durán, dirá Machado: «Cierto que yo aprendía a leer en el Romancero General que compiló mi buen tío don Agustín Durán; pero mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron...». (Prólogo a *Campos de Castilla*, 1917).

Además de padre y tío, también influyeron en Antonio Machado —según De Carvalho-Neto— sus abuelos paternos: Don Antonio Machado y Núñez y doña Cipriana Alvarez Durán de Machado, los cuales asimismo cultivaron el Folklore.

España de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía, / devota de Frascuelo y de María, / de espíritu burlón y de alma quieta» / ...». La España frustrada, que vive de su pasado y de sus tradiciones, continuará aún durante mucho tiempo: «Esa España inferior que ora y bosteza, / vieja y tahúr, zaragatera y triste; / esa España inferior que ora y embiste, / cuando se digna usar de la cabeza, / aún tendrá luengo parto de varones» / [...]. «El vano ayer engendrará un mañana / vacío y ¡por ventura! pasajero, / la sombra de un lechuzo tarambana, / de un sayón con hechuras de bolero; / el vacuo ayer dará un mañana huero» / ...

Al final, hay en ciernes una esperanza para el futuro: «Más otra España nace, / la España del cincel y de la maza, / con esa eterna juventud que se hace / del pasado macizo de la raza» / ... (CXXXV, se publicó en 1913).

Entre sus *Elogios* destaca el titulado: «Desde mi rincón», dedicado a Azorín por su libro *Castilla*. Aquí le echa en cara a Azorín su conservadurismo: «¡admirable *Azorín*, el reaccionario / por asco de la greña jacobina!—; / » ...Y al final del Envío, un toque de atención que adquiere el carácter de manifiesto: «¡Oh, tú, *Azorín*, escucha: España quiere / surgir, brotar, toda una España empieza! / ¿Y ha de helarse en la España que se muere? / ¿Ha de abogarse en la España que bosteza?» / ... (CXLIII, Baeza, 1913).

En el *Elogio* a su maestro Giner de los Ríos, un sólo verso justifica toda una vida: «lleva quien deja y vive el que ha vivido» («A don Francisco Giner de los Ríos». Baeza, 21 de febrero, 1915).

Entre estos Elogios hay insertos dos poemas dedicados a España: «Una España joven» y «España, en paz». El primero más vago y abstracto y el segundo más concreto.

En 1914 estalla la Primera Guerra Mundial y Machado se hace eco de ella en el poema «España, en paz», desde su «rincón moruno» (Baeza). En este poema expresa los males de la guerra y saluda efusivamente la neutralidad española: «yo te saludo. ¡Salve! Salud, paz española, / si no no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo» / ... (CXLV, Baeza, 10 de noviembre de 1914).

En Baeza escribió Machado parte de un cuaderno que se titulará *Los Complementarios*, aunque éste no era su título original. De este cuaderno tan sólo usará 37 hojas en Baeza, continuándose en Segovia. El título en sí acarrea bastantes problemas y también su contenido. Se mezclan en este cuaderno la prosa y la poesía. La mayor parte de las anotaciones en prosa tienen un contenido filosófico.

Sus ideas acerca de «la sentimentalidad colectiva» están ya

desarrolladas en *Problemas de la lírica*, perteneciente al citado cuaderno: «El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del Yo con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del Tú, es decir, de otros sujetos [...]. Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien Nuestro. Sin salir de mí mismo, noto que en mi sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada. Que lo sea también para los demás, éste es el problema de la expresión lírica...». (Madrid, 1.º de mayo de 1917).

En su libro *Nuevas Canciones,* escrito a partir de 1917, produce ya Machado sus últimos versos en Baeza. Se inicia con estas composiciones una nueva etapa en la que se emplea cada vez más por Machado la asonancia y «la rima pobre». El poema adquiere el ritmo y la concisión de la copla andaluza. Junto a esta línea folklórica, que se manifiesta en el empleo de metros cortos y en la creación de poemas con la forma de la canción tradicional, se dan en este mismo libro otra serie de líneas, como puedan ser, por ejemplo, la gnómico-filosófica («Proverbios y Cantares»), que anuncia ya el pensamiento de Abel Martín y Juan de Mairena; o la puramente evocativa («Canciones de tierras altas»).

Una vez que Machado está fuera de Baeza, intenta cantar al paisaje andaluz —a modo de despedida—, dotado de una mayor serenidad anímica que, como sabemos, no tenía en años anteriores. Como imagen típica del paisaje andaluz toma Machado al olivo, parejo de la encina castellana: «Parejo de la encina castellana / crecida sobre el páramo, señero / en los campos de Córdoba la llana / que dieron su caballo al Romancero, / lejos de tus hermanos / [...] ¡cuán bello estás junto a la fuente erguido, / bajo este azul cobalto, / como un árbol silvestre, espeso y alto! / Hoy, a tu sombra, quiero / ver estos campos de mi Andalucía, / como a la vera ayer del Alto Duero / la hermosa tierra de encinar veía». / ... (CLIII, hay una primera versión de 1920).

Dentro de este libro, sus «Apuntes» presentan una serie de estampas líricas preferidas para las Antologías infantiles. Se trata de 9 poemillas breves, muy condensados, que tienen como forma estrófica la soleá y el romancillo. Algunos de estos poemas poseen cierto candor: «Por un ventanal / entró la lechuza / en la catedral. / San Cristobalón / la quiso espantar, / al ver que bebía / del velón de aceite / de Santa María. / La Virgen habló: / Déjala que beba, / San Cristobalón». / (CLIV, III).

El recuerdo de Baeza quedará para siempre en Machado: «¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!» («Apuntes», CLIV, IV. Ya publicados en 1920).

En 1917 tiene lugar la revolución rusa. Más tarde, en 1919, aparece reflejada en «Proverbios y Cantares»: «¡Qué gracia! En la Hesperia triste, / promontorio occidental, / en este cansino rabo / de Europa, por desollar, / y en una ciudad antigua, / chiquita como un dedal, / ¡el hombrecillo que fuma / y piensa, y ríe al pensar: / cayeron las altas torres; / en un basurero están / la corona de Guillermo, / la testa de Nicolás!» / (CLXI, LXXXIII, Baeza, 1919).

III. CONCLUSION

El período de Baeza es esencial en la temática machadiana. Es en estos años cuando el proceso creador del poeta va a adquirir una mayor variedad de matices. La creación machadiana en esta época podría clasificarse en tres vertientes:

A) La que se refiere al tema de España.
B) La que refleja el paisaje andaluz.
C) La llamada «poseía filosófica».

En Baeza, Machado sustituirá la poesía de tema castellano por la de tema andaluz. Utiliza metros cortos y estrofas típicas de la poesía popular andaluza, como la copla o la soleá. *(Nuevas Canciones)*. Se producirá en esta época una mayor maduración de sus ideas estéticas.

Durante su estancia en Baeza, Machado irá desarrollando un mayor sentido de responsabilidad hacia «los otros» y que le llevará hacia posiciones políticas. Entre los rasgos noventayochistas de éste pueden señalarse los siguientes: la visión crítica y pesimista de España; la exaltación del paisaje castellano; las lamentaciones por el estado del país, etc.; pero todo esto es superado ya en Baeza. Distingue a Machado de los hombres del 98 su amor al pueblo, que le hace abandonar la ideología pequeño-burguesa y negativamente crítica de éstos, y asumir un papel de resuelto compromiso. En este amor y respeto al pueblo, Machado debió de ser influido, no poco, por su padre.

Otro de los factores que despegan a Machado del esteticismo del 98 es la exaltación del trabajo y su asimilación al pueblo.

Es al final del período de Soria y comienzos del de Baeza, cuando Machado empieza a superar la visión noventayochista del hombre y del paisaje. A través del paisaje castellano llega al hombre. Y en «Campos de Soria», el hombre domina ya el paisaje; pero no se trata

de un hombre cainita, terrible, como en los primeros poemas de *Campos de Castilla*, sino del hombre de la tierra contemplado como una posibilidad de superación.

En Baeza, Machado abandonará totalmente la poética inicial de *Soledades*, y se dirigirá desde entonces hacia el hombre, hacia la colectividad. Es el momento de:

¿Tú verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

(«Proverbios y Cantares», CLXI, LXXXV).

Machado refleja en estos años el paisaje, pero no en una exaltación estetizante, sino asociado al hombre.

El período de Baeza ha sido fecundo para el pensamiento de Machado. Han sido años de soledad y meditación. En ellos se produce esa ruptura con la filosofía bergsoniana. Aquí en Baeza adquirirá su filosofía una total madurez.

Durante la época de Baeza aparece ya en germen la problemática de gran parte de *Juan de Mairena*. Y en el prólogo al libro *Helénicas* de Manuel Hilario Ayuso, dirá Machado: «...una abeja consagrada a la miel —y no a las flores— será más bien un zángano, y el hombre consagrado a la poesía y no a las mil realidades de su vida, será el más grave enemigo de las musas».

Es también el pensamiento de:

"Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón".

(«Proverbios y Cantares», CLXI, LXVI).

Finalmente, su penetración en la vida y en el carácter de los hombres de Baeza va a constituir un reflejo de esa Andalucía decadente, manejada por señoritos y por una aristocracia vacía; y un grito esperanzado hacia una España mejor, trabajadora: «la España del cincel y de la maza».

(*Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, Granada, Universidad de Granada, 1979, tomo II, págs. 581-603)

ANTONIO GALLEGO MORELL

El aula de Machado en Baeza

Antonio Machado se incorpora a su cátedra de Lengua Francesa en el Instituto General y Técnico de Baeza el día 1 de noviembre de 1912: tiene treinta y siete años, ocupa en el escalafón el número 436, cuenta con cinco años y seis meses de servicios, disfruta un sueldo de 2.500 pesetas. Y pronto, en su "Poema de un día", se ofrece al lector en su nuevo destino:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor),
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.

Antonio Machado, en meses-víspera de la guerra europea, comienza diariamente a dar su clase en un aula de la planta baja, en el primer patio de la vieja Universidad de Baeza, en cuyo edificio se ha instalado el nuevo Instituto. El aula tiene un zócalo de madera y su clásico entarimado –también el aula, como el pueblo, es húmeda y fría–, se ilumina con la luz del patio que entra por la ventana. Libros y material docente se guardan en las dos rinconeras del aula, un mapa de Europa preside la clase y tres filas de banco-pupitres y con las bisa-

gras vistas se alinean a todo lo largo. La pizarra y la tiza componen con las pantallas de plato el resto de la decoración: se adivinan en la pared manchas de humedad aquella mañana en que el fotógrafo F. Baras Padilla, el fotógrafo de Baeza, salva para la historia la estampa del aula de Machado que el poeta anotaría para sus versos. Porque a esta aula no se refiere su recuerdo infantil con la monotonía de la lluvia tras los cristales y el cartel con la representación de un Caín fugitivo y la mancha carmín junto a Abel. Lo que sí está representada en el mapa de Europa es la costa francesa del Mediterráneo: por allí esta Collioure, pero estamos en 1913. El día 1 de octubre de 1916 se inaugura el curso académico; entonces, en Universidades e Institutos el curso se inauguraba un mismo día, y vuelve al patio de la vieja Universidad el fotógrafo Baras y ordena en grupo a los flamantes profesores, con sus mucetas de licenciados y con sus flamantes birretes de doctor junto a los representantes oficiales de etiqueta; y asomando la cabeza desde la segunda fila está Antonio Machado, el profesor de Francés y vicedirector, desde el 3 de diciembre de 1915, del Instituto de Baeza.

En Baeza, escribe Machado una parte importante de su producción lírica. Pero la decisiva huella que deja Baeza en su obra es que hasta su experiencia baezana sólo alienta tras su escritura exclusivamente el poeta lírico y allí le nacen otras inquietudes. No está contento en su nuevo destino, aunque tras sucesivos ascensos la Administración le suba el sueldo, primero a 4.500 pesetas anuales –con el número 399 del escalafón– y, porteriormente, a 5.500 y número 325 de un escalafón que tampoco le gusta, ni le apasiona esa obligación de enseñar los versos franceses a sus españolitos alumnos. Desde Baeza pregunta en sus versos por Soria: si tienen hojas nuevas los viejos olmos, si hay ciruelos en flor, si quedan violetas, si hay ruiseñores en las riberas. Es la curiosidad y el constante vivir con el alma en otro sitio de los noventaiochista: Ganivet, desde Helsingfors, pregunta también por los ruiseñores de Granada. Baeza, para ese humilde profesor de un instituto rural, es una ciudad moruna. Desde Baeza, Machado se estremece con la Castilla de Azorín, que hasta su rincón le llega, y piensa en la primavera soriana, se desvive por otros paisajes, se siente extranjero en los campos de su tierra. No es sólo Leonor ni su recuerdo. Es la luz, es la montaña, es el estar siempre en otro sitio: en Soria, el limonero de Sevilla; en Baeza, el Moncayo,

el Urbión, las cigüeñas imaginadas sobre los campanarios de la ciudad castellana. ¿Es que se aburre Machado en Baeza? La prosa típica del diccionario geográfico de Madoz asoma muchas veces a los textos de Machado: "Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un instituto, un seminario, una escuela de artes, varios colegios de segunda enseñanza..." Pero sus aburrimientos y sus desganas se los desbarata todos los años un catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes, que desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada irrumpe acompañado de un grupo de alumnos en el patio del Instituto en busca del poeta y profesor de Lengua Francesa. Don Martín Domínguez Berrueta llega con los alumnos en su viaje de estudios de fin de carrera: "Berrueta –escribirá Machado– recorre con sus alumnos los pueblos de España; más que en las aulas, tiene su cátedra en el tren, en los coches de postas, camino de las viejas urbes, donde él, con los suyos, busca una viva emoción del arte patrio y adonde lleva su palabra, su ciencia y la noble curiosidad de sus alumnos. Todas las primaveras, coincidiendo con el paso de las cigüeñas y la vuelta de las golondrinas, hemos visto aparecer por esta vieja ciudad de Baeza a Berrueta, con su alegre grupo de universitarios granadinos". Así llegué yo también a Baeza y a Ubeda, en 1945, con los "Orígenes", de Menéndez Pidal, frescos y recuerdos recientes del "Appendix probi" o de la "Chanson de Roland". Machado era un puro recuerdo: el aula del Instituto olvidada, la farmacia de Almazán, pura nostalgia de su rebotica, el lugar machadiano del camino de Baeza a Ubeda sin que supiesen localizarlo, y era pura aventura la búsqueda de la casa de la calle del Prado de la Cárcel o el hotel Comercio; parecía como si esos recuerdos los archivase únicamente en su memoria Rafael Laínez Alcalá, que recordaría siempre la figura del poeta con la fachada a la espalda del palacio de Jabalquinto. Pero en 1916, quien llegó a Baeza, a ese patio del Instituto, a esa aula de Machado, formando parte del grupo de estudiantes que dirigía hacia Castilla el maestro Berrueta, fue Federico García Lorca, que hizo alardes ante Machado de sus aficiones a la música y a la poesía, y que interpretó al piano, en el casino, la "Danza de la vida breve", de Manuel de Falla; Antonio Machado leyó ante el grupo "La tierra de Alvargonzález", y María del Reposo Urquía –nombre real, no figura de ficción de la prosa de Azorín– tocó en el mismo piano la "Romanza sin palabras", de Mendelssohn. Desde Granada, Federico

García Lorca escribiría a María del Reposo como "apreciable y lejana amiga". Le ha impresionado su figura menuda y simpática. También sobre Antonio Machado ejerce idéntica fascinación.

A partir de ese día, a Machado le pareció su aula del Instituto algo menos húmeda y fría, acaso más luminosa. Pero no por eso mejoró su atuendo indumentario. María del Reposo, una de las hijas del director del Instituto, comenzó a revolotear por sus versos. Hacia atrás, permanecía inalterable el recuerdo de Leonor, luego irrumpirá el vendaval de Guiomar, pero entonces la realidad era ésa: un tablero de pizarra para enseñar los verbos franceses y a leer con los alumnos en una antología escolar. Y allí, en su rincón moruno, piensa en la guerra de Europa, mientras repiquetea en los cristales el agua bendita de la siembra, y mientras el hombrecillo fuma, y piensa y ríe al pensar. Machado se aburre en el casino. En Soria salva el olmo del camino; en Baeza, el olivo "bajo este azul cobalto". Y Machado aprovecha estas visitas de estudio de escolares que llegaban de Granada para ponderarles la importancia de aquel Instituto, cuyo patio era el mismo patio de la vieja Universidad, del siglo XVI. Entonces era un Instituto de Enseñanza Media, lo fue antes de Segunda Enseñanza, y más atrás, Colegio de Humanidades. Pero entre 1538, y hasta 1824, fue Universidad, fundada por el beato Juan de Avila, con bula para sus estudios generales concedida por Pío V; Universidad que firmó pactos de hermandad, en relación con convalidación y admisión de grados, con la Universidad de Salamanca. En un aula de aquel patio de la vieja Universidad, Machado enseña francés. ¿Fue un buen profesor? ¿O fue mejor excursionista y poeta? Porque desde allí salió un día a cantar el nacimiento del río Guadalquivir, y desde allí recordó el nacimiento del Duero: excursiones reales y soñadas, vivencias y desvivencias presentes constantemente en todo su hacer poético. Allí, en Baeza, mantiene viva la presencia de Leonor Izquierdo, que enhebra con las nuevas manos que tocan al piano a Mendelssohn. No es un instituto más, no es un aula más en la biografía del poeta: deja huella en sus versos y en su vida. El palacio de Dueñas, en Sevilla, le queda muy lejos; el huerto donde madura el limonero se le ha convertido en un clisé ruberiano; su Andalucía –aunque no le gusta– es ésta de Baeza, con olor de olivo y aceite más que de naranja en flor, cuarterona entre castellana manchega y andaluza, con el Káiser Guillermo y sus bigotes en las revistas ilustradas, y según le cuenta a Una-

muno en carta con una sola librería, "donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos".

Por eso, al restaurar ahora la Universidad de Granada, de nuevo, los estudios en la vieja Universidad de Baeza, afronta el devolver, ante todo, al aula de Machado, su sabor de época, a la par que incluir cada año en la programación de los cursos de su Universidad de Verano un día en homenaje al poeta, al igual que venía haciendo la Universidad de la Rábida con el poeta de Moguer. Allí, en aquel patio de la vieja Universidad, también se fotografió Machado una mañana con sus compañeros de claustro; José Luis Cano reproduce la fotografía en su biografía ilustrada del poeta: cuello almidonado, obligado bastón, el mismo sombrero que se le fue reblandeciendo de año en año como si estuviese abandonado en el estudio de Dalí, abrigo con cuello de terciopelo, del que se sacudió para la fotografía algunos restos de caspa. En la cartera de notas del poeta anotaría hoy estos datos: desaparecen de su vieja aula los modernos radiadores de la calefacción y los odiosos tubos fluorescentes que algún director de instituto activo y sin sensibilidad ordenaría colocar para hacer desaparecer del aula de Machado su carácter de húmeda y fría que tenía cuando Rafael Laínez Alcalá figuraba entre sus alumnos: "Solíamos encontrar a don Antonio solo las más de las veces, sentado bajo el olmo de la Puerta del Conde, o en alguno de los bancos que, más lejos, se apoyan en la espalda de la plaza de toros, allí por el Ejido... Todavía lo recuerdo, apoyado con sus manos en su cayado, como tantas veces, llenos los ojos de lejanía, inmóvil...; otras veces, los estudiantes le veíamos llegar por el paseo de la estación en tranvía, esponjándose al buen sol del Arca del Agua." Es decir, buscaba el olmo, soñaba con sus tierras sorianas. O, como desde Segovia, iba a recordar el olivo. El caso es no estar donde se está. Así pensaba Mairena, así se inquietaba el poeta sentado en la rebotica de la farmacia Almazán. Y todo era porque en su derredor reinaba la mediocridad. O, como le confiaba a Unamuno con lenguaje del siglo XVI: "Malos tiempos corremos, de infinita vulgaridad." La que hizo colocar hasta hoy radiadores pintados de plata y tubos fluorescentes en el aula de Machado, en Baeza, desde la que salió un día, fiambrera en mano, a convertir en borbollón de verso el nacimiento del Guadalquivir en Cazorla.

(*YA*, Madrid, 22 de junio, 1980.)

II. BIBLIOGRAFIA CRITICA (SELECCION)

La importancia del periodo poético machadiano transcurrido en Baeza es algo comúnmente reconocido por la crítica, tal como ya he expuesto en otro lugar de este trabajo. Esta es la razón principal de por qué es muy frecuente encontrar, en los numerosísimos trabajos que se le han dedicado al poeta de la palabra en el tiempo, apresurada referencia o detenida atención a dicho periodo poético y/o a dicha circunstancia vital. Por este motivo, dar cuenta de todos y cada uno de los trabajo en los que de una u otra manera se hace referencia explícita a esta ciudad y a esta etapa poética, me llevaría a reproducir buena parte de los repertorios bibliográficos existentes hoy sobre el poeta, siendo tarea, más que inoportuna, propia de un nuevo trabajo, ya que en éste el campo de atención se limita, como se sabe, a los artículos específicos sobre el tema y, en la presente bibliografía crítica, a los folletos y libros también específicos sobre Antonio Machado y Baeza (1). Concretamente estos trabajos son tres, de los autores José Chamorro, Francisco Lapuerta, Antonio Navarrete y Cesáreo Rodríguez-Aguilera.

(1) Para ratificar cuanto digo, el lector puede percatarse del tratamiento deparado a este tema en la bibliografía general sobre Antonio Machado a través de este simple botón de muestra: así José Luis Cano en su conocida biografía de Antonio Machado, *Antonio Machado (Biografía Ilustrada)* (Barcelona, Destino, 1975; por cierto, recientemente editada en otra colección de la misma editorial: Destinolibro, 1982, sin ilustraciones) dedica su atención a este periodo, entre las páginas 81 y 104. Lo mismo ocurre con el estudio biográfico de Miguel Pérez Ferrero, muy conocido también, del que reproduzco un artículo en este sentido, *Vida de Antonio Machado y Manuel* (Madrid, Rialp, 1947), en el que dedica un capítulo completo a la etapa baezana del poeta. Igualmente ocurre con la biografía de Antonio Campoamor González, *Antonio Machado* (Madrid, Sedmay, 1976), donde en el capítulo titulado "La tertulia. El campo. Intentos de traslado" se ocupa de estos años, pp. 85-110. El voluminoso trabajo de Bernard Sesé, *Antonio Machado (1875-1939). El hombre. El*

José CHAMORRO LOZANO, *Antonio Machado en la provincia de Jaén,* Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1975[3], 96 pp.

El trabajo de José Chamorro, que fue premiado por el Instituto de Estudios Giennenses, ha conocido varias ediciones hasta

---

poeta. El pensador (Madrid, Gredos, 1980, 2 vols.), dedica también un capítulo en este sentido: Capítulo VI. "Soria, París, Baeza", interesando en nuestro caso las pp. contenidas entre la 175 y la 193. Oreste Macrí, el magnífico editor de la obra poética de don Antonio, tampoco ignora esta etapa en *Poesíe di Antonio Machado (studi introduttivi, testo criticamente riveduto, traduzione, note al testo, commento, bibliografía a cura di...)* (Milano, Lerici editori, 1969[3]): "Baeza (1912-1919)", pp. 39-44. Del mismo crítico italiano y para las amistades baezanas de don Antonio, puede verse el artículo "Amistades de Antonio Machado" *(Insula,* 158). Asimismo el libro de Manuel Tuñón de Lara, *Antonio Machado, poeta del pueblo* (Barcelona, Nova Terra/Laia, 1976[3] —la primera edición es de 1967) y, en él, el capítulo "Baeza. La realidad española", pp. 91-109, que tuvo su precedente en "Retour en Andalousie. Machado et la realité espagnole", en: *Antonio Machado* (Paris, Pierre Seghers, 1960, Col. "Poétes d'aujourhui, pp. 53-68). También puede verse el artículo de José Chamorro, "Los Machado y el Guadalquivir" *(Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* 26, Jaén, 1963, pp. 9-32); o el de Rafael Morales, "Andalucía y el tiempo a través de los versos de Antonio Machado" *(El Español,* Madrid, 4-marzo-1944). José María Valverde en *Antonio Machado* (Madrid, Siglo XXI, 1975) dedica varios capítulos a esta etapa vital y a la producción del sevillano, pp. 102-144. Lo mismo ocurre con J. G. Manrique de Lara, *Antonio Machado* (Madrid, Unión Editorial, 1968), que titula uno de sus capítulos "Baeza", pp. 65-76. Una gran conocedora de la obra de Antonio Machado, Aurora de Albornoz, de la que reproduzco un artículo, se ocupa de este período en un apartado de su libro *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado* (Madrid, Gredos, 1968), concretamente titulado "Antonio Machado en Baeza", pp. 34 y ss. Un análisis de poemas de esta etapa podemos encontrarlo en *Los poemas de Antonio Machado (Los temas. El sentimiento y la expresión),* de Antonio Sánchez Barbudo (Barcelona, Lumen, 1981[4]), en el apartado "De nuevo a solas. Recuerdos. El filósofo escéptico", pp. 247-343. Muchas e interesantes reflexiones se pueden encontrar en el libro de Antonio Fernández Ferrer, *Campos de Castilla. Antonio Machado* (Barcelona, Laia, 1982) y más concretamente en "La edición de 1917. Los poemas de Baeza", pp. 57-66. Ni que decir tiene, por otra parte, que en los estudios previos de diversas ediciones críticas de su obra, así como en numerosas antologías se alude a esta etapa baezana con relativo detenimiento. Son numerosos también los poemas que, escritos en Baeza y empapados de esa realidad, han sido objeto de análisis particular en publicaciones colectivas y libros de homenaje al poeta. Como puede comprobarse esta relación no tendría fin.

adoptar la forma definitiva del libro que comento, que fue nuevamente editado por dicha institución con ocasión del centenario del nacimiento del poeta. Inicialmente apareció en una publicación periódica del mismo instituto: *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* 10, Jaén, 1958; y, parte de dicho trabajo, la segunda concretamente, "Antonio Machado en la provincia de Jaén. II: Campos los de Baeza..." en: *Paisaje,* 105, Jaén, mayo-junio-julio, 1958.

El libro se divide en los siguientes capítulos: I. "El andalucismo de Antonio Machado", II. "Campos los de Baeza...", III. "Un aula pequeña de la vieja universidad", IV. "Hacia "el borbollón del agua clara..." ", V. "Dos grandes motivos de inspiración". Incluye además una "Antología", que subtitula "Poesías de Antonio Machado referentes a la provincia de Jaén o relacionadas con personas o cosas ligadas a sus tierras"; y, finalmente, una parte de "Documentación", donde ofrece siete ilustraciones y transcripción de la "Hoja de Servicios" de Antonio Machado, referentes a su expediente personal que se conserva en el Instituto de Baeza.

En el primer capítulo José Chamorro, aparte de ofrecer algunos conocidos datos de la biografía del poeta referentes a su nacimiento y origen familiar, sostiene la tesis del carácter andalucista de Antonio Machado, de su obra, partiendo para ello de una visión de Andalucía y del andalucismo anclada en el pasado, en una suerte de descripción impresionista. El segundo, "Campos los de Baeza...", da entrada a la biografía de Machado durante su período baezano, mezclando dichas informaciones biográficas con la evocación de la ciudad y con la interpretación personal que ofrece de los sentimientos del poeta frente a la ciudad y su paisaje. En el tercer capítulo se ocupa de la vida profesional del poeta y catedrático en el Instituto de Baeza, ofreciendo en esta ocasión algunos datos desconocidos que se refieren sobre todo al claustro del centro, a sus reuniones y otros detalles mínimos como horarios, cargos, tribunales de exámenes de los que formó parte, etc. "Hacia el borbollón del agua clara...", capítulo cuarto, es donde José Chamorro, con ese mismo estilo crítico fuertemente impresionista y ofreciendo múltiples datos paralelos e interpretaciones de carácter histórico y geográfico, se ocupa del Machado viajero por otras tierras jiennenses: de Ubeda a Cazorla y su sierra, Quesada, etc. Finalmente, en "Dos grandes motivos de inspiración", trata del olivo y del río Guadalquivir como los elementos

naturales principales que "llegaron a entusiasmar" a Antonio Machado.

La antología recoge, como ya he dicho, aquellas poesías de Antonio Machado que se refieren a Jaén en un muy amplio sentido. Así, recoge las siguientes: (XXI) "Otro viaje", (XXXII) "Poema de un día. Meditaciones rurales", (XXXIII) "Noviembre 1913", "Caminos" (De la ciudad moruna), "La saeta", "Los olivos", "Elogios" (Mariposa de la sierra), "Olivos del camino", "Apuntes" (I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX), "Los sueños dialogados" (fragmento), "Soledades a un maestro" (fragmento), "Proverbios y cantares" (LXXXVII), "Viejas canciones" (I, II, III, IV), "A la manera de Juan de Mairena. Apuntes para una geografía emotiva de España".

La documentación que ofrece, por último, es la siguiente: reproducción fotográfica del acta de toma de posesión de Antonio Machado del cargo de Vice-director del Instituto (1915), de la Real Orden de traslado a Baeza (1912), de un oficio del Ministerio de Instrucción Pública concediéndole aumento de sueldo (1915) y del acta de posesión de su cátedra de francés (1912). Además, transcripción de la "Hoja de Servicios" de Antonio Machado, fechada en Soria, el día cuatro de noviembre de 1912. El libro, por lo demás, carece de índices.

Francisco LAPUERTA y Antonio NAVARRETE, *Baeza y Machado (evocación de la ciudad y el poeta)* (prólogo de José Luis Cano), Madrid, Vassallo de Mumbert editor, 1969, col. "Siglo Ilustrado", 40 pp.

Tras el prólogo de uno de los mejores biógrafos de Antonio Machado, José Luis Cano, en el que destaca la importancia del período baezano del poeta y presenta el estudio en cuestión, éste se ofrece dividido en tres partes: "Antonio Machado en Baeza (1912-1919)", "Baeza en los poemas de Machado" y, por último, "Baeza en la historia y en los tiempos de Machado". La publicación consta además de cuarenta y tres ilustraciones de diversos motivos: reproducción de algunos retratos de Antonio Machado (los de Alvaro Delgado, José Luis Verdes, Sáinz Ruiz); de un detalle del busto de Machado realizado por Pablo Serrano para el homenaje frustrado de febrero de 1966, que iba a tener lugar en Baeza precisamente; de dos documentos del expediente de Antonio

Machado (Acta de toma de posesión y "Hoja de Servicios"); de un mapa de Baeza y su comarca y de un plano de la ciudad; de monumentos, calles, paisajes y lugares machadianos de Baeza y de otras zonas jiennenses. La presencia de tan gran número de ilustraciones se debe al carácter de esta colección, de amplia difusión y editada en formato de revista.

La primera parte ofrece algunas informaciones y datos biográficos de la estancia de Antonio Machado en Baeza, poniendo especial énfasis en la jornada en que Federico García Lorca, joven estudiante universitario entonces, y don Antonio se conocieron (9 de junio de 1916). En esta parte, como en el resto del trabajo, estas informaciones se van ofreciendo inmersas en una evocación que los autores hacen tras haber recorrido físicamente diversos puntos de la ciudad vinculados estrechamente al poeta, lo que participa más del reportaje periodístico que de un estudio biográfico en un sentido estricto.

La segunda parte está dividida en tres apartados. En el primero de ellos, los autores se detienen en los poemas más importantes en que Machado se refiere expresamente a Baeza y su comarca; en el segundo, toman como objeto de su atención aquellos textos poéticos, también referidos a Baeza, pero escritos por Machado desde el recuerdo; finalmente y en este sentido último, se ocupan especialmente de los poemas que se refieren asimismo a los alrededores de Baeza, contenidos en "Apuntes para una geografía emotiva de España". Las citas poéticas y aun la reproducción de textos poéticos completos es muy frecuente en esta parte, constituyendo de alguna manera una antología o al menos sirviendo como tal. El comentario de los poemas por parte de los autores está sustentado fundamentalmente en la paráfrasis, proyectando además en ellos su impresión de la ciudad o del paisaje en una suerte de vaivén del texto a la realidad —su visión de la realidad— y viceversa, como si intentaran demostrar al lector la "exactitud" de las apreciaciones poéticas machadianas de ese paisaje, de esa realidad.

La tercera parte, "Baeza en la historia y en los tiempos de Machado", se ofrece dividida en ocho apartados, titulados: "Antecedentes históricos", "La Universidad", "El paso de San Juan de la Cruz", "La Academia", "El Instituto", "Visión de Baeza por García Lorca", "Un artículo poco conocido que Machado publicó en Baeza", "Dos artículos de interés sobre Machado en Baeza". En el conjunto del trabajo esta parte tiene una función de

documentar e informar al lector tanto de la ciudad como del poeta (no olvidemos el subtítulo del trabajo: "Evocación de la ciudad y el poeta"). Los cinco primeros apartados constituyen un resumen de la historia de la ciudad. En el apartado sexto, "Visión de Baeza por García Lorca", comentan y citan ampliamente un artículo del escritor granadino, "Ciudad perdida", que incluyó en *Impresiones y paisajes*. En "Un artículo poco conocido que Machado publicó en Baeza", los autores reproducen el artículo "Para el primer aniversario de Idea Nueva", que Machado elaboró para dicho periódico baezano en 1915. Finalmente, reproducen en el octavo apartado y de manera fragmentaria los artículos "Del Nido Real de Gavilanes. El maestro de poetas don Antonio Machado" y "Machado y Baeza", de Laínez Alcalá y Pabón S. de Urbina, respectivamente, artículos sobre los que vierten algún comentario (véase "Textos").

Cesáreo RODRIGUEZ-AGUILERA, *Antonio Machado en Baeza* (Exordio por A. Puig Palau y fotografía de F. Catalá Roca), Barcelona, A. P. editor, 1967, 118 pp.

El presente libro consta de un exordio, de A. Puig Palau (el editor), y de tres partes fundamentales, tituladas respectivamente: "Un paseo con Antonio Machado", "Antología" y "Variantes de las poesías seleccionadas". Se presenta además profusamente ilustrado, con un total de veinte y cuatro fotografías, de gran calidad, de motivos fundamentalmente jiennenses, del fotógrafo Catalá Roca.

En su introducción, A. Puig presenta y comenta el libro en cuestión, aportando algunos datos concretos relativos al frustrado homenaje que se le iba a tributar a Antonio Machado en Baeza, en febrero de 1966, siendo ésta su más original aportación.

La primera parte del libro, que contiene once apartados ("El tren", "El pueblo", "La patria", "El hombre", "El amor", "La fe", "La muerte", "La guerra", "La poesía", "La sierra" y "Los partidarios") responde más a una labor de recreación literaria, verdaderamente original, que a una labor crítica en sentido formal y riguroso. Rodríguez-Aguilera, que se sitúa en un doble plano de identificación con el poeta y con el paisaje y ambiente de las tierras de Jaén, recoge el pensamiento de don Antonio sobre los temas más esenciales de su obra y ofrece una síntesis del mismo y un "retrato" del poeta, utilizando como vía crítica fundamentalmente el impresionismo.

La segunda parte es una antología de la obra de Antonio Machado relacionada con su periodo baezano (1912-1919), donde se recoge tanto parte de su obra poética como parte de su obra en prosa e incluso donde se da entrada a algunas cartas del poeta. Este es el contenido de esta parte: "En tren", "Otro viaje", "Recuerdos", "Caminos" ("De la ciudad moruna"), "Caminos" ("En estos campos de la tierra mía"), "A José María Palacio", "Poema de un día. Meditaciones rurales", "Noviembre 1913", "Del pasado efímero", "Desde mi rincón: Elogios", "Los olivos", "El mañana efímero", "España, en paz", "Una España joven", "Proverbios y cantares", "Proverbios y cantares" (de *Nuevas Canciones),* "Olivo del camino", "Apuntes" (de *Nuevas Canciones),* "Elogios. A don Francisco Giner de los Ríos", "Elogios. Mariposa de la sierra", "Los sueños dialogados", "Viejas canciones", "Apuntes y canciones", "A la manera de Juan de Mairena. Apuntes para una geografía emotiva de España", "Poesías sueltas", "Apuntes", "Heterogeneidad del ser. Apuntes para una teoría del conocimiento", "Fragmento de pesadilla", "Carta a Unamuno".

La tercera parte, muy breve, ofrece algunas variantes de las poesías seleccionadas. Así, el poema de "Viejas Canciones" que comienza "En la sierra de Quesada", algunos poemas que se recogen en el libro de Concha Espina; *De Antonio Machado a su grande y secreto amor,* que contienen variantes en relación con los seleccionados de "A la manera de Juan de Mairena. Apuntes para una geografía emotiva de España"; y, por último, las variantes ofrecidas por Ricardo Gullón de los poemas I y III del conjunto anteriormente citado.

BIBLIOGRAFIA MACHADIANA

Ediciones de la obra de Antonio Machado *

1. Ediciones en vida del autor

Soledades, Madrid, Imprenta de A. Alvarez, 1903, colección de la *Revista Ibérica;* Madrid, Imprenta de Valero Díaz, 1904.

[Se trata de la misma edición, tan sólo que distribuida a partir de 1904 por una nueva librería que cambia algunos datos bibliográficos.]

Soledades. Galerías. Otros poemas, Madrid, Librería de Pueyo 1907, Biblioteca Hispano-Americana; Madrid, Calpe, 1919[2], Colección Universal.

[El título a partir de la segunda edición es *Soledades, Galerías y otros poemas.*]

Campos de Castilla, Madrid, Renacimiento, 1912.

[A partir de la segunda edición, en el volumen de sus primeras *Poesías Completas* (1917), Machado introducirá nuevos poemas de su período baezano.]

Páginas escogidas, Madrid, Calleja, 1917; Madrid, Calleja, 1925[2].

Poesías completas (1899-1917), Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1917.

Nuevas canciones (1917-1920), Madrid, Mundo Latino, 1924.

Poesías completas (1899-1925), Madrid, Espasa-Calpe, 1928[2].

Poesías completas (1899-1930), Madrid, Espasa-Calpe, 1933[3]; 1936[4].

Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

La Guerra (1936-1937), (Dibujos de José Machado), Madrid, Espasa-Calpe. 1937.

La tierra de Alvargonzález y Canciones del Alto Duero, (Ilustraciones de José Machado), Barcelona, Nuestro Pueblo, 1938.

(*) Ignoro en la presente bibliografía la obra teatral de Antonio Machado, escrita en colaboración con su hermano Manuel, así como los textos poéticos y artículos publicados en revistas y periódicos de la época. Pueden consultarse en este sentido las bibliografías que Oreste Macrí y Aurora de Albornoz incluyen en las ediciones de la obra poética y de la casi totalidad de la obra machadiana, repectivamente, citadas en esta bibliografía (en el caso de Aurora de Albornoz, la edición se hizo conjuntamente con Guillermo de Torre).

2. Ediciones posteriores a 1939 (Selección) *

Obras (Poesías completas, Juan de Mairena, Sigue hablando Mairena a sus discípulos, Obras sueltas), (Prólogo de José Bergamín), México, Séneca, 1940.

Poesías completas, (prólogo de Dionisio Ridruejo), Madrid, Espasa-Calpe, 1940[5].

Obra poética (epílogo de Rafael Alberti), Buenos Aires, Pleamar, 1944.

Cuaderno de Literatura, Baeza, 1915, (prólogo y edición de E. Casamayor), Bogotá, Prensas de la Universidad Central, 1952.

Los Complementarios y otras prosas postumas, (ordenación y nota preliminar de Guillermo de Torre), Buenos Aires, Losada, 1957.

Poesie di Antonio Machado (studi introduttivi, testo criticamente riveduto, traduzione, note al testo, bibliografia a cura di Oreste Macrí), Milano, Lerici Editori, 1959 [edición bilingüe. 1962[2]; 1969[3]].

Poesías de guerra de Antonio Machado, (edición y estudio preliminar de Aurora de Albornoz), San Juan de Puerto Rico, Asomante, 1961.

Obras. Poesía y prosa, (edición reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Ensayo preliminar por Guillermo de Torre), Buenos Aires, Losada, 1964.

Campos de Castilla, (edición de José Luis Cano), Salamanca, Anaya, 1964.

Soledades, (edición, estudio y notas de Rafael Ferreres), Madrid, Taurus, 1968, col. «Temas de España»; 1977[5].

Campos de Castilla, (edición, estudio y notas de Rafael Ferreres), Madrid, Taurus, 1970, Col. «Temas de España»; 1977[4].

Los Complementarios, (edición crítica y facsímil, con transcripción de Domingo Ynduráin), Madrid, Taurus, 1971.

Nuevos Caminos y De un Cancionero apócrifo, (edición de José María Valverde), Madrid, Castalia, 1971, col. «Clásicos Castalia».

Antonio Machado. Antología de su prosa. I. *Cultura y sociedad;* II. *Literatura y Arte;* III. *Decires y pensares filosóficos;* IV. *A la altura de las circunstancias,* (prólogo y selección de Aurora de Albornoz), Madrid, Edicusa, 1970-1972.

Soledades. Galerías. Otros poemas, (edición, prólogo y notas de Geoffrey Ribbans), Barcelona, Labor, 1975, col. «Textos Hispánicos Modernos».

Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo (1936), (Edición de José María Valverde), Madrid, Castalia, 1978, col. «Clásicos Castalia».

Los Complementarios, (edición de Manuel Alvar), Madrid, Cátedra, 1980, col. «Letras Hispánicas».

Poesías Completas, (prólogo de Manuel Alvar), Madrid, Espasa-Calpe, 1981[6], col. «Selecciones Austral».

(*) Me limito a señalar las ediciones críticas de mayor interés y, cuando no es así, las que contienen prólogos de significativa importancia. Para el conjunto de las ediciones postumas, el lector puede consultar los trabajos que recojo en «Fuentes bibliográficas (selección)».

Fuentes bibliográficas (selección) *

Aurora de Albornoz, «Bibliografía de Antonio Machado», en: *Obras. Poesías y prosa*, de A. M., op. cit., págs. 989-1.043.
[Ofrece más de mil trecientos registros bibliográficos].

Oreste Macrí, «Bibliografía», en: *Poesie di Antonio Machado*, op. cit., 1969³, págs. 1.277-1.393.
[El primer apartado de esta bibliografía, «Fonti bibliografiche», ofrece quince registros en este sentido. La bibliografía completa se aproxima a las ochocientas entradas bibliográficas].

Biblioteca Nacional, *Bibliografía machadiana (Bibliografía para un centenario)*, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1976.
[Ofrece cerca de cinco mil registros sobre los hermanos Machado].

(*) Ante el elevado número de publicaciones que existen sobre la vida y la obra de Antonio Machado y ante la posibilidad de que el lector busque una u otra información, general o específica, etc., considero más conveniente ofrecer una selección de las fuentes bibliográficas que operar una selección de estudios, selección ésta que, por otra parte, puede ser excesivamente restrictiva y, en más de un caso, inoperante.

INDICE

PRESENTACION 7

INTRODUCCION 11

I. TEXTOS 15

Rafael Laínez Alcalá, "Del nido Real de Gavilanes. El maestro de poetas don Antonio Machado" 17

Jesús Pabón S. de Urbina, "Machado y Baeza" 19

Francisco Escolano, "Antonio Machado, en Baeza" 23

Juan Pasquau, "Antonio Machado en Baeza" 31

Aurora de Albornoz, "El paisaje andaluz en la poesía de Antonio Machado" 35

Manuel Orozco Díaz, "Recuerdo de Antonio Machado en Baeza" 43

Rafael Laínez Alcalá, "Recuerdo de Antonio Machado en Baeza (1914-1918)" 47

Antonio de Obregón, "Machado, en Baeza" 59

Miguel Pérez Ferrero, "En Baeza, con Antonio Machado". 61

Guillermo Díaz-Plaja, "Antonio Machado en Baeza" 65

José María Moreiro, "Baeza, de don Antonio" 73

Juan Carlos Ortiz Lozano, "El período poético machadiano de Baeza (1912-1919)" 87

Antonio Gallego Morell, "El aula de Machado en Baeza". . 113

II. BIBLIOGRAFIA CRITICA (SELECCION) 119

BIBLIOGRAFIA MACHADIANA 129

UNIVERSIDAD DE
VERANO DE BAEZA
CURSOS INTERNACIONALES DE LA
UNIVERSIDAD DE GRANADA